

Boletín Oficial del Obispado de Santander

AÑO CXL

NÚM. 5

OCTUBRE - DICIEMBRE 2016

INDICE

IGLESIA EN SANTANDER

OBISPO

Decretos

Decreto de nombramiento del Postulador para la causa de Beatificación de D. Francisco González de Córdova y compañeros mártires	361
Decreto de nombramiento del Consejo Supremo de Dirección del Instituto Teológico Monte Corbán	362
Decreto de nombramiento de la Comisión Delegada para la causa de Beatificación de D. Francisco González de Córdova y compañeros mártires	363

Cartas pastorales

Semana Bíblica de la Misericordia	364
Sal de tu tierra. Domundo 2016	365
Somos una gran familia contigo	366
¿Por qué respetar las cenizas de los que han sido incinerados?	367
Carta Pastoral: La Vida Consagrada en la Diócesis o Iglesia particular ...	369

Homilías

Nuestro Ángeles Custodios	410
Homilía en la fiesta de la Virgen del Pilar	412
Homilía en la Clausura del Año Jubilar de la Misericordia	414
El deseo de Dios no puede quedar defraudado. Misa funeral por Mons. Javier Echevarría	417

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

Nombramientos

Ceses	420
Nombramientos	420

Vida diocesana

Actividad del Sr. Obispo	423
Proceso de Beatificación de mártires en la Diócesis de Santander . Apertura de la fase diocesana del proceso de beatificación y canoniza-	

ción de un grupo de mártires del siglo XX en la Diócesis de Santander	431
Salutación, presentación y explicación del acto	432
En la Paz del Señor	439

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

CVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	
Discurso inaugural del cardenal Blázquez	440
Palabras de saludo del Nuncio Apostólico	449
Palabras de su Majestad el Rey	451
Subcomisión Episcopal para la Familia y la defensa de la vida	
Vivir la alegría del amor en familia	453

IGLESIA UNIVERSAL

FRANCISCO

Cartas Apostólicas

Carta Apostólica Misericordia y paz	458
---	-----

Mensajes

Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones	474
Mensaje Urbi et Orbi, Navidad 2016	477
Mensaje 50 Jornada Mundial de la Paz	480

Cartas

Carta del papa Francisco a los obispos de todo el mundo sobre los niños con ocasión de la festividad de los santos niños inocentes	487
--	-----

Índice del año 2016	491
----------------------------	-----

Iglesia en Santander

OBISPO

Decretos

MANUEL SÁNCHEZ MONGE
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE SANTANDER

DECRETO

Debiendo promover la Diócesis de Santander la Causa de beatificación, por martirio, de **D. Francisco González de Córdoba**, párroco de Santoña, y **compañeros mártires**, de esta Diócesis de Santander, para lo cual es necesario el nombramiento de Postulador,

Por las presentes, considerando que es conveniente remover al anterior Postulado, lo removemos, y en su lugar, a tenor del c. 1403 y de la Constitución Apostólica *Divinus perfectionis Magister*, del 25 de enero de 1983, así como las Normas Complementarias emanadas por la Congregación para la Causa de los Santos, NOMBRE

POSTULADOR PARA LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN DE
D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE CÓRDOVA, PÁRROCO DE SANTOÑA,
Y COMPAÑEROS MÁRTIRES AL
RVDO. SR. D. ALEJANDRO BEMAVENTE TALAVERÓN

En Santander, a dieciséis de octubre de dos mil dieciséis.

+Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S. E. Rvdma,
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

**MANUEL SÁNCHEZ MONGE,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE SANTANDER.**

Habiéndose reunido el Claustro de profesores el 2 de noviembre de 2016 para proceder a la elección de representantes de los profesores, y así mismo los alumnos para elección de sus representantes, y así realizar la renovación del Consejo Supremo de Dirección del Instituto Teológico Monte Corbán, conforme al art. 11 de los Estatutos, como Presidente del Instituto, constituyo el nuevo Consejo Supremo de Dirección del que forman parte:

Presidente: D. Manuel Sánchez Monge, Obispo de Santander
Director del Instituto: D. José Luis Tejería Ruiz
Jefe de Estudios: D. Oscar Lavín Aja
Profesor numerario: D. Isidro Pérez López
Representante de alumnos: D. Guillermo Gómez Becerra.

Dado en Santander a 15 de noviembre de dos mil dieciséis.

+ Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

MANUEL SÁNCHEZ MONGE
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE SANTANDER

Examinado el escrito del M. Iltre. Sr. D. Jesús Cuesta Bedoya, ya difunto, que había sido legítimamente constituido Postulador para el Proceso de Beatificación del Siervo de Dios **Francisco González de Córdoba y compañeros mártires**, por el que solicitaba la introducción de dicha Causa; y examinando, también, el escrito del Rvdo. D. Alejandro Benavente Talaverón, legítimamente constituido Postulador para dicho Proceso.

Habiendo sido consultados a nuestros hermanos en el Episcopado, a los fieles y hechas las debidas y oportunas investigaciones; convencido del fundamento sólido de la Causa y de que no existen obstáculos contra la misma, como consta por la comunicación de la Congregación para las Causas de los Santos de 23 de febrero de 2005 y de 19 de septiembre de 2016, Prot. N. 2654-1/05, por las presentes

D E C R E T O

La introducción de la Causa de beatificación del Siervo de Dios **Francisco González de Córdoba y compañeros mártires**, y ordeno se abra el Proceso informativo sobre el martirio, la vida, las virtudes y fama de santidad de dichos Siervos de Dios, a tenor de la vigente legislación para las Causas de los Santos.

No pudiendo presidir personalmente la instrucción de dicho Proceso, a causa de mis ocupaciones pastorales, por las presentes nombro para la instrucción del mismo, la siguiente Comisión Delegada:

Rvdo. P. Crescencio Palomo Iglesias, O.P., Delegado Episcopal.

Rvdo. D. Javier Calzada Peñalosa, Promotor de Justicia.

Sr. D. Carlos Álvaro Martínez García, Notario-Actuario.

Sra. Dña. Beatriz Trueba Ganzo, Notaria-Adjunta.

Nuestro Canciller Secretario comunicará a los miembros de la Comisión Delegada el nombramiento que he hecho de cada uno de ellos, para que comparezcan en la Santa Iglesia Basílica Catedral de Santander, el día 3 de diciembre de 2016 a las 11,30 horas, con el fin de aceptar los cargos para los que han sido designados, prestar el debido juramento e intervenir en las demás diligencias del mencionado Proceso.

Dado en Santander el día 30 de noviembre de dos mil dieciséis.

+Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Por mandato de S. E. Rvdma,
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

Cartas Pastorales

SEMANA BÍBLICA DE LA MISERICORDIA 12 de octubre de 2016

Queridos diocesanos.

Os anunciamos la vida eterna: que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros viváis en esta unión nuestra que nos une con el Padre y con su Hijo Jesucristo. (1Jn 1, 2-3)

Con esta cita de la Primera Carta del Apóstol S. Juan comienza la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación (Dei Verbum) del Concilio Vaticano II. En ella leemos: Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad. Por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos, para invitarlos y recibirlos en su compañía. (DV 2)

La Iglesia ofrece para “alimento” de todos los fieles una doble mesa: la mesa del Cuerpo de Cristo y la mesa de la Palabra de Dios. Porque es tan grande el poder y la fuerza de dicha Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia y firmeza de fe para sus hijos. (DV 21)

La nueva etapa evangelizadora que estamos promoviendo en nuestra diócesis, siguiendo las orientaciones del papa Francisco, requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a la diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria (Evangelii Gaudium nº 175). Nuestro tiempo, proponía el papa Benedicto, ha de ser cada vez más el de una nueva escucha de la Palabra de Dios y de una nueva evangelización (Cf. Verbum Domini, 122).

Es necesario redescubrir y anunciar la Palabra de Vida que nos introduce en la Revelación del Dios de la Misericordia que celebramos en el Año Jubilar que concluirá en nuestra diócesis el 13 de noviembre de este año.

Desde la clave de la Palabra de Dios como Palabra que desvela el rostro de la misericordia divina, el Servicio Bíblico Diocesano propone y ofrece, a las parroquias de la diócesis, una SEMANA BIBLICA que tendrá como centro la misericordia de Dios en el Evangelio de Lucas. Se va a desarrollar en noviembre, del día 7 al 11.

Conmemorando este Año Santo, la Palabra de Dios debe ser de nuevo presentada, no sólo a los creyentes de la comunidad parroquial y personas que forman los gru-

pos bíblicos, sino también a otras personas que quieran acercarse; o a todas aquellas que, aún alejadas, sientan el deseo, atracción o curiosidad por las Sagradas Escrituras, por el mensaje creyente, con la esperanza de encontrar una “fuente de agua viva” en sus vidas.

“Ven y verás” (Jn 1, 39.46) La invitación, por parte de Jesús, a sus dos discípulos en el Evangelio de Juan, debe convertirse, sin miedos, en nuestro programa de actuación.

Toda la diócesis, a nivel parroquial o arciprestal, queda emplazada a celebrar esta SEMANA BIBLICA DE LA MISERICORDIA puestos los ojos en Aquel que es Camino, Verdad y Vida, rostro de la Misericordia y de la Alegría del Padre.

Con mi afecto y bendición,

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

SAL DE TU TIERRA. DOMUND 2016

17 de octubre de 2016

Queridos diocesanos.

Un año más celebramos el Domund, el Domingo mundial de las Misiones. El día en que nos hacemos conscientes de un modo especial de la dimensión misionera de la Iglesia, de la que formamos parte.

El lema en esta ocasión es “Sal de tu tierra”. Es la invitación que hizo Dios a Abrahán y la que nos hace el papa Francisco para que salgamos de nosotros mismos, de nuestras comodidades y de nuestros miedos y nos convirtamos en discípulos misioneros. Salir de sí mismo y dejar la propia tierra implica afrontar dificultades imprevistas y riesgos de todo tipo. El misionero es el mejor ejemplo de cristiano que se fía totalmente del Señor y se pone en camino hacia la tierra sagrada de los otros como hermanos.

Las huellas que aparecen en el cartel son expresión gráfica de los misioneros como hombres y mujeres en salida. Pero en este caso las huellas son de diversos colores, precisamente los colores de los cinco continentes. Los misioneros son enviados por Cristo al mundo entero: “Id al mundo entero y anunciad el evangelio”. Este mandato, dice el Papa, “no está agotado, es más, nos compromete a todos, en los escenarios y desafíos actuales, a sentirnos llamados a una nueva salida misionera”.

Los motivos para salir de la propia tierra son diversos: por hacer turismo, por vivir una aventura, por conocer personas y costumbres distintas, por motivo de trabajo

o de estudios... En las huellas de los misioneros que aparecen en el cartel de este año se pueden advertir unas cruces casi invisibles, pero que ahí están para recordarnos que los misioneros son enviados por la Iglesia a otras tierras con el signo de la cruz. Es el distintivo de su misión de amor y misericordia, continuadora de la de Cristo.

El Domund nos anima a colaborar con nuestra oración y con nuestra ayuda económica a los misioneros, esas personas generosas, dispuestas a dejar su patria y recorrer los caminos del mundo para llegar a las periferias de los que no conocen a Jesucristo y su Evangelio, especialmente a los pobres. Entre ellos se cuentan un grupo no pequeño de hijos de nuestra Iglesia que peregrina en Cantabria y el valle de Mena. Pero también nos anima a cambiar de actitudes. A que abandonemos todo aquello que nos encierra en nosotros y ensanchemos la mirada y el corazón a los horizontes de toda la humanidad.

Agradezco el trabajo que a través de todo el año viene realizando la Delegación Diocesana de Misiones, que empieza una nueva andadura con ilusión y nuevos proyectos. Y animo a todos a avivar nuestra conciencia misionera. Es un honor para nosotros que el Señor haya confiado en nosotros hasta el punto de encargarnos el anuncio de la Noticia buena de verdad.

Recibid mi afecto y mi bendición,

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

Somos una gran familia CONTIGO

14 de noviembre de 2016

Nos toca vivir en un mundo tecnificado, terriblemente frío, donde es difícil experimentar unas relaciones humanas cálidas. Para muchos es en la Iglesia, caravana de los hijos de Dios, donde encontramos el calor humano que nos ha traído la presencia de Dios en nuestro mundo. La Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios. En ella nacemos en la fe, de ella formamos parte desde el día de nuestro bautismo, en su seno celebramos los demás sacramentos. No se puede vivir la fe en solitario, individualmente, porque se corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo y contentarse con una imagen falsa de Él. Dentro de la Iglesia, caminando unos junto a otros, agraciados con la misma fe, alentados por la misma esperanza, y viviendo el mismo amor, recibimos la fuerza para vivir serena, gozosa y fraternalmente. En nuestra parroquia, en nuestra diócesis, podemos encontrar un verdadero oasis dentro del desierto de nuestro mundo.

Por lo tanto, demos gracias a Dios, que nos ha introducido en la familia eclesial por la fe y el bautismo y nos mantiene en ella. Ella nos proporciona a Cristo, nuestro alimento y fortaleza. La Iglesia es una realidad cercana, es tu parroquia, es tu diócesis, en nuestro caso de Santander. La formamos el obispo, los sacerdotes, los consagrados y los seglares, con rostros concretos, cada uno con su historia particular y cada uno con con el encargo que ha recibido de Dios. Esa Iglesia cercana es la que te ayuda a creer en Jesucristo, a crecer en amistad con Él. También te ayuda a vivir la fraternidad. Puedes estar orgulloso de pertenecer a la familia de Dios que peregrina por Cantabria y el Valle de Mena. En ella muchos han alcanzado la meta de la santidad y siempre, pero sobre todo ahora, está demostrando una verdadera ayuda a los más pobres, marginados y excluidos. Y en ella puedes desempeñar un papel activo como catequista, como miembro de los grupos de Cáritas, pastoral familiar, de la salud, del coro parroquial, del Consejo Pastoral o económico, etc.

En el Día de la Iglesia Diocesana te invito a que conozcas algo de la historia de tu diócesis, a que te intereses por sus objetivos prioritarios para este curso pastoral, a que colabores en ella y no te conformes pasivamente con recibir. También tu aportación económica puede lograr que la Iglesia, a través de Cáritas y otras instituciones y personas, siga ayudando en todos los órdenes a quienes más lo necesitan.

+ **Manuel Sánchez Monge**
Obispo de Santander

¿POR QUÉ RESPETAR LAS CENIZAS DE LOS QUE HAN SIDO INCINERADOS?

Todas las culturas y las religiones practican ritos funerarios. Es connatural al ser humano. Desde Altamira hasta el día de hoy los seres humanos no abandonamos los cadáveres de nuestros semejantes como si fueran meros despojos. ¿Por qué?

Por una razón que deriva de la manera de concebir el ser humano. Que no se derramen las cenizas de los muertos es una pauta que se da para proteger la conciencia cristiana sobre la dignidad del ser humano. Cada hombre y cada mujer son sagrados, únicos e irrepetibles. Nadie ha sido creado en serie. Ni se va a reencarnar ni se va a fundir con la madre naturaleza. El ser humano es uno, dice la Iglesia desde siempre. Es alma y cuerpo, cuerpo y alma en una forma de existir que carece de sentido por separado. Su cuerpo merece todo el respeto, porque es parte integrante de la persona con la cual el cuerpo comparte la historia. Por coherencia con este pensamiento, parece lo más apropiado seguir dispensando respeto a los despojos de un ser humano, ya sea a su carne sepultada ya sea a sus cenizas.

También se da una razón de carácter espiritual. El cuerpo humano –aún inerte– expresa una presencia misteriosa del Espíritu. Los que creemos que Cristo ha muerto y que su carne no ha conocido la corrupción, tenemos lugares sagrados donde nuestros muertos reposan como un signo de esperanza hasta que llegue la resurrección final. No creemos sólo en la resurrección de la carne de Cristo. El que tiene capacidad de dar vida a cuantos creemos en El después de la muerte.

La cruz, que fue para los paganos signo de ignominia, es para nosotros signo de victoria. Ésa es la razón por la que los cristianos siempre mantuvieron algunos signos que hoy siguen siendo válidos y significativos: encender ante los difuntos el Cirio pascual o las velas, derramar agua bendita como recuerdo del bautismo, incensar el cadáver recordando que ha sido templo del Espíritu Santo. Los signos han sido constantes tanto en los dos mil años de cristianismo como en las diversas culturas en las que la fe cristiana y católica se ha ido haciendo presente. Una fe que ha creado una cultura. Una fe que ha transmitido una bella obra de misericordia: enterrar a los muertos. A imagen de Cristo, que fue enterrado, los cristianos –ya desde la época de las catacumbas– prefieren enterrar (inhumar) los cuerpos de sus difuntos porque esperan la resurrección.

El lugar de los difuntos es un ámbito comunitario: juntos han vivido en el mundo, juntos esperan la resurrección. A ese lugar los cristianos le han dado un nombre que viene del griego: cementerio, que significa dormitorio común. Ahí, en ese lugar concreto, se hará visible y efectiva la victoria de la cruz. Ese cuerpo que se descompone no está destinado a disolverse, sin más, en la naturaleza. Una simple indicación sepulcral, por sencilla que sea, está expresando la fe que ha movido a esa criatura y al que la ha devuelto a la tierra de donde fue sacada: la nueva creación.

Es en este marco en el que la Iglesia ha pedido que las cenizas de un ser humano sean conservadas, para que sirvan de aliciente para la oración y para la meditación sobre el sentido de la vida. No cabe lanzarlas al viento para olvidarlas.

Se puede estar o no de acuerdo, pero la reflexión es coherente. Y no porque la Iglesia tenga sus normas y si te gusta las cumples y si no, las dejas. Es que esta comunidad tiene sus convicciones. Que no tienen que ser compartidas por todos, pero son muy respetables.

CARTA PASTORAL

LA VIDA CONSAGRADA EN LA DIÓCESIS O IGLESIA PARTICULAR

INTRODUCCIÓN

I. LA IGLESIA DIOCESANA, MISTERIO DE COMUNIÓN Y MISIÓN

1. *La Iglesia misterio*
2. *La Iglesia, hogar de comunión*
3. *La Iglesia en estado permanente de misión*
4. *La Iglesia particular es la Iglesia entera, pero no toda la Iglesia.*

II. LOS CONSAGRADOS EN UNA IGLESIA PARTICULAR O DIÓCESIS

1. *Un don del Espíritu para nuestra Iglesia*
2. *Un estímulo para vivir el radicalismo del Evangelio*
3. *Según la manifestación del Espíritu en los diversos carismas*
4. *Insertándose verdaderamente en la Iglesia particular*

III. CRITERIOS PASTORALES SOBRE LAS RELACIONES DE LOS MIEMBROS DE LA VIDA CONSAGRADA Y LA DIÓCESIS

- *Se sientan familia diocesana.*
- *Realicen una inserción y encarnación local del carisma*
- *Se debe replantear el 'privilegio de la exención'*
- *Comunión en la complementariedad de dones.*
- *Los dones del testimonio y la doble fidelidad*
- *La fraterna colaboración*

IV. RELACIÓN DE LOS CONSAGRADOS ENTRE SÍ Y CON LOS SACERDOTES DIOCESANOS Y LOS LAICOS

1. *Relación de los consagrados entre sí*
2. *Relación de los consagrados con los sacerdotes diocesanos*
3. *Laicos y consagrados, ¿compañeros de misión?*

V. ¿CÓMO MEJORAR LAS RELACIONES ENTRE LOS CONSAGRADOS Y LOS DEMÁS MIEMBROS DE LA DIÓCESIS?

- *De la ignorancia al conocimiento y aprecio.*

- *De la desconfianza a la acogida*
- *De la competitividad a la colaboración*
- *De la estrechez a la apertura de horizontes*

VI. LOS CONSAGRADOS EN LA IGLESIA DIOCESANA DE SANTANDER

1. *Una presencia rica en carismas*
2. *La inserción en la diócesis*
3. *Los consagrados en las periferias existenciales.*

EPÍLOGO

*Escogió a los débiles para confundir a los poderosos
Una llamada a la esperanza*

INTRODUCCIÓN

Queridos sacerdotes, miembros de Vida Consagrada y fieles laicos:

Hemos vivido el Año de la Vida Consagrada mirando el pasado con gratitud, viviendo el presente con pasión y abrazando el futuro con esperanza. Y nos disponemos a celebrar en nuestra diócesis la Asamblea de la Vida Consagrada que culminará las Asambleas del clero y de laicos celebradas anteriormente.

Este acontecimiento puede ser un momento de gracia para que los consagrados se interroguen sobre la fidelidad a la misión que les ha sido confiada y examinar si las obras que tratan de sostener, a veces con mucho esfuerzo, responden a cuanto el Espíritu ha pedido a sus fundadores. En una sociedad de la convivencia difícil entre culturas diferentes, de la opresión sobre los más débiles, de las desigualdades, los consagrados han de ser expertos en comunión y sus comunidades han de brillar por las relaciones fraternas y por vivir la mística del encuentro.

También vivir los tiempos actuales con esperanza implica no desanimarse ante los problemas que en nuestro tiempo ha de afrontar la vida consagrada. “Conocemos -escribe el papa Francisco- las dificultades que afronta la vida consagrada en sus diversas formas: la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en el mundo occidental, los problemas económicos como consecuencia de la grave crisis financiera mundial, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social... Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (Jr 1,8)”¹.

El papa latinoamericano ha invitado a los consagrados a mostrar que Dios es capaz de colmar su corazón y de hacerles felices, sin necesidad de buscar la felicidad fuera de El, y por eso viven con alegría su entrega total a la Iglesia, a las familias, a los jóvenes, a los ancianos y, sobre todo, a los pobres.

La vida consagrada vive en este momento histórico caminos de profundización y purificación, avanzando en la comunión y en la misión evangelizadora. Se trabaja con responsabilidad para preservar y desarrollar el don único del carisma fundacional a fin de que responda mejor a las necesidades de la familia humana. Se busca que de una manera más clara que Cristo ocupe el centro de su camino evangélico de vida. En la vida comunitaria se intensifican las relaciones personales. Se aprecia un loable esfuerzo por encontrar un ejercicio de la autoridad y de la obe-

¹ PAPA FRANCISCO, *Carta con ocasión del Año de la Vida Consagrada*, 21.12.2014, 3

diencia más inspiradas en el Evangelio que afirma, ilumina, convoca, integra y reconcilia. Es también manifiesto un más profundo sentido de misión apostólica, etc... Y no en último lugar señalaría que las relaciones de los consagrados con los sacerdotes y los laicos se van configurando cada vez mejor *como intercambio de dones* en la reciprocidad y en la complementariedad de las vocaciones eclesiales. Demos gracias a Dios por estos dones que viene regalando a quienes se consagraron a El.

El Papa Benedicto XVI hacía este balance de lo que han supuesto los últimos años para los consagrados: “La vida consagrada en los últimos años ha vuelto a ser comprendida con un espíritu más evangélico, más eclesial y más apostólico; pero no podemos ignorar que algunas opciones concretas no han ofrecido al mundo el rostro auténtico y vivificante de Cristo. De hecho, la cultura secularizada ha penetrado en la mente y en el corazón de no pocos consagrados, que ven en ella una forma de acceso a la modernidad y de acercamiento al mundo contemporáneo. La consecuencia es que junto con un indudable impulso generoso, capaz de testimonio y de entrega total, la vida consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista”².

El mismo Papa añadía estas propuestas positivas para caminar en el futuro que nos pueden venir muy bien para nuestra Asamblea diocesana: “El Señor quiere hombres y mujeres libres, que no estén condicionados, capaces de abandonarlo todo para encontrar sólo en Él su todo. Se necesitan opciones valientes, a nivel personal y comunitario, que impriman una nueva disciplina a la vida de las personas consagradas y la lleven a descubrir la dimensión integral del seguimiento de Cristo. Pertenecer totalmente a Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza: nuestra pequeñez se le ofrece como sacrificio de suave fragancia para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de quedar ebrio por la riqueza de su gracia. Pertenecer al Señor: esa es la misión de los hombres y mujeres que han optado por seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y se salve. Ser totalmente de Cristo siendo una permanente confesión de fe, una inequívoca proclamación de la verdad que libera de la seducción de los falsos ídolos que deslumbran el mundo. Ser de Cristo significa mantener siempre ardiente en el corazón una llama viva de amor, alimentada continuamente por la riqueza de la fe, no sólo cuando lleva consigo la alegría interior, sino también cuando va unida a las dificultades, a la aridez, al sufrimiento. El alimento de la

² BENEDICTO XVI, *Discurso a las Superiores y Superiores Generales de las Congregaciones e Institutos Seculares*, 22 de mayo de 2006.

vida interior es la oración, íntimo coloquio del alma consagrada con el Esposo divino. Un alimento más rico todavía es la cotidiana participación en el misterio inefable de la divina Eucaristía, en la que se hace presente constantemente Cristo resucitado en la realidad de su carne”³.

Los obispos, y en general los pastores de la Iglesia, estamos llamados a promover los distintos carismas, apoyando, animando, ejerciendo el discernimiento, haciéndonos cercanos con amor a las situaciones de sufrimiento y de debilidad en las cuales puedan encontrarse algunos consagrados. Todo para que la belleza y la santidad de la Vida Consagrada puedan resplandecer en toda la Iglesia. Ha escrito el papa Francisco: “La vida consagrada es un don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, está totalmente orientada a la Iglesia. De aquí que, como don a la Iglesia, no es una realidad aislada o marginal, sino que pertenece íntimamente a ella, está en el corazón de la Iglesia como elemento decisivo de su misión, en cuanto expresa la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la tensión de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo; por tanto, «pertenece sin discusión a su vida y a su santidad» (LG. 44) En este contexto, invito a los Pastores de las Iglesias particulares a una solicitud especial para promover en sus comunidades los distintos carismas, sean históricos, sean carismas nuevos, sosteniendo, animando, ayudando en el discernimiento, haciéndose cercanos con ternura y amor a las situaciones de dolor y debilidad en las que puedan encontrarse algunos consagrados y, en especial, iluminando con su enseñanza al Pueblo de Dios el valor de la vida consagrada, para hacer brillar su belleza y santidad en la Iglesia”⁴.

Por todo esto me siento gozosamente obligado a comenzar esta Carta Pastoral elevando al Señor un himno de agradecimiento y de alabanza por la misma Vida consagrada. Si no existiese, nuestra Iglesia y nuestro mundo serían mucho más pobres. Más allá de valorar superficialmente sus tareas, los consagrados son importantes precisamente por ser signo de gratuidad y de amor. Sobre todo en una sociedad que corre el riesgo de ser sofocada en el torbellino de lo efímero y de lo útil. La vida consagrada, especialmente la que se dedica a la contemplación, testimonia la sobreabundancia de amor que empuja a ‘perder’ la propia vida, como respuesta a la sobreabundancia de amor del Señor, que entregó el primero su vida por nosotros. En este momento pienso particularmente en las personas consagradas que sienten el peso del cansancio cotidiano escaso de gratificaciones humanas. Pienso también en los religiosos ancianos, enfermos, en cuantos se sienten en dificultad... A ellos quiero decirles: ¡No sois inútiles! Todos representáis un don precioso para la Iglesia y para el mundo, sediento de Dios y de su Palabra⁵.

³ *Ibidem*

⁴ PAPA FRANCISCO, *Carta con ocasión del Año de la Vida consagrada*, 21.12.2014, 5

Nuestra Asamblea de la Vida Consagrada no sólo afecta a las personas consagradas, sino a toda la Iglesia, a *todo el pueblo cristiano*. Sin el regalo de los consagrados y consagradas la caridad que anima la Iglesia diocesana correría el peligro de enfriarse, y la sal de la fe podría disolverse en un mundo secularizado como el nuestro.

Invito por tanto a todas las comunidades cristianas a vivir esta Asamblea, ante todo dando gracias al Señor y haciendo memoria reconocida de los dones recibidos, y que todavía seguimos recibiendo en la variedad de carismas. Invito a todos a unirse en torno a las personas consagradas, a alegrarse con ellas, a compartir sus dificultades, a colaborar con ellas en la medida de lo posible, para la realización de su ministerio y sus obras, que son también las de toda la Iglesia. Hacedles sentir el afecto y el calor de todo el pueblo cristiano⁶. Hago mías las palabras del santo papa Juan Pablo II: “Somos conscientes de que todo lo referente a la Vida Consagrada es una cosa nuestra, nos afecta, más aún, nos pertenece”⁷.

I. LA IGLESIA DIOCESANA, MISTERIO DE COMUNIÓN Y MISIÓN

1. *La Iglesia misterio*

El designio de Dios sobre los hombres no es de condenación, sino de salvación. A lo largo de la historia de la humanidad, Dios ha salido al encuentro del ser humano para mostrarle su rostro y para hacerle partícipe de su vida divina (DV 1). Esta voluntad salvífica de Dios se ha manifestado plenamente en su Hijo y ejerce su dinamismo con la fuerza del Espíritu ordinariamente por medio de la Iglesia (LG 2-5). La comunidad eclesial no hace sino perpetuar a lo largo del tiempo los tres mandatos fundamentales que ha recibido de Jesús: “Id y evangelizad”, “haced esto en memoria mía” y “amaos los unos a los otros”

La Iglesia no puede ser comprendida en profundidad más que dentro del misterio trinitario que ella anuncia, celebra y testimonia en medio del mundo. En los Padres de la Iglesia encontramos expresiones como éstas: la Iglesia es 'sagrario de la Trinidad', según San Ambrosio⁸. "Donde están los tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, allí está la Iglesia, que es el cuerpo de los tres", afirma Tertuliano⁹.

⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Jornada de la Vida Consagrada*, 2.02. 2010

⁶ Cf. PAPA FRANCISCO, *Carta con ocasión del Año de la Vida consagrada*, 21. 12.2014

⁷ JUAN PABLO II, *VC*, 2

⁸S. AMBROSIO, *Exameron* 3,5: PL 14,164-165. En otra ocasión dice que la Iglesia "no puede naufragar, porque de su mástil pende Cristo, a popa está el Padre como timonel y a proa vigila el Espíritu Santo (*Sermón* 46: PL 17,697).

⁹TERTULIANO, *De bautismo*, 6: PL 1,1206.

La clave para comprender el mensaje sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II que permite superar comprensiones reducidas de diverso tipo, consiste en una lectura trinitaria del misterio de la Iglesia, "pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"¹⁰.

Para quien contempla la Iglesia con ojos puramente humanos –explicó en su momento Henri de Lubac- no pasa de ser una paradoja; para quien la contempla con ojos de fe, la Iglesia es un misterio: "La Iglesia es humana y divina; se nos da desde arriba y procede de abajo... La Iglesia se vuelve hacia el pasado recogiendo en el recuerdo de todo aquello que ella misma sabe que contiene y que jamás podrá pasar, pero al mismo tiempo abre sus brazos al porvenir, exaltándose en la esperanza de una consumación inefable que ningún signo sensible es capaz de dejar entrever. Destinada, en su forma presente, a desaparecer por completo, como 'la figura de este mundo', también está destinada a permanecer para siempre en la medida de su propia esencia, a partir del día en que ella se manifieste tal cual es. Múltiple y multiforme, es, sin embargo, una con la unidad más activa y exigente. Es un pueblo, es una inmensa turba anónima, y sin embargo... es el ser más personal. Católica, esto es universal, quiere que sus miembros se abran a todos, y no obstante no es plenamente Iglesia más que cuando se recoge en la intimidad de su vida interior y en el silencio de la adoración. Es humilde y majestuosa. Asegura que integra toda cultura y que eleva en sí todos los valores y al mismo tiempo quiere ser el hogar de los pequeños, de los pobres, de la muchedumbre simple y miserable"¹¹.

A veces identificamos el misterio con algo impenetrable, oscuro, que produce miedo a quien quisiera profundizar en él. Hay que desterrar esta concepción sobre todo cuando hablamos del misterio de la Iglesia: "La Iglesia -decía Pablo VI- es un misterio, es una realidad imbuida con la misteriosa presencia de Dios. Por eso, en la naturaleza misma de la Iglesia está el permanecer abierta a nuevas y más profundas exploraciones"¹². La Iglesia es misterio porque Dios la habita y, en consecuencia, siempre podremos conocerla con más profundidad y vivir con más plenitud su misterio. Alguien ha comparado el misterio de la Iglesia con las vidrieras de nuestras magníficas catedrales: sólo pueden ser contempladas en su infinita hermosura desde dentro e iluminadas por el sol.

Por otra parte, centrarnos en el misterio de la Iglesia pudiera parecer como evadirnos del mundo, pero no es así. "El que la Iglesia arraigue en el misterio de Dios -ha recordado Mons. Ricardo Blázquez- no significa indiferencia y distancia

¹⁰ S. CIPRIANO, *De oratione dominica*, 23: PL. 4,554 citada en LG 4.

¹¹ H. DE LUBAC, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1967, 15.

¹² PABLO VI, *Mensaje de apertura de la 2ª sesión del Vaticano II*.

hacia los hombres y su caminar por la historia entre luces y sombras. Hablar del misterio de la Iglesia no quiere decir replegarse a una zona confortable ni evadirse del mundo por encima de las nubes, sino tomar conciencia de las dimensiones reales dentro de las que está enclavada. Medir la hondura de la Iglesia desde un discurso sociológico no es indicio de realismo, sino de superficialidad. Si la Iglesia no echa sus raíces en el misterio de Dios, está desfondada y deviene estéril"¹³.

Crear en la Iglesia consiste, por tanto, en reconocer con gratitud y con asombro que este espacio iluminado y oscuro donde se desenvuelve nuestra vida es, al mismo tiempo, el lugar donde se realiza nuestra salvación. Si sus limitaciones y manchas retraen momentáneamente nuestra adhesión a la Iglesia, su condición de esposa de Cristo y sacramento de salvación, la justifican y la reclaman.

2. *La Iglesia, hogar de comunión*

La eclesiología de la comunión -señaló en su día el cardenal Ratzinger- se ha convertido en el verdadero y propio corazón de la doctrina sobre la Iglesia del Vaticano II¹⁴. El Sínodo Extraordinario de 1985 no dudó en afirmar: "La eclesiología de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio"¹⁵. La comunión es el eje de toda la vida eclesial, y los atentados contra la comunión constituyen uno de sus mayores dramas. Vivir la comunión eclesial es lo que hace creíble el mensaje que trasmitimos: "Padre, que sean uno, para que el mundo crea" (Jn 17,21).

Nuestro gran desafío -nos dijo Juan Pablo II- es hacer de la Iglesia hogar y escuela de comunión (*NMI* 43). Pero teniendo en cuenta que la comunión eclesial no descansa en afinidades ideológicas o sentimentales. Ni se confunde con un grupo de 'amigos' o de camaradas. Tampoco es mera organización de estructuras de participación. Nuestra vida comunitaria no se construye a partir del ideal de comunidad fruto de nuestros sueños individualistas; es Dios quien construye la comunidad. Por eso vivir en comunión dentro de un mundo de pecado es una gracia que hay que recibir humildemente y un don hacia el que hay que tener las manos abiertas y en espera.

La comunión eclesial hunde sus raíces en la comunión trinitaria y halla en ella su cuna y su patria. "Nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es soledad, sino familia..., y la esencia de la familia que es el amor", afirmó el Papa Juan Pablo

¹³ R. BLAZQUEZ, *Eclesiología de comunión*: *Communio* 4 (1986) 359.

¹⁴ J. RATZINGER, *L'eclesiologia del Vaticano II*, en: *La Chiesa*, Milano 1979, 13.

¹⁵ SINODO EXTRAORDINARIO 1985, *Rel. final II, c.1*: EV 9,1800.

II¹⁶. Dios es comunión de personas, compañía amable y amante. Dios es comunidad, vida compartida, entrega y donación mutua, comunión gozosa de vida. Dios es a la vez el que ama, el amado y el amor...

“La comunidad es como un gran mosaico, escribía H. Nouwen. Cada pequeña pieza aparece insignificante. Una pieza es de un rojo brillante, otra de un azul pálido o de un verde apagado, otra de un morado cálido, otra de un amarillo fuerte, otra de un dorado brillante. Algunas parecen preciosas, otras ordinarias: algunas valiosas, otras vulgares; algunas llamativas, otras delicadas. Como piedras individuales podemos hacer poco con ellas, sólo compararlas entre sí y emitir un juicio sobre su valor y belleza. Pero cuando todas estas pequeñas piezas son reunidas armónica y sabiamente en un gran mosaico, componiendo con ellas la figura de Cristo, ¿quién se preguntará nunca la importancia de cada una de ellas? Si una de ellas, hasta la más pequeña, falta, la cara está incompleta. Juntas en un mosaico, cada piedra pequeña es indispensable y contribuye de una forma única, indispensable, a la gloria de Dios. Eso es la comunidad. La asociación de personas sin importancia que juntas hacen a Dios visible en el mundo”¹⁷.

En la Escritura la comunión es, sobre todo, con Jesucristo, Señor glorioso, que por su Espíritu nos pone en comunión con el Padre. La comunión con Dios es anterior a la comunión con los hermanos. La comunión eclesial hunde sus raíces en la comunión trinitaria; es su icono, es decir: imagen y participación. Todo en ella es reflejo de la Trinidad y halla en la comunión trinitaria su referente y su modelo. Sin embargo, la Trinidad no es –como muchos pudieran creer– un teorema complicado de aritmética teológica, sino el rostro reluciente y el hogar cálido que anhela nuestro corazón.

Si los cristianos pueden vivir la comunión no es simplemente por tener las mismas ideas o por compartir parecidos sentimientos, sino porque participan en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Cf. Jn. 17,21-24), porque están unidos a Cristo y comparten sus sufrimientos (Cf. 1 Pe 4,13). El autor primero de la comunión no es Cristo sino el Padre e igualmente al Padre tiende en definitiva, cuando adquiera su plenitud más allá de la muerte. Mientras peregrinamos por el mundo, el Espíritu Santo es el consumidor de la comunión y con su ayuda, la jerarquía de la Iglesia discierne su autenticidad.

Finalmente no podemos olvidar que *“la eclesiología de comunión –escribió en su día el cardenal Ratzinger– es desde su ser más íntimo una eclesiología eucarís-*

¹⁶ JUAN PABLO II, *Homilía en el Seminario Palafoxiano de Puebla [28.1.89]*: AAS 71 (1979) 184.

¹⁷H. NOUWEN, *“¿Puedes beber este cáliz?”*, PPC, Madrid 1998², 56.

tica. [...] En la Eucaristía Cristo presente en el pan y el vino entregándose siempre de nuevo, edifica la Iglesia como su cuerpo y por medio de su cuerpo de resurrección nos une al Dios uno y trino y entre nosotros. La Eucaristía se celebra en los diversos lugares y, sin embargo, es al mismo tiempo siempre universal, porque existe un solo Cristo y un solo cuerpo de Cristo. La Eucaristía incluye el servicio sacerdotal de la '*repraesentatio Christi*' y por consiguiente la red de servicio, la síntesis de unidad y multiplicidad que se manifiesta ya en la palabra '*Communio*'. Se puede decir sin duda que este concepto lleva en sí mismo una síntesis eclesiológica, que une el discurso sobre la Iglesia al discurso sobre Dios y a la vida de Dios y con Dios, una síntesis que retoma todas las intenciones esenciales de la eclesiología del Vaticano II y les une entre sí en el modo justo"¹⁸.

3. *La Iglesia en estado permanente de misión*

El beato Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi* afirmó: "*La evangelización es la vocación propia de la Iglesia [...]. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar*" (EN 14).

El papa Francisco quiere una Iglesia misionera, no sólo porque realiza algunos actos de carácter misionero (misión programática), sino porque pone en clave misionera su actividad habitual (misión paradigmática). El "cambio de estructuras" que la Iglesia necesita, dice, no es fruto de una reorganización estática, sino que es consecuencia de la dinámica de la misión.

Evidentemente aquí se da, como consecuencia, toda una dinámica de reforma de las estructuras eclesiales. El "cambio de estructuras" (de caducas a nuevas) no es fruto de un estudio de organización de la planta funcional eclesiológica, de lo cual resultaría una reorganización estática, sino que es consecuencia de la dinámica de la misión. Lo que hace caer las estructuras caducas, lo que lleva a cambiar los corazones de los cristianos, es precisamente la misionariedad" [...] [La misión] exige generar la conciencia de una Iglesia que se organiza para servir a todos los bautizados y hombres de buena voluntad. El discípulo de Cristo no es una persona aislada en una espiritualidad intimista, sino una persona en comunidad, para darse a los demás"¹⁹.

La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Hemos de ser *audaces y creativos* en esta tarea de repensar los objetivos y los métodos evangelizadores de las propias comunidades [...]

¹⁸J. RATZINGER, *L' ecclesiologia della Costituzione 'Lumen gentium': L' OR* [4.3.2000] 6.

¹⁹ PAPA FRANCISCO, *Encuentro con el Comité de coordinación del CELAM*, 28.07.2013

Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los pastores, los obispos y el Papa²⁰.

La misión para los cristianos es algo más que propaganda, publicidad o puras técnicas y estrategias humanas de persuasión. Escuchemos al cardenal Ratzinger: "Para que la misión sea algo más que propaganda de una cierta idea o publicidad para una determinada comunidad, para que venga de Dios y a El conduzca, tiene que tener su origen en una profundidad mayor que la de los planos de acción y las estrategias inspiradas por ellas. Tiene que tener un origen que se encuentra en un lugar más alto y más profundo que no la publicidad y la técnica de la persuasión. 'El cristianismo no es obra de la persuasión, sino algo verdaderamente grande', dijo una vez muy sugestivamente San Ignacio de Antioquía. La forma y el modo con el que Teresa de Lisieux es Patrona de las misiones nos puede ayudar a comprender cómo hay que intentarlo. Teresa nunca fue a un país de misión, no pudo ejercer nunca una actividad misionera inmediata, pero comprendió que la Iglesia tiene un corazón y comprendió que este corazón es el amor. Comprendió que los apóstoles no anuncian y los mártires no puede derramar su sangre si este corazón ya no arde"²¹. Y en otra ocasión añade el mismo cardenal: "La misión no es una actividad exterior que se añadiera a un cristianismo estático un poco como un accidente; sino el hecho de ser cristiano por sí mismo, como tal, es movimiento más allá de sí, porta la marca misionera y debe necesariamente en todo tiempo y en todo cristiano realmente viviente, exteriorizarse en una actividad que realiza su naturaleza profunda...". La Iglesia pierde su consistencia cuando se preocupa más de sí misma, de crecer como institución, que de Dios y de los hombres y mujeres a los que es enviada. La misión no busca primordialmente aumentar el número de fieles en la Iglesia, sino el crecimiento del Reino de Dios.

*"La comunión y la misión –afirmó certeramente Juan Pablo II- están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión"*²². Porque la comunión sin misión no será más que pura introversión que convertirá a la Iglesia en ghetto y la misión sin comunión se convertirá en pura extroversión que resultará estéril y empobrecedora. Los mayores males que aquejan a nuestra Iglesia hoy derivan en muchos casos de una vivencia de la comunión que descuida la misión ahogándose en problemas intraeclesiales. La comunión entre los discípulos de Jesús, imprescindible para la

²⁰ PAPA FRANCISCO, *EG* 33

²¹ J. RATZINGER, *La eucaristía como génesis de la misión: Communio* 6 (1997) 495-513 aquí 512-513

²² JUAN PABLO II, *CL*. 32.

misión, es un signo de la victoria de la gracia sobre el pecado, y hace creíble nuestro anuncio de Jesús. El signo de la palabra sin el signo de la unidad resulta poco digno de fe, "porque solo el amor es digno de fe" (H. U. Von Balthasar)

4. *La Iglesia particular es la Iglesia entera, pero no toda la Iglesia*²³.

"La Iglesia -comenta Mons. Ricardo Blázquez- no es simplemente una magnitud universal a la que se pueda pertenecer a distancia; la Iglesia existe en y a través de las Iglesias locales; la Iglesia es universal en la forma de comunión de Iglesias; y cada uno está en la única Iglesia de Jesucristo a través de su incardinación en la comunidad cercana"²⁴. Formamos parte de la única Iglesia de Jesucristo extendida por todo el mundo al ser insertados en la Iglesia particular. La pertenencia a la Iglesia universal y a la Iglesia particular no ocurre sucesivamente sino simultáneamente, en un solo momento. Son inseparables y simultáneas la universalidad y la particularidad de la Iglesia. La Iglesia universal es, pues, la '*congregación de los fieles*' que se realiza en el '*cuero de las Iglesias*'²⁵ no otra cosa distinta y abstracta. Un teólogo ortodoxo, P. Evdokimov, lo expresa también con claridad y fuerza cuando escribe: "En el misterio de la Iglesia el principio cuantitativo no cuenta, no se pueden 'sumar' las Iglesias porque 'uno más uno' hará siempre uno. Si cada Iglesia es la Iglesia de Dios, nunca será una parte de un compuesto de unidades sumadas. Hay una pluralidad de manifestaciones y de testimonios de la única Iglesia de Dios, siempre idéntica a sí misma, porque está llena de la presencia de Cristo"²⁶.

La localización, es decir, que la Iglesia viva realmente en un lugar y en una cultura, no puede entenderse como casualidad o como limitación, como algo negativo, sino como algo enriquecedor para ella en su existencia terrestre. La Iglesia es local porque es concreta; la Iglesia es acontecimiento porque es vida que se siente, se manifiesta y se transmite. Sólo en un lugar determinado se escucha la palabra de Dios y se celebra la eucaristía; sólo entre personas de carne y hueso se hace real el amor. Con la Iglesia es posible encontrarse y en su seno es posible nacer, vivir y

²³Han estudiado este tema, entre otros, B. ALVAREZ AFONSO, *La Iglesia diocesana. Reflexión teológica sobre la eclesialidad de la diócesis*, La Laguna-Tenerife 1996; R. BERZOSA, *Para descubrir y vivir la Iglesia diocesana*, Burgos 1998; J. R. VILLAR, *Teología de la Iglesia Particular. El tema en la literatura de lengua francesa hasta el Concilio Vaticano II*, Pamplona 1989. En estas publicaciones se puede encontrar bibliografía complementaria.

²⁴ R. BLAZQUEZ, *La Iglesia local en: La Iglesia del Vaticano II*, Salamanca 1988, 103.

²⁵CONCILIO VATICANO II, *LG 23*.

²⁶ P. EVDOKIMOV, *Le Christ dans la pensée Russe*, Paris 1970, 211.

morir. La realidad que no acontece, que no se hace presente y que no se manifiesta se torna lánguida y mortecina, se aletarga y se extingue²⁷.

La diócesis o Iglesia particular es la Iglesia entera porque en ella se encuentra el misterio de la salvación. Pero no es toda la Iglesia porque ninguna iglesia particular agota por sí sola ese mismo misterio. El Evangelio no es propiedad de cada Iglesia particular; el conjunto de los dones del Espíritu Santo sólo se encuentra en el cuerpo de las Iglesias; cuando una comunidad eclesial celebra la Eucaristía, se inserta en el cuerpo indivisible de Cristo; el ministerio episcopal, que es el vínculo por excelencia de la Iglesia, le recuerda que ella no se cierra sobre sí misma.

En la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II (LG 13) se habla de la relación entre la Iglesia particular y la Iglesia universal, a través del primado de Pedro, a quien se le atribuye la misión de presidir "la asamblea universal de la caridad" y proteger "las diferencias legítimas" de las Iglesias particulares para que no perjudiquen la unidad, sino que la incrementen. "No hay nada tan contrario a la verdadera unidad cristiana -escribía Y. de Montcheuil- como el empeño de unificación, que consiste en querer hacer universal una forma particular, en encerrar la vida en una de sus expresiones"²⁸.

El lugar en que la *Lumen Gentium* se ocupa con mayor relieve de las Iglesias particulares es su capítulo tercero, concretamente cuando habla del ministerio pastoral de los obispos:

"Esta Iglesia de Cristo está verdaderamente presente en todas las legítimas comunidades locales de fieles unidas a sus pastores. Estas, en el Nuevo Testamento, reciben el nombre de Iglesias, ya que son, en efecto en su lugar el nuevo Pueblo que Dios llamó en el Espíritu Santo y en todo tipo de plenitud (1Tes 1,5). En ellas se reúnen los fieles por el anuncio del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la Cena del Señor, 'para que por el alimento y la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad del cuerpo'²⁹. En toda comunidad en torno al altar, presidida por el ministerio sagrado del obispo, se manifiesta el símbolo de aquel gran amor y de 'la unidad del cuerpo místico sin la que no puede uno salvarse' "³⁰. "En estas comunida-

²⁷Cf. R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia del Vaticano II*, Salamanca 1988, 108.

²⁸Y. DE MONTCHEUIL, *L'Église est une. Hommage a Möhler*, Bloud et Gay, Paris 1939, 252.

²⁹Oración mozárabe: PL 96,759 B.

³⁰ SANTO TOMAS, *Summa Theol. III, q. 73, a. 3.*

des, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo, quien con su poder constituye a la Iglesia una, santa, católica y apostólica"³¹.

Vale la pena reproducir este texto del Vaticano II pues en él encontramos los elementos teológicos constituyentes de las Iglesias particulares. La Iglesia universal no es la suma de Iglesias particulares, ni una confederación de las mismas. Tampoco son las diócesis secciones administrativas de una gran organización, sino que toda ella, la Iglesia una, santa, católica y apostólica, está presente y se congrega en cada una de las comunidades o Iglesias particulares. La Palabra de Dios y la Eucaristía ("la predicación del Evangelio y la celebración del misterio de la Cena del Señor") son las que reúnen a los fieles. Otro elemento constituyente es el ministerio del obispo ("bajo el sagrado ministerio del obispo"). "El ministerio -no duda en afirmar J. M. R. Tillard- es esencial a la iglesia local, precisamente porque es servicio vicarial del testimonio apostólico que da fundamento a la fe. [...] Ministerio ordenado y fidelidad de la comunidad al depósito apostólico aseguran juntos, radicalmente la plena comunión apostólica de esta Iglesia local"³². La figura del obispo como elemento central de la estructura eclesial por una parte encarna el carácter unitario y público de la Iglesia local a partir de la unidad del sacramento y de la palabra; por otra parte es el anillo de conjunción con las otras iglesias locales; también es responsable de la unidad de la Iglesia en su diócesis, y, finalmente, hace de intermediario entre la unidad de su Iglesia particular y la Iglesia entera y única de Jesucristo y la vivifica.

Estos mismos elementos aparecen también en la definición descriptiva de diócesis que encontramos en el Decreto sobre el ministerio de los Obispos:

"La diócesis es una porción del Pueblo de Dios cuyo cuidado pastoral se confía al obispo para que la apaciente con la cooperación de su presbiterio, de manera que, unida a su pastor y congregada por él en el Espíritu Santo mediante el Evangelio y la Eucaristía, constituye la iglesia particular, en la cual verdaderamente se encuentra y opera la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica"³³.

La Iglesia particular, pues, no es una parte, sino una 'porción' de la Iglesia universal, es decir, una especie de célula viviente en la que se concentra una totalidad de vida. En el corazón de toda Iglesia particular está presente germinalmente al menos la Iglesia universal. Entre ellas, Iglesia universal e Iglesias particulares, ri-

³¹ CONCILIO VATICANO II, *LG* 26.

³²J. M. R. TILLARD, *Iglesia de Iglesias. Eclesiología de comunión*, Salamanca 1991, 204-205.

³³ CONCILIO VATICANO II, *CD* 11.

ge el principio que pudiéramos llamar de inclusión o mutua interioridad. No es del todo correcto, pues, afirmar que las Iglesias particulares deben estar insertas en la Iglesia universal ya que, si no lo están, no son Iglesias. La Iglesia única se construye en la fraternidad y la comunión de las múltiples Iglesias entre sí y con la Iglesia de Roma, bajo la acción del Espíritu.

En resumen: la Iglesia particular es la Iglesia entera, pero no toda la Iglesia. Es decir, la Iglesia particular es la Iglesia entera porque tiene íntegra la Palabra de Dios, los sacramentos y el ministerio episcopal como principio de unidad. No es una parte de la Iglesia, sino su manifestación plena en un lugar concreto. Pero no es toda la Iglesia porque sólo es Iglesia en cuanto está en comunión con las demás Iglesias formando la Iglesia católica o universal que es la comunión de las Iglesias particulares, presidida por el sucesor de Pedro con autoridad peculiar y única como principio de unidad. Hay que saber conjugar, pues, el 'todo' y la 'porción', sin diluir el todo en la porción ni ahogar la porción en el todo.

II. LOS CONSAGRADOS EN UNA IGLESIA PARTICULAR O DIÓCESIS

La Iglesia particular es una “porción del Pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, se constituye como tal Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica”³⁴. Ésta tiene “con la Iglesia universal, una particular relación de mutua inclusión, porque en cada Iglesia particular está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, Una, Santa, Católica y Apostólica”. Por lo tanto, “la Iglesia universal no puede ser concebida como la suma de las Iglesias particulares ni como una federación de Iglesias particulares. No es el resultado de la comunión de las Iglesias, sino que, en su esencial misterio, es una realidad ontológica y temporalmente previa a cada concreta Iglesia particular”³⁵.

La vida consagrada no es un elemento aislado dentro de la Iglesia ni debe competir con otras formas de existencia cristiana. Es un hecho de vida carismático, eclesial por su origen, por su vida y por su misión, que acontece en la historia de la Iglesia. Sólo en la Iglesia, comunidad de convocados, adquiere la vocación específica a la vida consagrada todo su sentido armónico. Pablo VI lo expresó de forma modélica «A través de su ser más íntimo (los religiosos) se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de

³⁴ CONCILIO VATICANO II, *CD* 11

³⁵ JUAN PABLO II, *VC*, 3

esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas»³⁶.

La vida consagrada no está por encima de las demás vocaciones eclesiales, sino inserta en la Iglesia, en su dinamismo más hondo. Nace en la Iglesia, en ella crece y se desarrolla y a ella sirve. Tiene la sed de Absoluto propia de la Iglesia; en ella experimenta la vocación a la santidad. La misma vida consagrada es testimonio, no de su propia santidad, sino de la santidad de la Iglesia. La vida consagrada encarna el deseo de la Iglesia de vivir el radicalismo del seguimiento de Cristo.

Se ha estudiado más del papel de la Vida consagrada en el ámbito de la Iglesia universal que en su labor dentro de la Iglesia particular o diocesana. El santo papa Juan Pablo II escribió así de esta realidad: "Las personas consagradas tienen también un papel significativo dentro de las Iglesia particulares. Este es un aspecto que, a partir de la doctrina conciliar sobre la Iglesia como comunión y misterio, y sobre las Iglesias particulares como porción del Pueblo de Dios, en las que está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica" [...] Se reconoce a cada uno de los institutos una justa autonomía, gracias a la cual pueden tener su propia disciplina y conservar íntegro su patrimonio espiritual y apostólico. Se pide por tanto a los obispos que acojan y estimen los carismas de la vida consagrada, reservándoles un espacio en los proyectos de la pastoral diocesana. Deben tener especial solicitud con los Institutos de derecho diocesano, que están confiados de modo particular al cuidado del obispo del lugar. Una diócesis que quedara sin vida consagrada, además de perder tantos dones espirituales, ambientes apropiados para la búsqueda de Dios, actividades apostólicas y metodologías pastorales específicas, correría el riesgo de ver muy debilitado su espíritu misionero, que es una característica de la mayoría de los Institutos. Se debe, por tanto, corresponder al don de la Vida Consagrada que el Espíritu suscita en la Iglesia particular, acogiéndolo con generosidad y con sentimiento de gratitud al Señor"³⁷. Comentamos ahora algunos aspectos de este texto³⁸:

1. *Un don del Espíritu para nuestra Iglesia*

Los consagrados vienen a las diócesis para potenciar la dimensión contemplativa, evangelizadora, educadora o caritativo-benéfica de cada Iglesia particular. Detrás de las motivaciones prácticas y utilitarias de su inserción, se deja entrever la acción de Cristo resucitado que, por medio de su Espíritu, hace ese don. No son

³⁶ PABLO VI, *EN*, 69

³⁷ JUAN PABLO II, *VC* 48.

³⁸ Seguimos muy de cerca en los 4 puntos siguientes a J. C-R. GARCIA PAREDES, *Sois Iglesia, Reflexiones sobre la Iglesia como pueblo de Dios y sacramento de salvación*, Edic. Cristiandad, Madrid 1983, 85-99.

una carga, sino un regalo. La Vida consagrada, es un “don precioso y necesario también para el presente y el futuro del Pueblo de Dios, porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y a su misión” (VC 3). Es importante destacar además el carácter gratuito. Vienen a una Iglesia particular no por necesidad intrínseca, ni por los méritos de sus miembros, ni por los méritos de quienes los reciben, sino por soberana gratuidad del Padre. Y constituyen un don que no tiene carácter de perennidad e indefectibilidad. Por lo tanto, pudiera faltar si no es acogido convenientemente.

Las comunidades de consagrados, pues, son un carisma para las diócesis y para las parroquias. Y precisamente por lo que son y no primariamente por lo que hacen. Así lo expresaban los obispos españoles en 1981: “El primero y fundamental servicio de la vida religiosa a la Iglesia particular donde hay establecida alguna comunidad religiosa, debe esperarse, no de sus múltiples actividades concretas, sino de su ser íntimo, en cuanto sirve de estímulo a sus hermanos en la comunión eclesial para tender a la santidad a la que todos hemos sido llamados; ya que los religiosos, si son fieles a su específica vocación “por su estado dan preclaro y eximio testimonio de que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas”³⁹. No están, pues, fundamentalmente para sostener obras que a veces a duras penas se pueden sostener.

2. *Un estímulo para vivir el radicalismo del Evangelio*

En medio de nuestra Iglesia comprometida a ser comunión de comunidades, empeñada en una vivencia más honda de la fraternidad evangélica, las comunidades de Vida consagrada ofrecen un modelo de comunidad fraterna del Reino, en la que se aman, se perdonan y dialogan y no se subyugan; donde cada uno es amado por lo que es y no por lo que tiene o lo que hace. Han de constituir un modelo concreto de referencia para toda comunidad que quiere ser verdaderamente cristiana. “La fraternidad religiosa, subraya el papa Francisco, más allá de todas las diferencias posibles, es una experiencia de amor más allá de los conflictos. Los conflictos comunitarios son inevitables [...] y el conflicto debe ser asumido”. Los últimos Papas no se cansan de pedir que el centro en las diversas comunidades de consagrados sea la comunión. Por lo tanto, deben rechazar críticas, chismes, envidias, celos, antagonismos que destruyen la comunión y vivirla como plena acogida y atención recíproca. La comunión abarca los bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna y el respeto de las personas más débiles. Y ha de abrirse al exterior, a personas de culturas diferentes a la diversidad de los miembros.

En medio de nuestra Iglesia sedienta de lo absoluto de Dios, los consagrados -especialmente los contemplativos-, avivan nuestra sed y rotulan constante-

³⁹Instrucción colectiva de la CEE aprobada en la 35 Asamblea Plenaria del 25.11.81, nº 16.

mente con su vida caminos de encuentro con el Dios vivo y verdadero. El papa Francisco, dirigiéndose a seminaristas y religiosos en formación inicial les dijo: “Todo cristiano, y sobre todo nosotros, está y estamos llamados a ser portadores de este mensaje de esperanza que da serenidad y alegría: el consuelo de Dios, su ternura para con todos. Pero solo podremos ser portadores de él si experimentamos nosotros los primeros la alegría de ser consolados por Él, de ser amados por Él. Esto es importante para que nuestra misión sea fecunda: percibir el consuelo de Dios y transmitirlo”⁴⁰.

El papa jesuita insiste mucho en la dimensión profética de la Vida consagrada. El Evangelio plantea siempre un modo diferente de vida, un estilo de vida alternativo y exige de los bautizados, especialmente de los consagrados, ser hombres y mujeres que sientan con pasión el latido del Reino oculto en los avatares de la historia. Ellos han de ser el rostro samaritano del Evangelio curando con el aceite de la entrega gratuita y con el vino de la esperanza a los apaleados que yacen al borde del camino. En el diálogo con la Unión de Superiores Generales y refiriéndose a Benedicto XVI, especificó: “Él ha dicho que la Iglesia crece por testimonio, no por proselitismo. El testimonio que puede atraer verdaderamente es aquel relacionado con las actitudes que no son las habituales: la generosidad, el desapego, el sacrificio, el olvidarse de sí para ocuparse de los otros. Este es el testimonio, el ‘martirio’ de la Vida Religiosa. Y para la gente es un ‘signo de alarma’. Los religiosos, con su vida, dicen a la gente: ‘¿Qué está sucediendo? ¡Estas personas me dicen algo! ¡Estas personas van más allá del horizonte mundano!’”.

En medio de nuestra Iglesia, deseosa de vivir las bienaventuranzas y llamada al radicalismo de la *castidad* en cuanto esposa de Cristo, los consagrados, profesando el voto de castidad perfecta, asumen la condición virginal en representación de nuestra Iglesia. Quienes viven la virginidad “no aceptan compromisos ni temen arrostrar la tentación de la soledad” (J. B. Metz). En ellos la Iglesia se acerca amorosamente a los ‘solitarios’ de nuestro mundo (discapacitados físicos y psíquicos, enfermos...). Es curioso que allí donde vive un discapacitado psíquico uno de sus amigos más fieles es el sacerdote o el religioso de la parroquia.

En medio de nuestra Iglesia llamada a vivir el radicalismo de la *pobreza* evangélica, los religiosos concentran en sí un don y una exigencia que Cristo concede y dirige a todos los creyentes. Ellos han encontrado en Cristo su tesoro y todo lo demás lo estiman basura, como S. Pablo. Por eso han de estar constantemente vigilantes para no caer en la tentación de una vida aburguesada.

En medio de nuestra Iglesia llamada a vivir el radicalismo de la *obediencia* de la fe, los consagrados hacen profesión pública de obediencia, que no consiste en

⁴⁰ PAPA FRANCISCO, *Homilía* del 7 de julio de 2013

aceptar el engranaje institucional imprescindible en todo grupo humano organizado, sino en buscar y realizar la voluntad del Padre como Cristo que "sufriendo, aprendió a obedecer" (Hebr.5, 8).

En medio de una Iglesia peregrina, los religiosos han de ser la prueba contundente de desinstalación, de vida alternativa respecto a la que se propone en el mundo, el 'aguijón apocalíptico' perturbador. "Sea público este testimonio, como en el estado religioso, o más discreto, o incluso secreto, la venida de Cristo es siempre para todos los consagrados el origen y la meta de su vida: El Pueblo de Dios, en efecto, no tiene aquí una ciudad permanente, sino que busca la futura. Por eso el estado religioso... manifiesta también mucho mejor a todos los creyentes los bienes del cielo, ya presentes en este mundo. También da testimonio de la vida nueva y eterna adquirida por la redención de Cristo y anuncia ya la resurrección futura y la gloria del Reino de los cielos. [LG 31.]" (CEC 933)

3. *Según la manifestación pluriforme del Espíritu en los carismas*

Hay que distinguir la vida consagrada en cuanto tal, en su dimensión teológica, de las formas institucionales que ha ido adquiriendo a lo largo de la historia y que son múltiples. Sería una inmensa pobreza querer reducirla a la uniformidad. En su variedad se manifiesta la sabiduría y la belleza de Dios que quiere que su Iglesia aparezca ricamente ataviada para su Esposo. Las diversas formas de vida consagrada manifiestan de modo concreto y visible la riqueza inagotable de la sacramentalidad de la Iglesia, revelando de esta forma a los fieles y al mundo la cercanía del corazón de Cristo a todas las necesidades del hombre... Cada una expresa más significativamente que otra un aspecto peculiar del Amor que salva.

Las diferentes comunidades religiosas han recibido del Espíritu, por medio de sus fundadores, un carisma particular, reconocido y aprobado por la Iglesia. El carisma es un germen de vida que cada comunidad religiosa debe vivir, custodiar, profundizar y desarrollar constantemente en la comunión eclesial. "La vida religiosa tiene como fin recordarle a la comunidad cristiana uno u otro aspecto del mensaje evangélico que, en las vicisitudes históricas, puede quedar en penumbra. Cuando esto ocurre, Dios suscita a un Benito de Nursia, a un Francisco de Asís o a un Ignacio de Loyola, que destacan nuevamente el valor evangélico que corría peligro de eclipsarse. Además, con la opción de seguir más de cerca al Señor mediante la práctica de los consejos evangélicos, la vida religiosa nos recuerda que nuestra patria no está en este mundo, sino en el Reino de Dios, cuya llegada esperamos. Es el significado escatológico de la vida religiosa, en virtud del cual no puede menos de ser marginal en la sociedad humana, que generalmente persigue valores muy diferentes"⁴¹.

⁴¹ P. H. KOLVENBACH, *Fieles a Dios y al hombre*, Paulinas, Madrid 1990, 25.

En consecuencia, hemos de pedir la inserción ‘diferenciada’ de los religiosos en la vida y misión de las comunidades cristianas que forman la Iglesia particular. Es decir, no una inserción vaga y ambigua, sin contornos, sino una inserción en la que se haga valer la fuerza del propio carisma, aunque esto traiga incomodidades y cree ciertas tensiones. La ‘nivelación de los carismas’ amortigua en vez de avivar la vida eclesial.

4. *Insertándose verdaderamente en la Iglesia particular*

Los religiosos no pueden vivir su pertenencia a la Iglesia universal, prescindiendo de su inserción real en una determinada iglesia particular. No pueden estar en comunión con la Iglesia universal si no están en comunión con el obispo de una Iglesia local formando verdaderamente parte de la familia diocesana: "Dondequiera que os encontréis en el mundo –recordaba Juan Pablo II a los Superiores Generales en 1978-, sois, por vuestra vocación para la Iglesia universal, a través de vuestra misión en una determinada iglesia local. Por tanto, vuestra vocación para la Iglesia universal se realiza dentro de las estructuras de la Iglesia local. Es necesario hacer todo lo posible para que la vida consagrada se desarrolle en las iglesias locales, para que contribuya a su edificación espiritual, para que constituya su fuerza especial. La unidad con la Iglesia universal por medio de la Iglesia local: he aquí vuestro camino"⁴². Estas palabras del santo papa Juan Pablo II debieran estar inscritas en el corazón de cada consagrado para evitar los ghettos dentro de la comunidad diocesana.

En consecuencia, al obispo como padre y pastor de toda la Iglesia particular, le “compete reconocer y respetar cada uno de los carismas, promoverlos y coordinarlos. En su caridad pastoral debe acoger, por tanto el carisma de la vida consagrada como una gracia que no concierne sólo a un Instituto, sino que incumbe y beneficia a toda la Iglesia. Procurará, pues, sustentar y prestar ayuda a las personas consagradas, a fin de que, en comunión con la Iglesia y fieles a la inspiración fundacional, se abran a perspectivas espirituales y pastorales en armonía con las exigencias de nuestro tiempo. Las personas consagradas, por su parte, no dejarán de ofrecer su generosa colaboración a la Iglesia particular según las propias fuerzas y respetando y respetando el propio carisma, actuando en plena comunión con el obispo en el ámbito de la evangelización, de la catequesis y de la vida de las parroquias"⁴³.

Cada vez existe un mayor consenso en que la consagración religiosa es para la misión. La misión, pues, no es un apéndice accidental de la vida religiosa. Define su ser. Hay que tener en cuenta el principio conciliar: "Hay en la Iglesia unidad de

⁴² JUAN PABLO II, *Alocución a los superiores generales*, Roma 24.11.78.

⁴³ JUAN PABLO II, VC 49

misión, pero pluralidad de ministerios" (AA.2). Según él, las diversas formas de Vida Consagrada no tienen una misión propia, sino que participan y contribuyen a la misión única de la Iglesia, que –en último término– es la misión del mismo Cristo: anunciar la Buena Noticia. El papa Francisco invita a la Iglesia a salir a las periferias, a los márgenes de la historia. En consecuencia la Vida Consagrada ha de situarse en las fronteras, en los extrarradios del mundo, en los descampados existenciales donde tantos están como ovejas sin pastor y no tienen qué comer (cfr. Mt 9, 36).

Por otra parte las diócesis –sobre todo a través de las parroquias– les permiten a los religiosos sentirse Iglesia. La vida religiosa, como toda vocación cristiana, sólo tiene sentido en, desde y para la Iglesia. La vida religiosa no ha sido nunca un movimiento sectario, sino un movimiento fermento. Las comunidades parroquiales les permiten entrar en comunión de vida y misión con otros hermanos agraciados con otros carismas. Pueden hacer la experiencia de unidad: un solo cuerpo de Cristo, una misma fe, una misma Eucaristía, una misma misión.

La colaboración más fecunda con y para la diócesis consiste en que cada carisma viva y cumpla su misión en plenitud sin ceder a cómodas uniformidades. Todos los ‘exilios interiores’ quitan tierra nutritiva a la comunidad de consagrados. Una acción y presencia de los Institutos de Vida Consagrada que no esté en función del servicio a la Iglesia particular, carecería de sentido. Sois por vocación “para la Iglesia universal, a través de vuestra misión en una Iglesia local. Por tanto, vuestra vocación para la Iglesia universal se realiza dentro de las estructuras de la Iglesia local”. Por consiguiente, “los miembros de los Institutos de Vida Consagrada deben hacer compatible la fidelidad a su carisma propio, y a su Instituto, con el conocimiento de la Iglesia diocesana a la que pertenecen, la propuesta y el ofrecimiento de los servicios que le son propios y la aceptación sincera de las líneas programáticas de acción pastoral en la diócesis. Sabiendo que el primero y fundamental servicio que de la Vida Consagrada espera la Iglesia particular dimana de su ser íntimo en cuanto sirve de estímulo a sus hermanos en la comunión eclesial para tender a la santidad a la que todos hemos sido llamados”⁴⁴.

En nuestras diócesis, los planes y programaciones pastorales se articulan en lo que ha venido llamándose pastoral de conjunto. Esta no es tanto el conjunto ordenado de acciones pastorales buscando la eficacia, cuanto la acción de la Iglesia local actuando como cuerpo, con diversidad de miembros, de carismas y de funciones, bajo la dirección y coordinación del Obispo que preside en caridad. Ello requiere participación en la elaboración del proyecto, unidad y diversidad al propio tiempo y pluralismo de acción para el desarrollo del único proyecto. Por eso, no se-

⁴⁴ *La Vida Religiosa, un carisma para la Iglesia*, 16

ría completa la programación pastoral diocesana que no tuviese en cuenta el testimonio de la Vida Consagrada, ni asumiese como propios de la Iglesia local los compromisos apostólicos de los consagrados que en ella trabajan, su acción evangelizadora, tanto en el ámbito de los Centros que ellos rigen, como fuera de los mismos.

“Finalmente, afirma el arzobispo Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, sobre las relaciones mutuas entre los obispos y los religiosos, debo afirmar que son buenas. No niego que en algunos momentos haya tensiones, inherentes a la misma vida humana. El camino correcto para superar los problemas de comunión es el diálogo desde la verdad, la caridad y la humildad, y con una escucha cada vez más atenta y disponible al Espíritu Santo, fuente de todos los dones de la Iglesia. El diálogo no atenúa ni oscurece la autoridad y la responsabilidad del obispo con respecto a la vida espiritual, litúrgica, catequética y caritativa en su Iglesia particular. Cuando se dan tensiones, hay que pasar de la desconfianza y la prevención al afecto mutuo y a la corrección fraterna. La comunión exige la certeza de un amor recíproco, de una apertura al otro, de una caridad capaz de hacernos olvidarnos de nosotros mismos para acoger a los otros en la comunión de la Iglesia. Es el camino del Evangelio”⁴⁵.

III. CRITERIOS PASTORALES PARA LA RELACIÓN DE LOS CONSAGRADOS CON LA DIOCESIS

Para ayudar a re-ubicar la Vida Consagrada en la Iglesia particular después del Vaticano II se publicó el *‘Mutuae Relationes’* (=MR), subtítulo ‘Criterios pastorales sobre las relaciones entre obispos y religiosos’ emanado conjuntamente de las Congregaciones de Vida Consagrada y de la Congregación de Obispos en 1978. Tratemos de aplicar las orientaciones que allí se ofrecen a los religiosos sacerdotes:

■ *Los consagrados han de sentirse familia diocesana.*

Los religiosos, aun perteneciendo a Institutos de Derecho Pontificio, han de sentirse verdaderamente miembros de la familia diocesana (Cfr. CD; nº 3) y han de adaptarse a ella, sin que suponga pérdida del impulso misionero ni atente contra la unidad e índole propia de su Instituto (MR 18). Existe todavía en bastantes religiosos la sospecha de que sentir y vivir la vida diocesana repercute negativamente en la vida comunitaria y en la vivencia del propio carisma.

El carisma propio no dispensa a los consagrados de convivir con el resto de la comunidad eclesial y de actuar según su propia vocación en estrecha colaboración

⁴⁵ Mons. V. JIMENEZ ZAMORA, *La Vida consagrada, don de Dios a su Iglesia*. Carta Pastoral, Zaragoza 2 de febrero de 2015, 13

con las instituciones diocesanas bajo la dirección y autoridad del obispo. Si los consagrados siguen las normas promulgadas por sus capítulos respectivos y éstos no han tenido en cuenta las circunstancias de las diócesis en las que viven y trabajan, los consagrados se ven obligados a vivir dentro de la comunidad eclesial en una especie de burbuja pastoral que quita eficacia a su trabajo y al de los demás. También es verdad que los consagrados necesitan verse acogidos por el obispo, los sacerdotes y todas las instituciones diocesanas como miembros de la diócesis, como colaboradores sinceros y eficaces.

■ *Realicen una inserción y encarnación local del carisma*

Si propio de cada iglesia local es la encarnación del misterio de la Iglesia en el ambiente propio de cada región, sin perder la referencia a la universalidad del Pueblo de Dios, propio también de la vida consagrada es encarnar en cada iglesia local su propio carisma, sin perder la referencia universal. Se trata de un equilibrio que no es fácil, pero sí necesario.

■ *Se debe replantear el 'privilegio de la exención'*

La exención concedida por el Papa a no pocas familias religiosas tiene como razón de ser "la utilidad de la Iglesia misma" (Cfr. LG 45; CD 35, 3): gracias a ella los Institutos Religiosos pueden expresar mejor su propia identidad y colaborar más amplia y generosamente al bien común (MR, 22) y para hacer más disponibles a los religiosos de cara a las necesidades que el Papa detecte y tenga que atender. Y pide a los religiosos que tengan esa conciencia renovada de la exención y hagan de ella una fuerza creativa e innovadora en su iglesia particular. No es fácil equilibrar y armonizar ambas exigencias, porque se tiende bien a una excesiva diocesanización o bien a una presencia paralela y descomprometida en la iglesia particular, como si de un clero casi extra-diocesano se tratara.

■ *Comunión en la complementariedad de dones.*

La comunión de los presbíteros, sean religiosos o diocesanos, con sus obispos es condición indispensable para que puedan ejercer en la comunidad eclesial cualquier función de magisterio, santificación o gobierno. La comunión eclesial no es fundamentalmente un sentimiento. Es un misterio de amor, fruto del Espíritu Santo. Los presbíteros religiosos y los sacerdotes diocesanos han de ofrecerse mutuamente el testimonio de comunión en el amor, sintiendo como propios el gozo, la esperanza, la tristeza y la angustia de los demás.

Y no olvidemos que la comunión en el amor no anula la diversidad de dones y carismas. Son éstos regalo del Espíritu 'para el bien común'. La unidad sin diversidad es uniformidad sin espíritu; la diversidad sin unidad resultaría confusión y división.

■ *Los dones del testimonio y la doble fidelidad*

El servicio fundamental que los religiosos prestan a la Iglesia es “su testimonio público de total entrega a Dios” (MR 14, a). Y, ¿qué podrían ofrecer los presbíteros religiosos a las iglesias locales, o los presbíteros diocesanos a los religiosos, si no son fieles al propio carisma?

La renovación de la vida religiosa implica la fidelidad a los orígenes, pero también la adaptación de los Institutos Religiosos, según los siguientes principios generales: 1) el seguimiento de Cristo, tal como lo propone el Evangelio, debe ser la regla suprema; 2) todo Instituto debe ser fiel al espíritu y propósito propios de los fundadores, así como a las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada Instituto; 3) todos los Institutos han de participar en la vida de la Iglesia y de sus iniciativas, por ejemplo, en materia bíblica, litúrgica, dogmática, pastoral, ecuménica, misionera y social; 4) los Institutos han de asegurar a sus miembros el conocimiento adecuado de las condiciones, de los tiempos y de las necesidades del mundo y de la Iglesia; 5) la vida consagrada debe cuidar la renovación espiritual antes que la renovación de las formas externas de apostolado (cfr. PC 2).

“Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es, sobre todo, una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una *fidelidad dinámica* a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial. Debe permanecer viva, pues, la convicción de que la garantía de toda renovación que pretenda ser fiel a la inspiración originaria está en la búsqueda de la conformación cada vez más plena con el Señor” (VC 37).

■ *La fraterna colaboración*

“Foméntese la fraternización y los vínculos de cooperación entre clero diocesano y comunidades religiosas. Por eso, se dé gran importancia a todo lo que favorezca, aunque sea en plan sencillo y no formal, la confianza recíproca, la solidaridad apostólica y la concordia fraterna. Esto servirá, en realidad, no sólo para robustecer el sentido auténtico de la Iglesia particular, sino también estimulará a cada uno para que, de buen grado, preste los servicios que pueda, para incrementar el deseo de cooperación, y para amar la comunidad humana y eclesial en que se halla inserido, como patria de la propia vocación” (MR 37)

Son muy numerosas las situaciones en las que la relación entre clero diocesano y personas consagradas es armoniosa y constructiva. Pero hay que reconocer que

esto no siempre es así y tampoco en todas partes. Algunas veces surgen actitudes de competitividad. Ciertas quejas recíprocas se han hecho clásicas, por ejemplo, la acusación de desviar las posibles vocaciones de la parte contraria para orientarlas hacia la propia (Seminarios Diocesanos o Noviciados). Algunos párrocos han interpretado ciertas actividades pastorales y educativas llevadas a cabo por los religiosos como robar fieles a la parroquia. Las diócesis consideran a los consagrados excesivamente desvinculados de los Planes Pastorales Diocesanos. Por otra parte, la frecuente queja de los consagrados de ser reconocidos solamente por los servicios prestados a las Diócesis, y no por su consagración y estilo de vida, también es legítima en muchas ocasiones.

IV. RELACIÓN DE LOS CONSAGRADOS CON EL OBISPO DIOCESANO, ENTRE SÍ Y CON LOS SACERDOTES DIOCESANOS Y LOS LAICOS

El "clima" en el que deben desarrollarse las relaciones entre los religiosos entre sí, con el obispo y sacerdotes y con los fieles laicos no puede ser ni reivindicativo ni autodefensivo, sino fraternal. La vida religiosa no existe para sí misma, para dejar su impronta en instituciones permanentes ni para enaltecer el nombre de sus fundadores y perpetuar su identidad histórica. Todos somos llamados a la santidad, aun cuando hemos de alcanzarla por caminos diversos, según los distintos carismas.

1. Relación de los consagrados con el Obispo diocesano

“El Obispo –recordaba Juan Pablo II- es padre y pastor de toda la Iglesia particular. A él compete reconocer y respetar cada uno de los carismas, promoverlos y coordinarlos. En su caridad pastoral debe acoger, por tanto, el carisma de la vida consagrada como una gracia que no concierne sólo a un Instituto, sino que incumbe y beneficia a toda la Iglesia. Procurará, pues, sustentar y prestar ayuda a las personas consagradas, a fin de que, en comunión con la Iglesia y fieles a la inspiración fundacional, se abran a perspectivas espirituales y pastorales en armonía con las exigencias de nuestro tiempo. Las personas consagradas, por su parte, no dejarán de ofrecer su generosa colaboración a la Iglesia particular según las propias fuerzas y respetando el propio carisma, actuando en plena comunión con el Obispo en el ámbito de la evangelización, de la catequesis y de la vida de las parroquias”⁴⁶

Del documento de la Conferencia Episcopal Española *“Iglesia particular y vida consagrada. Cauces operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los obispos y la vida consagrada en la Iglesia en España”* (19 de abril de 2013) entresacamos el n. 5:

⁴⁶JUAN PABLO II, VC 49.

“Con aplicación a las relaciones entre los obispos y los Institutos de vida consagrada, el sentido de comunión es su fundamento último y lo que puede superar los elementos meramente jurídicos de las relaciones mutuas. La eclesiología de comunión vinculará de forma más realista los carismas de la vida consagrada a las Iglesias particulares donde se expresa la vocación y misión de los laicos y del clero diocesano, aportándoles el dinamismo y los valores con que los consagrados viven la universalidad de la Iglesia. Incluso el propio carácter supradiocesano de los Institutos de vida consagrada, llamados a dilatarse más allá de los límites de una Iglesia particular, es expresión del ministerio de Pedro en la solicitud de todas las Iglesias, y un elemento significativo al servicio de la comunión entre todas ellas⁴⁷.”

Consecuencia y signo al mismo tiempo de esa comunión es el principio *sentire cum Ecclesia*, cuya concreta aplicación significa la unidad con los pastores. «En vano se pretendería cultivar una espiritualidad de comunión sin una relación efectiva y afectiva con los pastores, en primer lugar con el papa, centro de la unidad de la Iglesia, y con su Magisterio. [...] Amar a Cristo es amar a la Iglesia en sus personas y en sus instituciones. Hoy más que nunca, frente a repetidos empujes centrífugos que ponen en duda principios fundamentales de la fe y de la moral católica, las personas consagradas y sus instituciones están llamadas a dar pruebas de unidad sin fisuras en torno al Magisterio de la Iglesia, haciéndose portavoces convencidos y alegres delante de todos»⁴⁸.

Pues bien, teniendo la vida consagrada un puesto importante en la Iglesia como comunión, a quienes la profesan se les pide que sean verdaderamente expertos en comunión eclesial, uno de cuyos distintivos es «la adhesión de mente y de corazón al magisterio de los obispos, que ha de ser vivida con lealtad y testimoniada con nitidez ante el Pueblo de Dios por parte de todas las personas consagradas, especialmente por aquellas comprometidas en la investigación teológica, en la enseñanza, en publicaciones, en la catequesis y en el uso de los medios de comunicación social»⁴⁹.

⁴⁷ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión*, 16.

⁴⁸ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*, Roma 2002, 32; cf. 40. Cf. Congregación para la doctrina de la fe, *Donum veritatis*, 1999, 40: «Por consiguiente, buscar la concordia y la comunión significa aumentar la fuerza de su testimonio y credibilidad; ceder, en cambio, a la tentación del disenso es dejar que se desarrollen fermentos de infidelidad al Espíritu Santo».

⁴⁹ *Vita consecrata*, 46; cf. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *La colaboración entre Institutos para la formación*, 1999,

1.1. *Un tiempo de dificultades para los consagrados*

La vida religiosa se ve afectada e interpelada hoy por cambios sociales y culturales radicales. Asistimos al nacimiento de una cultura y unas subculturas nuevas con símbolos y estilos de vida muy diversos de los que nosotros conocimos. Más concretamente, las dificultades que hoy deben afrontar las personas consagradas son muy variadas y profundas: En muchas de vuestras comunidades vivís con mucha intensidad cada día que sois menos y os vais haciendo mayores. Por otra parte, si el tercer milenio trae consigo el protagonismo de los laicos, de las asociaciones y de los movimientos eclesiales, os preguntáis sinceramente: ¿cuál será el puesto reservado a las formas tradicionales de vida consagrada? Tampoco podemos ignorar que, a veces, dentro de la misma Iglesia no se tiene en la debida consideración a los consagrados y consagradas. E incluso se da una cierta desconfianza hacia ellos. Es indudable, a mayor abundamiento, que ante la progresiva crisis religiosa que afecta a gran parte de nuestra sociedad, las personas consagradas, hoy de manera particular, se ven obligadas a buscar nuevas formas de presencia y a plantearse no pocos interrogantes sobre el sentido de su identidad y de su futuro.

Con cierta frecuencia saltan a los titulares de la prensa consagrados, sobre todo en terrenos de misión, capaces de dar un testimonio heroico y de entregarse hasta el martirio. Pero los consagrados –como los demás seguidores de Jesucristo– conocen también la insidia de la mediocridad en la vida espiritual, del aburguesamiento progresivo y de la mentalidad consumista. Y, junto a todo esto, la tentación del activismo y buscar la eficacia por encima de todo, corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales.

1. 2. *Las dificultades, un tiempo de gracia*⁵⁰

Las dificultades del momento actual pueden llevar al pesimismo, al encogimiento, buscando refugio en la nostalgia de tiempos pasados y maldiciendo, de algún modo, los tiempos presentes. Por el camino de la añoranza pronto llegaremos inevitablemente a la decadencia, a la esterilidad y a la amargura.

Pero también se pueden vivir las dificultades del momento tratando de ver en ellas mismas una auténtica llamada del Espíritu Santo. Al fin y al cabo la Vida

11; Congregación para la Educación Católica, *Las personas consagradas y su misión en la escuela*, 2002, 83.

⁵⁰Para todo lo que sigue Cfr. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el Tercer Milenio*, 12ss.

Consagrada no la inventamos nosotros. Es el Espíritu el que la crea, la recrea y la transforma; es El quien la impulsa constantemente a la fidelidad creativa.

Convivir, por ejemplo, en una sociedad donde con frecuencia reina la cultura de muerte, puede convertirse en un reto a ser con más fuerza testigos y portadores de vida y esperanza para nuestros contemporáneos. Nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan personas integradas, maduras, disponibles y gozosas, sin apegos y sin miedos ni represiones tontas.

Los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, vividos por Cristo en la plenitud de su humanidad de Hijo de Dios y abrazados por su amor, aparecen como un camino para la plena realización de la persona en oposición a la deshumanización, representan un potente antídoto a la contaminación del espíritu, de la vida, de la cultura; y una proclamación de la libertad de los hijos de Dios, de la alegría de vivir según las bienaventuranzas evangélicas. La pobreza vivida en clave de solidaridad y comunión, desde una vida modesta y sencilla que la haga creíble, es algo que desconcierta, sorprende y admira. Dependiendo únicamente de Dios estáis llamados a vivir una libertad que os impide ser esclavos de nada ni de nadie en este mundo. Habréis de prestar un poco más de atención a vuestro ser en vez de vivir atenazados por los excesivos quehaceres de cada día.

La pérdida de estima por parte de algún sector de la Iglesia por la vida consagrada, puede vivirse como una invitación a una purificación liberadora. La Vida Consagrada no debe buscar las alabanzas y las consideraciones humanas; su recompensa consiste en el gozo de trabajar activamente al servicio del Reino de Dios, para ser germen de vida que crece en el silencio más discreto, sin esperar otra recompensa que la que el Padre dará al final (cf. *Mt 6, 6*). En la llamada del Señor, en su seguimiento, amor y servicio incondicionales, encuentra su identidad que le colma de vida y le confiere plenitud de sentido. No podemos vivir para conservar estructuras, a veces tan pesadas, que nos convierten en pequeños empresarios o gestores, sino para aligerarlas y ponerlas al servicio del Espíritu, que es al que en definitiva tienen que servir. En nuestra sociedad y nuestra Iglesia, los consagrados verificarán su experiencia de Dios viviendo en servicio, la misericordia, la acogida del extranjero.

Si en algunos lugares las personas consagradas son pequeño rebaño porque son pocas y mayores, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de las personas consagradas. Utilizando el símil del automóvil se ha dicho que el problema de la vida religiosa hoy no es de carrocería, ni de equipamiento o diseño aerodinámico..., sino de motor, de responsabilidad

personal, de revisión de sistemas internos de formación para la madurez humana, cristiana y de vida consagrada.

La universalidad de la vocación a la santidad por parte de todos los cristianos, lejos de considerar superfluo el pertenecer a un estado particularmente apto para conseguir la perfección evangélica, puede ser un ulterior motivo de gozo para las personas consagradas porque están ahora más cercanas a los otros miembros del pueblo de Dios con los que comparten un camino común de seguimiento de Cristo, en una comunión más auténtica, en la emulación y en la reciprocidad, en la ayuda mutua de la comunión eclesial, sin superioridades o inferioridades enfermizas. Al mismo tiempo, esta toma de conciencia es un llamamiento a comprender el valor del signo de la vida consagrada en relación con la santidad de todos los miembros de la Iglesia.

En definitiva estos retos pueden constituir un fuerte llamamiento a profundizar la vivencia propia de la vida consagrada, cuyo testimonio es hoy más necesario que nunca. Es oportuno recordar cómo los santos fundadores y fundadoras han sabido responder con una genuina creatividad carismática a los retos y a las dificultades del propio tiempo, que seguramente no fue ni mejor ni peor que el nuestro.

El futuro de la Vida Consagrada está en manos de Dios, que son las mejores manos, pero también depende de la respuesta lúcida, creativa y coherente a las llamadas que el Espíritu hace en nuestros días. Los consagrados han de lograr articular bien tres elementos: 1. Una relación personal, intensa y gozosa con Dios, convertido en la única razón de vivir, junto con la capacidad de iniciar a los demás en el encuentro con el Señor que sobrecoge, cautiva y entusiasma. 2. Una vida que, firmemente asentada en Dios, no sea ajena a los dolores del mundo, sino que, en medio de ellos y sin desentenderse de ellos, descubra la presencia del Dios de la esperanza y del consuelo. 3. Un estilo de vida sencillo y fraternal, que sea una alternativa al consumismo y la competitividad que genera la economía de mercado en la que nos vemos envueltos.

"Todos los religiosos, exentos o no, se encuentran entre los colaboradores del obispo diocesano en su misión pastoral. La implantación y la expansión misionera de la Iglesia requieren la presencia de la vida religiosa en todas sus formas 'desde el período de implantación de la Iglesia'. 'La historia da testimonio de los grandes méritos de las familias religiosas en la propagación de la fe y en la formación de las nuevas Iglesias: desde las antiguas instituciones monásticas, las órdenes medievales y hasta las congregaciones modernas'." (CEC 927)

La comunión es el vínculo de la caridad y de la verdad, y requiere diálogo y cercanía, respeto y dedicación. Por eso *Vita Consecrata* (n. 49), refiriéndose a las relaciones mutuas, señala que "La especial atención por parte de los Obispos a la

vocación y misión de los distintos Institutos, y el respeto por parte de éstos del ministerio de los Obispos con una acogida solícita de sus concretas indicaciones pastorales para la vida diocesana, representan dos formas, íntimamente relacionadas entre sí, de una única caridad eclesial, que compromete a todos en el servicio de la comunión orgánica —carismática y al mismo tiempo jerárquicamente estructurada— de todo el Pueblo de Dios”.

Los obispos españoles hemos publicado un Documento titulado *Iglesia particular y vida consagrada. Cauces operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los obispos y la vida consagrada en España*. Es un texto que pretende favorecer la comunión y la misión en el momento actual, para que seamos testimonio elocuente de la súplica de Jesucristo al Padre: “que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21).

2. Relación de los consagrados entre sí

A veces ocurre que los consagrados viven muy dentro de su Congregación o Instituto, un tanto al margen de lo que viven otros hermanos consagrados. Por eso viene bien recordar estas palabras del papa Francisco: “También espero que crezca la comunión entre los miembros de los distintos Institutos. ¿No podría ser este Año la ocasión para salir con más valor de los confines del propio Instituto para desarrollar juntos, en el ámbito local y global, proyectos comunes de formación, evangelización, intervenciones sociales? Así se podrá ofrecer más eficazmente un auténtico testimonio profético. La comunión y el encuentro entre diferentes carismas y vocaciones es un camino de esperanza. Nadie construye el futuro aislándose, ni sólo con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua, y nos preserva de la enfermedad de la autoreferencialidad”⁵¹

3. Relación de los consagrados con los sacerdotes diocesanos

Un puesto especial ocupa en la comunidad eclesial la Vida Consagrada en la abundante variedad de sus formas históricas (vida monástica, vírgenes, eremitas, vida contemplativa, congregaciones masculinas clericales y laicales y congregaciones femeninas de vida activa, institutos seculares, nuevas expresiones o formas renovadas de vida evangélica). La vida consagrada está formada por hombres y mujeres que dóciles a la llamada del Padre y bajo el impulso del Espíritu Santo, “intentan seguir a Cristo con mayor libertad e imitarlo con mayor precisión”⁵² para entregarse a El con un corazón indiviso (cf. 1Cor 7,34), testimoniando el Absoluto de Dios en medio del pueblo a través de la práctica de los Consejos evangélicos; y co-

⁵¹ Carta del papa Francisco con ocasión del Año de la Vida consagrada, 21.12.2014

⁵² CONCILIO VATICANO II, *Decreto “Perfectae Charitatis”*, n° 1 (=PC).

laborando a la total y estable dedicación a la común misión de la Iglesia, según el carisma recibido.

Este estilo de vida si bien en su especificidad carismática no representa una función ministerial en sí misma, contribuye sin embargo con eficacia, sin límites de espacio y de tiempo, a realizar la misión de la Iglesia con el testimonio de la vida y con una participación pluriforme en la misión apostólica de toda la comunidad eclesial, que va desde del empeño de la oración a la preocupación pastoral, a la defensa de la vida naciente, a la enseñanza y a la educación de los niños y de los jóvenes, a la asistencia a los pobres y a los enfermos de todo género, al servicio caritativo ofrecido a los huérfanos, a los inválidos, a los drogados, a los ancianos, a los marginados, a los encarcelados, a la promoción humana, a la defensa de la justicia, a la actividad misionera y social entre los pueblos todavía no evangelizados.

Estamos viviendo una común voluntad de favorecer una ordenada colaboración entre los diversos Institutos, masculinos y femeninos, y entre éstos y el clero diocesano, alentando una presencia activa del carisma de la vida consagrada en las diócesis y en las parroquias y obrando en plena comunión con las directivas del obispo en el ámbito de la evangelización. Esto requiere que el proyecto apostólico de las personas consagradas se confronte con el proyecto pastoral de las iglesias particulares y de las comunidades locales, a las que pertenecen, para examinar cual sea la aportación concreta que pueden dar con su actuación. Es necesario que al organizar las actividades apostólicas de los consagrados “los Obispos diocesanos y los Superiores religiosos procedan de común acuerdo al dirigir las obras de apostolado de los religiosos”⁵³, con el fin de que no disminuya la fidelidad a las opciones fundamentales de los propios Institutos y la fidelidad a los programas pastorales de las diócesis.

Atención peculiar se debe prestar a las mujeres consagradas “que están llamadas a ser de una manera muy especial y a través de su dedicación vivida con plenitud y con alegría, un signo de la ternura de Dios hacia el género humano y un testimonio singular del misterio de la Iglesia, la cual es virgen, esposa y madre”⁵⁴. Deben tener una mayor conciencia de su misión en la Iglesia, sobre todo, en los procesos de elaboración de las decisiones que le son propias. “En este contexto la mujer consagrada a partir de su experiencia de Iglesia y de mujer en la Iglesia, puede contribuir a eliminar ciertas visiones unilaterales, que no se ajustan al pleno reconocimiento de su dignidad, de su aportación específica a la vida y a la acción pastoral y misionera de la Iglesia”⁵⁵.

⁵³ *Código de Derecho Canónico*, c. 678,3.

⁵⁴ JUAN PABLO II, *VC* 57.

⁵⁵ *Ibid.*

“Al mismo tiempo, la vida consagrada está llamada a buscar una sincera sinergia entre todas las vocaciones en la Iglesia, comenzando por los presbíteros y los laicos, así como a «fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines»⁵⁶

4. Laicos y consagrados, ¿compañeros de misión?

La eclesiología de comunión, característica del concilio Vaticano II, nos recuerda que la misión es única en la pluralidad de carismas y ministerios. Los consagrados han descubierto que no tienen en ‘monopolio’ el carisma de sus fundadores. Por tanto, lo pueden compartir con otras personas que quieren vivirlo junto a ellos, al igual que su espiritualidad y su misión. Así lo constataba S. Juan Pablo II: “Debido a las nuevas situaciones, no pocos institutos han llegado a la convicción que su carisma puede ser compartido con los laicos. Estos son invitados por tanto a participar de manera más intensa en la espiritualidad y la misión del Instituto mismo. En continuidad con las experiencias históricas de las diversas Ordenes seculares o Terceras ordenes, se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico en esperanza, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado”⁵⁷.

En la Instrucción de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida apostólica (2002) se nos dice que hay que superar una teología estricta de la vida consagrada hacia una eclesiología integral y se nos advierte que los carismas han surgido para beneficiar a todo el pueblo de Dios: “Sólo en una eclesiología integral donde las diversas vocaciones son acogidas en el interior de un único pueblo de convocados, la vocación a la vida consagrada puede encontrar su específica identidad de signo y testimonio. Hoy se descubren cada vez más el hecho de que los carismas de los fundadores y de las fundadoras, habiendo surgido para el bien de todos, deben de ser puestos de nuevo en el centro de la misma Iglesia, abiertos a la comunión y a la participación de todos los miembros del Pueblo de Dios”⁵⁸

Este planteamiento –sigue enseñando este Documento- exige una adecuada formación de los consagrados así como de los laicos para una recíproca y enriquecedora colaboración. Lejos de ignorarse mutuamente o de organizarse sólo en vista a actividades comunes, pueden encontrar la relación justa de comunión y de una renovada experiencia de fraternidad evangélica y de mutua emulación carismática, en una mutua complementariedad siempre respetuosa de la diversidad.

⁵⁶ JUAN PABLO II, VC 51

⁵⁷ JUAN PABLO II, VC 54

⁵⁸ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. Instrucción Caminar desde Cristo, un renovado compromiso de la Vida consagrada en el Tercer Milenio, Roma, 19 de Mayo 2002, 31

Todo esto lo tiene en cuenta el papa Francisco cuando escribe: “Con esta carta me dirijo, señala el papa Francisco, además de a las personas consagradas, a los laicos que comparten con ellas ideales, espíritu y misión. Algunos Institutos religiosos tienen una larga tradición en este sentido, otros tienen una experiencia más reciente. En efecto, alrededor de cada familia religiosa, y también de las Sociedades de vida apostólica y de los mismos Institutos seculares, existe una familia más grande, la «familia carismática», que comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático”⁵⁹

La colaboración entre consagrados y laicos será tanto más fructífera cuanto más se salvaguarde la propia identidad de unos y otros (cfr. VC, 70). Los consagrados les recuerdan a los laicos “que este mundo puede ser transformado solamente desde el espíritu de las bienaventuranzas” (LG, 31). Les aportan su propia espiritualidad, que también puede vivirse laicalmente. Asimismo, se han creado plataformas apostólicas para que los laicos realicen su misión. Puede ser también significativa para ellos la sabiduría acumulada durante siglos por los consagrados: espiritual, comunitaria, organizativa, etc., abriéndose así un abanico de posibilidades de formación. Los laicos que participan en la espiritualidad de una familia religiosa, por su parte, no son religiosos encubiertos, sino que les ayudan en su camino espiritual y pastoral desde su dimensión secular de compromiso en lo temporal. Y, finalmente, la misión de muchas congregaciones depende, de hecho, con frecuencia, de lograr la participación de estos compañeros de misión.

Es evidente, además, que hoy se tiene mayor conciencia de la dimensión laical de muchos de los institutos, y que la Vida religiosa del futuro estará cada vez más abierta al laicado, en general, en la línea de la comunión y participación en cuanto a la espiritualidad, el trabajo y la comunión de vida. Parece claro que cada día tiene más peso y protagonismo lo laical.

En definitiva, las relaciones entre consagrados y fieles laicos deben desarrollarse teniendo en cuenta los siguientes criterios:

-- Los seculares deben seguir siendo seculares; y los consagrados, consagrados. Pero sin sentirse autónomos, autosuficientes, evitando igualitarismos y buscando la comunión en la diversidad.

-- La única misión que comparten exige que prevalezca "lo eclesial universal" sobre "lo eclesial particular", en conformidad a los propios carismas.

⁵⁹ PAPA FRANCISCO, *Carta con motivo del Año de la Vida consagrada*, III,1

-- A la hora de transformar el mundo según la novedad del Reino, conviene que los consagrados ejerzan más la función de "signos" y los laicos la de "instrumentos".

-- Tanto los consagrados como los seculares han de anunciar el gozo del Evangelio en las periferias existenciales, en las fronteras. Entre los que buscan a Dios a veces sin saberlo y entre los pobres y excluidos. Unos y otros han de "estar ahí" como signos y testigos, dialogando y ofreciendo un servicio humilde.

V. ¿Cómo mejorar las relaciones entre los consagrados y los demás miembros de la diócesis?

Las relaciones entre los consagrados y los demás miembros de la diócesis mejorarán en la medida en que todos pasemos:

■ De la ignorancia al conocimiento y aprecio.

No se desea lo que no se conoce. La Vida Consagrada experimenta con frecuencia la sensación de no ser suficientemente conocida por el clero diocesano, a veces tampoco por los obispos. El peligro que deriva de ello es reducir la Vida Consagrada a su dimensión "funcional". En tanto valoro a los religiosos en cuanto me resuelven determinadas 'papeletas'.

No basta sin embargo conocer en abstracto la Vida Consagrada, es necesario crear ocasiones de conocimiento de las personas consagradas. Han de multiplicarse encuentros entre clero diocesano y presbíteros religiosos.

Es justo también observar que las personas consagradas tienden a veces a ignorar excesivamente, en nombre de la pertenencia a su familia religiosa, algunas ocasiones eclesiales que les permitirían conocer más de cerca la experiencia de vida y la vocación del clero diocesano: misa crismal, ordenaciones, retiros espirituales, Ejercicios espirituales, etc...

Antes de nada es necesario cuidar una adecuada información recíproca. Los obispos están llamados a informar e implicar a los consagrados, hombres y mujeres, en la programación pastoral de la diócesis, de forma que en el intercambio recíproco de los dones ministeriales y carismáticos, cada iglesia particular se convierta en "casa y escuela de comunión"⁶⁰. La información tiene su ejercicio concreto en el diálogo

⁶⁰ JUAN PABLO II, *NMI* 43

■ De la desconfianza a la acogida

Diversos textos del Nuevo Testamento nos hablan de divisiones y conflictos presentes en las primeras comunidades cristianas. Tenemos la obligación de repetirnos constantemente que en la Iglesia la acogida de todos es la primera manera de hacer de ella la casa y la escuela de la comunión⁶¹.

“El Obispo procure que la Vida Consagrada sea conocida y apreciada por los fieles y, en particular, provea para que el clero y los seminaristas, mediante los respectivos medios de formación, sean instruidos en la teología y espiritualidad e la Vida Consagrada y lleguen a apreciar sinceramente a las personas consagradas, no sólo por la colaboración que pueden ofrecer a la pastoral diocesana, sino sobre todo por la fuerza de su testimonio de vida Consagrada, y por la riqueza que su vocación y estilo de vida aportan a la Iglesia universal y particular”⁶².

El Papa Francisco en la parte final de su Carta apostólica en el Año de la Vida Consagrada nos invita “a los Pastores de las Iglesias particulares a una solicitud especial para promover en sus comunidades los distintos carismas, sean históricos, sean carismas nuevos, sosteniendo, animando, ayudando en el discernimiento, haciéndose cercanos con ternura y amor a las situaciones de dolor y debilidad en las que puedan encontrarse algunos consagrados y, en especial, iluminando con su enseñanza al Pueblo de Dios sobre el valor de la vida consagrada, para hacer brillar su belleza y santidad en la Iglesia”⁶³.

■ De la competitividad a la colaboración

Reconocía Juan Pablo II: “La demanda de nuevas formas de espiritualidad que brota hoy en la sociedad, debe hallar una respuesta en el reconocimiento del primado absoluto de Dios vivido por los consagrados a través de la total donación de sí, la conversión permanente de una existencia ofrecida como verdadero culto espiritual. En un contexto contaminado de secularismo y sujeto al consumismo, la vida consagrada, don del espíritu a la Iglesia y para la Iglesia, se convierte cada vez más en un signo de esperanza, de la medida en que es testigo de la dimensión trascendental de la existencia”⁶⁴.

Una iglesia particular no puede más que alegrarse del compromiso a favor de los más pobres por parte de muchos Institutos religiosos.

⁶¹ JUAN PABLO II, *NMI* 43

⁶² *Directorio para el Ministerio Pastoral de los Presbíteros*, n° 99 b.

⁶³ PAPA FRANCISCO, *Homilía en la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen María*, 21.11.2014.

⁶⁴ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa* 37

En todo este tema sigue siendo fundamental la función del Obispo llamado a ejercer el “carisma de la síntesis”, o sea, reconocer, valorar y armonizar sabiamente las diversas vocaciones y los diversos apostolados, haciendo que contribuyan a la comunión.

■ De la estrechez a la apertura de horizontes

Hoy no tiene sentido una parroquia cerrada a las demás parroquias. Como tampoco lo tiene una diócesis cerrada a las demás diócesis, y en particular a la Iglesia del Sucesor de Pedro. En *Vita Consecrata* 47 se habla de un vínculo particular de la Vida Consagrada con el sucesor de Pedro: “Emerge de este modo el carácter de universalidad y de comunión que es peculiar de los Institutos de Vida Consagrada y de las sociedades de Vida apostólica. Por la connotación supradiocesana que tiene su raíz en la especial vinculación con el ministerio petrino, ellos están también al servicio de la colaboración entre las diversas Iglesias particulares, en las cuales puede promover eficazmente el “intercambio de dones” contribuyendo así a una inculturación del evangelio que asume, purifica y valora la riqueza de las culturas de todos los pueblos.

Ir más allá de los confines de la propia comunidad cristiana significa encontrar otras comunidades eclesiales cuya diversidad relativiza, sin anularla, la propia experiencia eclesial y, al mismo tiempo, la enriquece.

“Creo que la Vida Religiosa –comenta el P. Elías Royón- está caminando en la dirección de una “revitalización” de su vida y su misión, desde una “fidelidad creativa”. Se siente la necesidad de revitalizar la Vida Religiosa no sólo personal, sino comunitariamente; no sólo espiritual, sino apostólicamente. De ello son conscientes la mayoría de las congregaciones que andan por la vía trazada por sus Constituciones hacia lo que éstas tienen de más evangélico, carismático y profético.

Y todo ello se debería realizar en una “fidelidad” que ha de ser siempre “creativa”. Fidelidad a los momentos carismáticos de los fundadores y fundadoras que fueron portadores de audacia en su radicalidad al seguimiento de Jesucristo. Fidelidad a las llamadas del Espíritu en nuestro tiempo, libres de ataduras pasadas y de modas presentes, para elaborar propuestas audaces a los retos de la evangelización en nuestra sociedad. Fidelidad a la radicalidad del mensaje evangélico, para ser testigos apasionados por Jesucristo en su amor a los más pobres. Fidelidad a la Iglesia, en cuyo seno la Vida Religiosa adquiere y conserva su sentido y finalidad, enriqueciendo la comunión y colaborando con sus carismas propios en la misión eclesial”⁶⁵.

⁶⁵ E. ROYÓN, Presidente de CONFER en Vida Nueva 17.09.2010.

Queridos hermanos presbíteros religiosos: gracias por vuestra inserción y vuestra colaboración en las diversas diócesis donde vivís y trabajáis. Yo os pido que estrenéis cada día vuestra consagración, que la viváis de manera convencida y convincente, que reavivéis incesantemente los carismas recibidos y con su diversidad enriquezcáis a las Iglesias diocesanas dinamizando la acción evangelizadora, que seáis gozo y esperanza para vuestras Iglesias y para la única Iglesia del Señor.

VI. LOS CONSAGRADOS EN LA IGLESIA DIOCESANA DE SANTANDER

La diócesis de Santander es rica en Vida Consagrada. Aquí han venido para enriquecernos con sus carismas un buen puñado de consagrados y consagradas. Y aquí siguen permaneciendo fieles y creativos para dar respuesta a las necesidades nuevas que van surgiendo, ejerciendo su labor profética y siendo un ejemplo de convivencia fraterna.

1. *Una presencia rica en carismas*

La vida contemplativa está presente en nuestra diócesis a través de 12 monasterios. Uno masculino, la abadía cisterciense de Cóbreces y otros 11 femeninos como Carmelitas Descalzas (3), Cistercienses (1), Clarisas (3), Salesas (1) Mercedarias (1) y Trinitarias (2).

Los Institutos Religiosos de vida apostólica masculinos tienen una amplia presencia en la diócesis de Santander: Agustinos, Capuchinos (3 comunidades), Carmelitas Descalzos, Claretianos, Escolapios (2 comunidades) Franciscanos (2 comunidades), Dominicos, Jesuitas, Trinitarios, Salesianos (2 comunidades), Sagrados Corazones, Redentoristas, Pasionistas (2 comunidades), Menesianos, Amigionanos, la Salle, HH de San Juan de Dios, Paúles.

Más amplia aún es la presencia de Institutos Religiosos femeninos: Adoratrices, Ángeles Custodios, Angélicas, Apostolado del S. Corazón de Jesús, Carmelitas de la Caridad, Compañía de María, Compasionistas, Esclavas del S. Corazón de Jesús, Franciscanas del Espíritu Santo (2 comunidades), Hermanas de la Caridad de Santa Ana, Hermanas Trinitarias, Hermanitas de los Ancianos Desamparados, Hijas de Cristo Rey, Hijas de la Virgen de los Dolores (2 comunidades), Hijas de María, Madre de la Iglesia, Hijas de María Santísima del Huerto, Hijas de San José (2 comunidades), Hijas de Santa María de Leuca, Hijas de Santa María del Corazón de Jesús (2 comunidades), Hospitalarias del Sagrado Corazón (2 comunidades), Josefinas de la Santísima Trinidad, Mercedarias Misioneras, Oblatas, Religiosas de María Inmaculada, Religiosas de los Sagrados Corazones, Siervas de los Pobres, Siervas de Ma-

ría (2 comunidades), Mercedarias de la Caridad, Operarias Misioneras del S. Corazón de Jesús.

Además contamos con 3 Institutos Seculares: Alianza en Jesús por María, Cruzada Evangélica y Auxiliares de Jesús Maestro Divino. Y finalmente 13 comunidades de Hijas de la Caridad representando a las Sociedades de Vida Apostólica

2. *La inserción en la diócesis*

Los consagrados y consagradas colaboran en la catequesis que imparten las parroquias, en los Equipos de Cáritas, de Pastoral de la salud, en la Televisión diocesana, en La Delegación de Misiones, en la Enseñanza, en la Casa Sacerdotal. La Confer diocesana coordina y anima la vida religiosa y la Fere a los religiosos dedicados a la enseñanza

3. *Los consagrados en las periferias existenciales.*

Es muy significativa la presencia de los consagrados en lo que pudiéramos llamar las periferias existenciales: atendiendo a los ancianos, especialmente a los de escasos recursos económicos, a los enfermos, incluyendo los enfermos mentales y sidosos, manteniendo colegios en el mundo rural, atendiendo a transeúntes en la Cocina económica o a mujeres marginadas y maltratadas. También están cerca de los problemas que padecen los inmigrantes, la etnia gitana y se hacen presentes en los barrios marginales de la ciudad.

EPÍLOGO

Escogió a los débiles para confundir a los poderosos

“Que este Año de la Vida Consagrada –proponía el papa Francisco- sea también una ocasión para confesar con humildad, y a la vez con gran confianza en el Dios amor (cfr. 1 Jn 4, 8), la propia fragilidad, y para vivirlo como una experiencia del amor misericordioso del Señor; una ocasión para proclamar al mundo con entusiasmo y dar testimonio con gozo de la santidad y vitalidad que hay en la mayor parte de los que han sido llamados a seguir a Cristo en la vida consagrada”.

Mirando a los consagrados de nuestra diócesis podemos reconocer, con San Pablo, que Dios ha escogido a los débiles de este mundo para confundir a los fuertes y poderosos. En efecto, ellos son testigos en medio de nosotros de las maravillas que hace Dios en los humildes y pequeños, en los que no confían en sus propias fuerzas, sino tan sólo en el poder de Dios.

Agradecemos a Dios el regalo de la vida consagrada. Rodeemos con nuestro afecto y nuestro cariño a los consagrados que muchas veces son incomprensidos.

Pidamos al Señor para ellos la fidelidad gozosa a los votos de pobreza, castidad y obediencia que hicieron un día para servir a Dios y a los hermanos.

En referencia a la andadura postconciliar de la vida consagrada dice acertadamente el P. Aquilino Bocos: “El examen del itinerario seguido permite ver que hemos recorrido el camino *entre luces y sombras*. La renovación es una película que se rueda en *claroscuro*, donde confluyen la claridad y la penumbra, el contrapunto y la energía, el matiz y la sutileza. En la renovación se entrecruzan la acción divina y la resistencia humana, la gracia y el pecado, el querer progresar y la transgresión (...) A cada nota positiva que se quiera subrayar, seguramente que puede surgir una sombra, un olvido o un retraso”⁶⁶

Es verdad que no estamos viviendo una primavera en la Vida Consagrada ni siquiera un apacible estío o un otoño discreto lleno de paz. Probablemente nos toca vivir el invierno frío que nos deja desnudos en la intemperie. No olvidemos, sin embargo, como nos recuerda Mons. Jesús Sanz, franciscano, “en el invierno la vida también crece. No tiene la apariencia vistosa y colorida de otras estaciones del año, pero hace su papel y trabaja calladamente para que luego lleguen los frutos sabrosos, y rompan las flores con su aroma, y el agua salte cantarina por torrentes y valles tras el llanto fecundo con el que se derriten nuestros neveros y glaciares.

Nuestra vida tiene inviernos que no son inútiles, ni sin sentido. Hay que saber vivirlos con la sencillez y la sabiduría de quien también aquí se atreve a entender el mensaje de Dios. Porque no es el momento de la flor ni del fruto, sino el tiempo de la raíz. Y las raíces no trabajan en el escaparate, sino en la más noble trastienda, para que luego se pueda presentar y exhibir lo que callandito se ha ido preparando”⁶⁷

Una llamada a la esperanza

La inserción de los consagrados en la diócesis ha recorrido un camino muy positivo en los años postconciliares. Todavía hay mucha senda que recorrer. Pero sin angustias por parte de nadie. Sabemos todos de Quien nos hemos fiado y nuestra confianza no puede quedar defraudada (cf. 2 Tim 1,12). “El futuro de la Vida consagrada no depende del número de sus miembros, ni del prestigio o eficacia de sus obras e instituciones, sino de la docilidad a la voz del Espíritu, que es nuestra

⁶⁶ A. BOCOS, *El camino de la vida consagrada desde Perfectae Caritatis hasta hoy: Vida Religiosa* 98 (2005) 351.

⁶⁷ Mons. J. SANZ MONTES, *El invierno y las cuatro estaciones de la Vida Consagrada: Tabor* 6 (2008) 343

luz y nuestra fuerza. Él es quien ha hecho nacer la vida consagrada en la Iglesia, para el Reino y para el mundo”⁶⁸.

Como obispo me siento llamado a estimular la Vida Consagrada y a velar por ella, sobre todo en nuestra diócesis, a procurar el mutuo conocimiento y estima entre consagrados y sacerdotes y seglares, que también la deben amar e impulsar. Convirtámonos al Señor cada día un poco más y cambiarán las estructuras eclesiales: “las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin ‘fidelidad de la Iglesia a la propia vocación’, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo”⁶⁹. También referido a la Iglesia diocesana se puede decir que “¡vosotros, queridos consagrados, no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas”⁷⁰

“Nos dirigimos, finalmente, a María, que animó la primera comunidad en la que «todos perseveraban unánimes en la oración» (cf Hch 1, 14), para que ayude a la Iglesia a ser en el mundo de hoy icono de la Trinidad, signo elocuente del amor divino a todos los hombres. La Virgen, que respondió con prontitud a la llamada del Padre diciendo: «Aquí está la esclava del Señor» (Lc 1, 38), interceda para que no falten en el pueblo cristiano servidores de la alegría divina: sacerdotes que, en comunión con sus Obispos, anuncien fielmente el Evangelio y celebren los sacramentos, cuidando al pueblo de Dios, y estén dispuestos a evangelizar a toda la humanidad. Que ella consiga que también en nuestro tiempo aumente el número de las personas consagradas, que vayan contracorriente, viviendo los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, y den testimonio profético de Cristo y de su mensaje liberador de salvación. Queridos hermanos y hermanas a los que el Señor llama a vocaciones particulares en la Iglesia, quiero encomendaros de manera especial a María, para que ella que comprendió mejor que nadie el sentido de las palabras de Jesús: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 8, 21), os enseñe a escuchar a su divino Hijo. Que os ayude a decir con la vida: «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10, 7). Con estos deseos para cada uno, mi recuerdo especial en la oración y mi bendición de corazón para todos”⁷¹

⁶⁸ Mons. V. JIMENEZ ZAMORA, *La Vida consagrada, don de Dios a su Iglesia*. Carta Pastoral, Zaragoza 2 de febrero de 2015, 30

⁶⁹ PAPA FRANCISCO, EG 26

⁷⁰ JUAN PABLO II, VC 110

⁷¹ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XLIV Jornada mundial de oración por las vocaciones*. Vaticano, 10 de febrero de 2007.

María, que es ejemplo sublime de perfecta consagración, por su entrega total a Dios y su servicio desinteresado a los hombres, en la que encontráis una Madre por título muy especial, os conceda fidelidad a la vocación recibida y una ayuda efficacísima para vivirla en plenitud

Santander, 1 de noviembre de 2016

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

Homilías

NUESTROS ÁNGELES CUSTODIOS

Misa en la Catedral de Santander con el Cuerpo Nacional de Policía,
2 de octubre de 2016

Queridos hermanos y hermanas:

En la Eucaristía de hoy recitamos este fragmento del salmo 90: "A sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en sus caminos", que sintetiza con mucha precisión el sentido de esta fiesta.

Pocas experiencias nos son tan cercanas como la constatación diaria de nuestra fragilidad y de nuestras limitaciones, a las que se añade la experiencia del dolor, la enfermedad y el sufrimiento. Al mismo tiempo, los cristianos profesamos gozosamente nuestra fe en Dios, padre providente y bueno, que nos regaló el don de la vida y que después no se ha olvidado de nosotros, pues nos cuida y dirige nuestra vida con su providencia amorosa. Dios nuestro Señor ejerce esta tutela por medio de las personas que nos quieren, nuestros padres, hermanos, amigos y quienes tienen alguna responsabilidad sobre nosotros. Pero, sobre todo, ejerce su solicitud providente sobre nuestras vidas a través de los santos ángeles.

1. ¿Quiénes son los ángeles, y concretamente los Ángeles Custodios?

En el Credo confesamos nuestra fe en un sólo Dios, padre todopoderoso, creador de todo lo visible e invisible. La fe en Dios y en lo que Dios nos ha revelado incluye la aceptación de la existencia de los ángeles, espíritus puros, incorpóreos e inmortales, invisibles a nuestros ojos, pero seres personales, dotados de inteligencia y voluntad y, por lo tanto, capaces de tener una relación con nosotros. Los ángeles son como el lujo de la creación, la obra más perfecta de Dios creador, expresión de su gloria y partícipes de su felicidad. Ellos están a su servicio, para alabarle y para manifestar su providencia en favor de los hombres.

La existencia de los ángeles es una verdad de fe, fundada en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia. Desde la creación están presentes en los momentos estelares de la Historia Santa. Ellos condujeron al Pueblo de Dios en su peregrinación por el desierto. Toda la vida de Jesús, desde la Encarnación a la Ascensión, "está rodeada de la adoración y del servicio de los ángeles" (CIC, 333). El ángel Gabriel anuncia a María su maternidad. El cántico de los ángeles anuncia a los pastores el nacimiento de Jesús. Ellos protegen su infancia, le sirven en el desierto, lo reconfortan en su agonía y anuncian su resurrección. Por otra parte, la predicación de Jesús contiene continuas alusiones a los ángeles.

2. “Protectores y pastores para conducirnos a la vida” (S. Basilio)

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que "toda la vida de la Iglesia se beneficia de la ayuda misteriosa y poderosa de los ángeles" (334). "Desde la infancia a la muerte, la vida humana se beneficia de su custodia y de su intercesión". Por ello, pudo escribir san Basilio el Grande que "nadie podrá negar que cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida" (336). Es nuestro ángel custodio, que nos acompaña, ayuda, protege, defiende, orienta en el camino de la vida, sugiriéndonos el bien que debemos hacer y precaviéndonos del mal que debemos evitar. El salmo 90 describe este servicio de los ángeles con un lenguaje de gran belleza literaria y plagado de metáforas: por medio de los ángeles, el Dios amigo de los hombres nos libra de la red del cazador y de la peste funesta; nos refugia bajo sus alas y su brazo es nuestro escudo y armadura. Por ello, no tememos el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que se desliza en las tinieblas, ni la epidemia que devasta al mediodía.

Este lenguaje metafórico no debe inducirnos a pensar que la existencia de los ángeles custodios sea una mera metáfora o una bella imaginación infantil o como el dulce sueño con que cerrábamos los ojos después de invocarlos en nuestra infancia. La cercanía bienhechora de los ángeles, su tutela y custodia en favor nuestro es una gozosa realidad.

3. Patronos del Cuerpo Nacional de Policía

Dadas sus funciones no es extraño que los ángeles custodios hayan sido elegidos patronos de los que formáis el Cuerpo Nacional de Policía. En vuestro trabajo de velar por la seguridad de los ciudadanos, muchas veces arriesgado, el Señor pone a vuestro lado como compañeros de camino y escudo protector a sus ángeles para que os custodien, os defiendan y os protejan.

Os invito, queridos hermanos, a alabar a Dios que manifiesta su omnipotencia y su bondad en la creación de los ángeles, nuestros hermanos. Démosle gracias porque por medio de ellos vela amorosamente sobre nosotros. Os invito a robustecer la devoción a nuestro ángel custodio y a intensificar la familiaridad, la amistad y el trato con él, pues de ello sólo se derivarán muchos bienes espirituales. En efecto, nuestro ángel amigo nos ayuda cada día a ser fieles al Señor y a vivir con gozo nuestra vocación cristiana.

Os invito, por fin, a imitar a los ángeles custodios. Frente a la tentación insolidaria de desentendernos de los dolores, los sufrimientos y las carencias de nuestros hermanos, quienes cada día experimentamos la bondad, la misericordia y la providencia de Dios que nos llega a través de sus ángeles, estamos más obligados que nadie a ser también custodios de nuestros hermanos, especialmente de los más

humildes y sencillos. Para ayudarles, defenderles y servirles no encontramos mejores modelos.

+ **Manuel Sanchez Monge,**
Obispo de Santander

HOMILIA PARA LA FIESTA DE LA VIRGEN DEL PILAR
Catedral de Santander, 12 de octubre de 2016

Tenemos el gozo de celebrar la fiesta de Nuestra Señora la Virgen del Pilar. Mencionar a la Virgen del Pilar es evocar los comienzos de la evangelización de nuestra tierra. Desde su columna del Pilar en Zaragoza, María guía y conduce nuestra historia de fe. En nuestra peregrinación por la tierra, Ella nos precede y nos anima, nos asegura el cumplimiento de las promesas de Dios y nos hace sentir pueblo peregrino y solidario. En definitiva, como buena madre, nos hermana y nos une en una sola familia. En la oración colecta hemos pedido al Señor que nos dé, por medio de su Madre, "fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor".

1. Fortaleza en la fe

Como su prima Isabel le decimos a María: "Dichosa tú que has creído" (Lc1,45). Ella creyó y confió siempre en Dios. Durante toda su vida estuvo unida a Dios con la firmeza indestructible de su fe. Una fe que se tradujo siempre en una actitud de permanente disponibilidad: "Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra" (Lc 1, 38).

La cultura actual no da respuesta a las más profundas aspiraciones del corazón humano. Se valora solamente lo que está al alcance de la razón y lo que puede ser percibido y disfrutado por los sentidos. Así queda al descubierto nuestra necesidad de valores permanentes, como la bondad, la belleza, y la verdad supremas, es decir, nuestro deseo de Dios. Este clima cultural, hace que se haya dejado en buena parte la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, la oración, la celebración frecuente de los sacramentos, el anuncio gozoso de Jesucristo. Pero lo peor es que cuando Dios deja de iluminar nuestra vida comienzan a ser más importantes las cosas que las personas; el otro deja de ser prójimo, hermano y amigo; crece el materialismo y el individualismo y se hace más conflictiva y más dura la convivencia social.

2. Seguridad en la esperanza

En la hora de la Pasión, María, culminando la trayectoria de lo que había sido toda su vida, permaneció fielmente unida a su Hijo en comunión indecible de amor, do-

lor y esperanza. En María que permanece 'de pie' junto a la Cruz, encontramos el ejemplo y la llamada a confiar en Dios, a crecer en esperanza, aceptando las cruces que la vida nos presenta y viviéndolas en la fe, sin derrumbarnos.

Cuando cunde el desánimo y la desesperanza, cuando muchos creen que no se puede hacer nada y que no merece la pena trabajar y esforzarse por un mundo nuevo, María es la mujer que espera en Dios, también cuando parece que la esperanza se queda sin cimientos. La luz de Cristo Resucitado, vida eterna más allá de la muerte, ilumina siempre toda oscuridad de la existencia humana, todo dolor, toda Cruz. La esperanza atraviesa el espesor de las tinieblas. María, elevada en cuerpo y alma a los cielos, nos precede como la primera cristiana salvada, como la Nueva Eva. Ella nos empuja, mientras peregrinamos, a superar el cansancio, el fracaso, el pecado y la misma muerte.

Según la piadosa tradición, María confortó al apóstol Santiago cuando predicaba el Evangelio junto al río Ebro a su paso por Zaragoza. Ella alentó a Santiago en el comienzo de los duros trabajos por el Evangelio. También hoy, la Madre del Señor, nos impulsa y acompaña en la nueva evangelización para actuar con firmeza de fe y audacia apostólica. No hay transmisión del Evangelio sin María, como no hay alumbramiento sin madre, ya que el Evangelio es el mismo Jesucristo, no simplemente algunas ideas o principios morales.

3. Constancia en el amor

"El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado". María ha vivido a la sombra del Espíritu y bajo sus impulsos durante toda su vida. Este amor, que llenó su corazón, le proporcionó una mirada nueva para ver la realidad. Nada humano le fue extraño. Todo lo miró y lo vivió desde la mirada de Dios sobre ella. Su actitud en Caná revela cómo está atenta a los problemas de las personas y cómo interviene discretamente buscando su solución. El amor, fruto del Espíritu, es promover la alegría, la paz, la tolerancia, la amabilidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y el dominio de sí mismo. No hay ley frente a esto (Gal. 5, 22-23). En Caná, por la intercesión de María, creció con gran abundancia el fruto del Espíritu.

Los cristianos, cómo María madre de Dios y madre nuestra, tenemos el reto de acoger a todos, especialmente a los pobres y a cuantos sufren. La pobreza y el sufrimiento humano, como bien sabéis, tienen muchos rostros y muchos nombres: desempleo, drogadicción, alcoholismo, fracaso familiar, fracaso escolar, inadaptación social, despoblación rural, minorías étnicas, ancianos, mujeres maltratadas, niños abandonados... nadie puede encontrar cerrada la puerta de la comunidad cristiana. La fe que no da el fruto de la caridad es una fe muerta. La advocación de Nuestra Señora del Pilar ha sido objeto muy especial de culto por parte de los es-

pañoles: difícilmente podrá encontrarse entre nosotros un pueblo que no guarde con amor la pequeña imagen de la Virgen sobre la santa columna. Muchas instituciones veneran a la Virgen del Pilar como patrona y una de las más representativas es el Benemérito Instituto de la Guardia Civil.

Vosotros tenéis una responsabilidad importante en la represión del crimen y de la injusticia, trabajáis esforzadamente en favor de la seguridad de las personas y del buen orden en la vida social, la fe cristiana os ayudará a valorar vuestra profesión como una profesión honorable empeñada en defensa de la justicia y de la paz, y os ayudará a realizarla con fortaleza, con honestidad y disciplina, con equidad y generosidad. Tenemos hoy presentes de un modo especial a los guardias civiles que murieron víctimas del terrorismo y a sus familias.

**+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

HOMILÍA EN LA CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

S. I. Catedral Basílica de Santander, 13 de noviembre de 2016

La belleza del Templo de Jerusalén era realmente extraordinaria y los buenos judíos presumían de ella. Por eso se sorprendieron cuando oyeron a Jesús: "De este Templo no quedará piedra sobre piedra; será totalmente destruído".

Entonces surge en ellos espontáneamente la pregunta: ¿Cuándo sucederá eso? Pero Jesús desplaza la atención a las verdaderas cuestiones. Y son dos: Primera, no dejarse engañar por los falsos mesías; segunda, vivir el tiempo de la espera como tiempo de esperanza y de perseverancia. "Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas", son las últimas palabras del Evangelio de hoy.

Pues bien, esta esperanza y esta perseverancia las hemos de Vivir especialmente en el momento en que nos disponemos a clausurar el Año Jubilar dedicado a la Misericordia. "Un año -convocado por el papa Francisco- para ser tocados por el Señor y transformados por su misericordia, para convertirnos también nosotros en testigos de la misericordia". Este Jubileo extraordinario ha sido una oportunidad especial, un momento de gracia, para poner en el centro de nuestra vida cristiana la misericordia que es el retrato que Dios hizo de sí mismo a través de su Hijo. Se nos ha invitado a mirar a Jesús, el Hijo, a contemplarlo con amor, pues él es el rostro de la misericordia del Padre.

Se han desarrollado muchas iniciativas a nivel diocesano, arciprestal y parroquial para ayudarnos a vivir las propuestas del papa Francisco en la Bula de convocatoria 'Misericordiae vultus'. La práctica totalidad de los arciprestazgos de nuestra diócesis ha peregrinado aquí, a la Catedral. Las parroquias han peregrinado a la abadía de Cóbreces o al santuario de la Virgen Bien Aparecida, en que se podía acoger la indulgencia plenaria durante el Jubileo. Se han multiplicado las charlas y conferencias sobre la misericordia, se han celebrado Retiros de sacerdotes, consagrados y seglares sobre este mismo tema y han surgido iniciativas importantes como, por poner un ejemplo, una Exposición y el Proyecto de una empresa de reinserción social en la parroquia de la Asunción de Torrelavega. Juntos, como diócesis, peregrinamos a Roma con motivo del Año de la Misericordia y yo mismo publiqué un libro titulado "Este es el tiempo de la Misericordia" con la intención de ayudar especialmente a mis diocesanos a vivirlo en todo su alcance. Para preparar la solemne clausura que estamos celebrando muchos de vosotros habéis participado en la Semana Bíblica que se acaba de celebrar en muchas parroquias en esta última semana.

En este Año de la Misericordia hemos podido descubrir también que las obras de misericordia, tanto las corporales como las espirituales, no son algo pasado de moda, sino que con ellas la Iglesia acredita la misión evangelizadora que ha recibido de Dios. Comienzan como acciones individuales, pero terminan siendo acciones comunitarias, que la Iglesia practica como pueblo, como familia, como comunidad. Este carácter eclesial de la misericordia reclama que sean también obras reconocibles socialmente.

Demos gracias a Dios por todo lo bueno que hemos recibido a lo largo de todo este Año. El Señor se ha dignado tocar nuestro corazón en muchas ocasiones y hemos sentido fuertemente su compasión y su perdón. Agradecemos tanto bien espiritual como el Señor ha derramado en esta Catedral y en los templos jubilares de la Bien Aparecida y de la abadía de Cóbreces. Gracias al Cabildo y también a vosotros religiosos trinitarios y monjes trapenses. Mi agradecimiento para los Vicarios, arciprestes y párrocos que han impulsado la vivencia de este Jubileo.

Se clausura el Año de la Misericordia, pero no se cierran las puertas de la misericordia porque Dios no las cierra nunca y la Iglesia quiere seguir siendo una Iglesia de puertas abiertas y hospital de campaña para curar las múltiples heridas del hombre de nuestro tiempo y para dar calor al corazón de los fieles. Atravesar la puerta de la Misericordia es tanto como dejar atrás el egoísmo, la comodidad, la indiferencia ante las necesidades perentorias de tantos hermanos nuestros, y también una fe débil y un ardor misionero escaso. Pero atravesar la Puerta de la misericordia es también empezar a transitar por caminos nuevos. Exclamaba el papa Francisco cuando convocaba el Jubileo: "¡Cómo deseo que los años por venir estén

impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios!" (MV 5).

Celebramos hoy el Día de la Iglesia diocesana. La Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios. En ella nacemos a la fe y de ella formamos parte desde nuestro bautismo, en su seno celebramos los sacramentos. En nuestra diócesis y en nuestra parroquia podemos encontrar un oasis dentro del desierto de nuestro mundo. La Iglesia es, pues, una realidad cercana, tiene rostros concretos los del Obispo, los sacerdotes, los consagrados y los seglares que la formamos. En esta Iglesia diocesana de Santander muchos han alcanzado la meta de la santidad y ahora está ayudando de verdad a pobres, marginados y excluidos. En ella todos podemos desempeñar un papel activo como catequista, como miembro del grupo de Cáritas, de la pastoral familiar, de la pastoral de salud, del coro parroquial. En la diócesis tenemos unos objetivos prioritarios para este curso, ¿los conoces? También vuestra aportación económica puede lograr que sigamos ayudando en todos los órdenes a quienes más lo necesitan.

Termino anunciando que pronto vamos a comenzar en nuestra diócesis la Asamblea de la Vida Consagrada. No se trata de un acontecimiento para completar las Asambleas ya celebradas del clero y de los seglares. Ha de ser una oportunidad de gracia para todos los que formamos la diócesis. Los consagrados van a tener la oportunidad de vivir más intensamente su consagración y de implicarse en la transformación misionera que nos está reclamando el papa Francisco. Pero no solo les afecta a ellos la Asamblea. También nosotros hemos de conocerles mejor y hemos de apoyarles con más empeño en esta época que no está exenta de dificultades. Las vías de colaboración en el trabajo pastoral abiertas entre los religiosos, los sacerdotes y los seglares han de consolidarse y potenciarse en nuestra diócesis de Santander. Para todo ello invocamos la ayuda de nuestros Patronos Nuestra Señora Bien Aparecida y los santos mártires Emeterio y Celedonio

+ Manuel Sánchez Monge.
Obispo de Santander

EL DESEO DE DIOS NO PUEDE QUEDAR DEFRAUDADO

Homilía en la Misa funeral por Mons. Javier Echevarría, Catedral de Santander,
21 de diciembre de 2016

Saludo con afecto al Delegado del Vicario Regional del Opus Dei, a los sacerdotes, a los miembros del Opus Dei, a los consagrados y a los fieles laicos. Queridos hermanos todos.

1. "Sí, Yahvé, tu rostro busco. No me ocultes tu rostro".

El deseo de ver a Dios es irreprimible en el hombre porque está inscrito en lo más profundo de su corazón. Por eso el ansia de ver a Dios y escuchar su voz persigue al hombre desde que nace hasta que muere. "Sí, Yahvé, tu rostro busco. No me ocultes tu rostro", reconocemos con el salmista (Sal 26,8). Y con él también proclamamos nuestra sed de Dios: "Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a tí, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?" (Sal. 41,1-3). La sed es pasión y deseo. La sed es dolor y necesidad. La sed es también amor: "tengo sed de ti". ¿Dónde encontraremos la fuente que sacie nuestra sed? Para encontrar la fuente no nos vale la razón siempre orgullosa, sólo nos vale la sed, el deseo profundo. Los mejores guías en el desierto para encontrar los pozos lejanos son los camellos más sedientos. Su instinto, aguijoneado por la sed, no les falla. La sed es acicate y luz. La sed es signo de la profunda insatisfacción que en el fondo define al hombre. La sed de Dios sólo la puede saciar Dios mismo: San Ireneo dice que si "la gloria de Dios es que el hombre viva" y añade "la vida del hombre es la visión de Dios" (Adv Haer. IV, 20,7).

"Pero mi rostro no podrás verlo". La demanda del hombre de ver a Dios choca en el AT con una muralla infranqueable: no se puede ver a Dios y seguir vivo. Moisés, a quien el Señor hablaba 'cara a cara', le pide encarecidamente a Dios: "Déjame ver, por favor, tu gloria" (Ex. 33,18). Pero es conocida la respuesta de Dios: "Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé, pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia de quien tengo misericordia. Pero mi rostro no podrás verlo porque no puede verlo el hombre y seguir viviendo". En la primera alianza el hombre no puede ver a Dios, tan sólo puede escucharle. 'Shemá Israel', escucha, Israel, seguirá siendo siempre la consigna a la que deberá atenerse mientras permanezca como nómada y peregrino en esta tierra.

2. "Hemos visto su gloria".

Sin embargo, el no poder ver a Dios se quiebra en la nueva y definitiva Alianza. El hombre se encuentra con algo inaudito: el Hijo del Padre renuncia a la

gloria que le es debida y asume la condición humana tomando la condición de Siervo (Fil. 2,5-8). Con esta libre decisión Dios se abre para el hombre un nuevo escenario que lo conduce a reconocer a Dios en la historia y en la propia vida. La verdad de Dios y sobre Dios resplandece en el rostro de Jesús de Nazaret. "En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La Encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre... Si Dios va en busca del hombre, creado a imagen y semejanza suya, lo hace porque lo ama eternamente en el Verbo y le quiere elevar en Cristo a la dignidad de hijo adoptivo" (Juan Pablo II, TMA 7). Jesucristo puede hablar del Padre porque "a Dios nadie le ha visto jamás. El Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado" (Jn 1,18), en los rasgos de su rostro lleva impresa la perfecta semejanza con Dios su Padre ya que en Jesús "reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Col 2,9). Con la encarnación del Verbo llega a su culminación la manifestación de Dios (Heb. 1,1-3). Jesús revela a Dios en la plenitud de su humanidad por eso puede decir a Felipe: "quien me ha visto a mí ha visto al Padre" (Jn 14,9). Cristo es "imagen de Dios invisible", afirma S. Pablo (Col 1,15). Cristo es el rostro de Dios. El rostro es la expresión más personal, lo que mejor expresa la identidad de una persona. En Jesucristo, Dios asume un rostro. Ya no se oye sólo su voz, ahora podemos contemplarle en el rostro de Jesús y también en Cristo encontramos nuestro propio rostro, el de la humanidad redimida.

La revelación de Dios afecta a la totalidad de los sentidos. Por eso puede proclamar S. Juan: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida -pues la Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó- lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos" (1 Jn. 1,1-2). Oír, ver, tocar, contemplar: en una palabra, la totalidad de la persona está implicada en la revelación dada en la persona de Jesús. No es posible reducir toda la revelación a la 'palabra' sola, aunque ella represente la categoría privilegiada con la que Dios nos sale al encuentro. La visión es tan esencial a la teología de la revelación y de la fe como la escucha. Los signos de Jesús tienen tanta capacidad reveladora como su palabra. A partir de la Pascua, paradójicamente, todo parece jugarse en el ver. Después de su resurrección el encuentro con Jesús no estuvo determinado por la palabra, sino por la contemplación, se dejó ver por sus discípulos.

4. "Para que contemplen mi gloria".

Cuando oramos por un hijo de Dios -y sobre todo por un Pastor de la Iglesia- que ha pasado de este mundo al Padre nos viene muy bien recordar esta petición de Jesús: "Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado porque me has amado antes de la creación del mundo" (Jn 17,24). Es hermoso y consolador meditar es-

ta correspondencia entre el deseo del hombre y el deseo del propio Jesús. En realidad, la de Cristo es mucho más que una aspiración y que un deseo: es su voluntad. Jesús dice al Padre: “*quiero* que donde yo esté estén también conmigo”. Y es precisamente aquí, en esta querer de Jesucristo, donde nosotros encontramos la “roca”, el fundamento sólido para creer y para esperar. La voluntad de Jesús en efecto coincide con la de Dios Padre, y con la obra del Espíritu Santo constituye para el hombre una especie de “abrazo” seguro, fuerte y dulce, que le conduce a la vida eterna.

Los grandes hombres de fe como Mons. Javier Echevarría, aun en medio de sus fragilidades humanas, viven inmersos en esta gracia, tienen el don de percibir con una fuerza incalculable esta verdad, y así pueden atravesar incluso duras pruebas, sin perder la confianza, y conservando al contrario un vivo sentido del humor, que es ciertamente un signo de inteligencia pero también de libertad interior. Y estamos seguros de que su muerte corporal ha supuesto para él un descender el velo y abrirle a la visión de Dios”. Su amor a Jesucristo, su amor a la Iglesia y su amor y entrega al Opus Dei no quedarán sin recompensa. D. Javier habrá escuchado, sin duda, de labios del supremo Pastor: “Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor”

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

NOMBRAMIENTOS

Los nombramientos y ceses se harán efectivos en el momento de la toma de posesión de la persona nombrada

CESES

10 de octubre de 2016

Rvdo. P. Luis Alberto Cano Seijo CP, como vicario parroquial de San Miguel y Santa Gema-Santander

NOMBRAMIENTOS

2 de octubre de 2016

Rvdo. P. Rodrigo Sevillano García CP, como miembro del Consejo Presbiteral

3 de octubre de 2016

Don José Luis Rodríguez Carcedo, como Consiliario del Centro de Orientación Familiar de Laredo

Doña Isabel Artieta Marañón, como directora del Centro de Orientación Familiar de Laredo

10 de octubre de 2016

Rvdo. P. Francisco Javier García Rojo CP, como vicario parroquial de San Miguel y Santa Gema-Santander

19 de octubre de 2016

Hna. María Encarnación Agüero Martínez, como Ministro extraordinario de la Eucaristía, en la S.I.B. Catedral de Santander, por tres años

Hna. Maria Cruz Argaña García, como Ministro extraordinario de la Eucaristía en la S.I.B. Catedral de Santander, por tres años

Hna. Enedina del Coz Garcia, como Ministro extraordinario de la Eucaristía e n la S.I.B. Catedral de Santander, por tres años.

Hna. Josefina Gómez Vilar, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la S.I.B. Catedral de Santander, por tres años.

28 de octubre de 2016

Doña Maria Teresa Herrería Teja, como Presidenta Diocesana del Movimiento Vida Ascendente, por cuatro años.

31 de octubre de 2016

Rvdo. P. José Antonio Alvarez Gómez SchP, como Consiliario Emérito de laCo-fradía de Ntra. Sra. de Valvanuz

Rvdo. D. Angel Antonio Murga Somavilla, como Consiliario de la Cofradía de Ntra. Sra. de Valvanuz

1 de diciembre de 2016

Doña Manuela Bustamante Salas, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años

Don Javier Canal Barrio, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Pa-rrroquia La Anunciación, por tres años.

Don Emilio Cantera Díaz, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años.

Don Ángel Fuente López, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años.

Doña Lourdes González Aristigueta como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años.

Doña María Paz Pérez Sainz, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años.

Doña Teresa Rabanal García, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años.

Doña Heliadora Ruiz de Navamuel Sánchez, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años.

Doña Sagrario Triana Andrés, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia La Anunciación, por tres años.

Doña Raquel Cuerno Herrera, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia San Miguel Arcángel de Revilla de Camargo, por tres años.

Doña María Rosa de la Lastra Berenguer, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia San Pedro Apóstol de Escobedo de Camargo, por tres años

Doña Ana Rosa Díez Gómez, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía, en la Parroquia San Miguel Arcángel de Revilla de Camargo, por tres años.

Doña Raquel Martín Hijosa, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia San Miguel Arcángel de Revilla de Camargo, por tres años.

Doña Hortensia Saiz Blanco, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia San Pedro Apóstol de Escobedo de Camargo, por tres años.

Doña María Luisa Saiz Blanco, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia San Pedro Apóstol de Escobedo de Camargo, por tres años.

9 de diciembre de 2016

Doña Clementina Managa Cid, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía, en la Parroquia Ntra. Sra. de Consolación, por tres años.

Doña Rosalina Tejera Ojeda, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia Ntra. Sra. de Consolación, por tres años.

Vida Diocesana

Actividad del Sr. Obispo

OCTUBRE

1. Asiste a la Inauguración de Curso 2016-2017 de los Profesores de Religión en el Seminario Diocesano de Monte Corbán.
Celebra la Eucaristía y Visita a la comunidad de Hijas de la Caridad de S. Vicente de Paúl de Polanco.
Visita al P. Jorge Gisbert OCSO con motivo de su aniversario.
2. Visita a Sacerdotes y Religiosos/as enfermos/as.
Preside la Eucaristía en la fiesta de los Stos. Ángeles Custodios en la Rcí. de las MM. Angélicas.
3. Preside la Eucaristía de los Stos. Ángeles Custodios, Patronos del Cuerpo Nacional de Policía en la S.I.B. Catedral de Santander.
Asiste a los actos institucionales del C.N de Policía en el Palacio de Exposiciones y Congresos.
4. Viaja a Roma acompañando a la Peregrinación Diocesana con motivo del Año Jubilar de la Misericordia.
5. Asiste a la Audiencia Pública con el Santo Padre, el Papa Francisco en la Plza. de San Pedro, saludándolo personalmente al finalizar la misma.
6. Regresa de Roma.
7. Recibe Visitas.
Rueda de Prensa en el Ayto. de Santander junto al Sr. Alcalde D. Iñigo de la Serna para presentar, por parte del Ayto. el Proyecto del Plan Catedral- Calle de los Azogues.
Recibe al Delegado en la Diócesis de las OMP
Por la tarde asiste al día de los Mayores en el Asilo S. José de Torrelavega.
Preside la Oración de Jóvenes en la S.I.B. Catedral de Santander.

8. Asiste en la Catedral de Oviedo a la Beatificación de los Mártires de Nembra.
Asiste al Inicio del Curso de Zona de Encuentro Matrimonial en los locales de los PP. Agustinos.
9. Preside la Eucaristía Dominical en la parroquia de S. Antonio de los PP. Capuchinos.
Se reúne en el Seminario de Monte Corbán para un Encuentro de Pastoral Familiar.
10. Retiro para el Clero en el Seminario de Monte Corbán.
Reunión con la Comisión preparatoria de la Asamblea de la Vida Consagrada.
Reunión con la Permanente del Consejo Presbiteral.
Visita Enfermos.
11. Recibe Visitas.
Preside el Funeral del sacerdote Rvdo. D. Pedro A. Cea Pérez. En la Parroquia de la Anunciación de Santander.
12. Preside en la S.I.B. Catedral de Santander la Eucaristía en la fiesta de Ntra. Sra. La Virgen del Pilar patrona de la Guardia Civil.
Asiste a los actos Institucionales de la Guardia Civil en la Comandancia de Peñacastillo.
Preside la Profesión Solemne de una religiosa Clarisa en el Monasterio de Villaverde de Pontones.
13. Graba para Radio María.
Reunión con la Permanente del Consejo Presbiteral.
Recibe Visitas.
Recibe a la J. Directiva de la Archicofradía de la Merced.
Recibe al P. Félix Martínez Ortega T.C.
Asiste a la Presentación de la Campaña del DOMUND 2016.
14. Viaja a Roma para asistir a la Canonización del Beato Manuel González.
15. Roma
16. Roma
17. Roma
18. Recibe Visitas
Visita Enfermos
19. Recibe Visitas por la mañana.
Recibe Visitas por la tarde.
Preside la Eucaristía en la fiesta de S. Pablo de la Cruz con la Comunidad. Religiosa y fieles de los PP. Pasionistas de Las Presas.
20. Recibe a D. José M^a Ballester de la Fundación Botín.

Recibe al Delegado de Patrimonio de la Diócesis y al encargado del Museo Diocesano.

Recibe Visitas.

Presentación del Libro “Este es el Tiempo de la Misericordia” en la Parroquia de la Asunción de Torrelavega.

21. Recibe Visitas

Acude al estreno de la película “Luz de Soledad” en el cine los Ángeles de Santander.

22. Consejo Pastoral Diocesano en el Seminario de Monte Corbán

Visita a la Comunidad de los PP. Claretianos de S. Vicente de la Barquera.

Celebra la Eucaristía en la Parroquia de Ntra. Sra. De los Ángeles en San Vicente de la Barquera.

Preside la Eucaristía y celebra el sacramento de la Confirmación en la Parroquia de San José Obrero en Torrelavega.

23. Visita enfermos

Preside la Eucaristía en el 50 Aniversario de la Parroquia de la Bien Aparecida de Santander.

24. Recibe Sacerdotes

Recibe a los Responsables de Zona del Camino Neocatecumenal.

Recibe visitas

Recibe visitas por la tarde.

25. Rezo de Laudes y Celebración de la Eucaristía con la comunidad de las Siervas de María.

Recibe a Profesora y Alumnos de clase de religión del Instituto de Camargo.

Recibe al Equipo directivo del Colegio de la Sgda. Familia de Las Presas

Recibe a D. Ignacio Boix (Vicario en Valladolid) de la Prelatura del Opus Dei.

Recibe Visitas por la tarde.

Conferencia en el Centro Parroquial de Santa Cruz de Bezana.

26. Encuentro con Rector de la U.C. D. Ángel Pazos en el rectorado de la misma.

Recibe Visitas

Preside la Eucaristía de Acción de Gracias en el 90º Aniversario del Colegio Castroverde de la Institución Teresiana.

27. Recibe visitas

28. Recibe a los miembros de Vida Ascendente, Consiliario y nueva Presidenta.

Graba para el programa “El Espejo de la COPE”

Preside la Eucaristía y Celebra los Sacramentos de Iniciación Cristiana para dos adultos y confirmación de jóvenes en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Torrelavega.

29. Asiste en el Seminario Metropolitano de Oviedo al Encuentro con Obispos y Laicos de la Provincia Eclesiástica.
30. Encuentro con la Comunidad de las Hijas de María Madre de la Iglesia de la S.I.B. Catedral de Santander.
Visita Enfermos.
Asiste a la Asamblea de la CONFER en la Casa de la Iglesia.
31. Recibe Visitas.
Recibe a la J. Directiva de APRECE (Sindicato de Profesores de Religión).

NOVIEMBRE

1. Visita enfermos
2. Preside Funeral Solemne por todos los Fieles Difuntos en el Cementerio Jardín de Ciriego. Al finalizar reza un Responso por todos los Fieles Difuntos.
Preside la Eucaristía en la S.I.B. Catedral de Santander por todos los fieles difuntos, reza un responso por los que descansan en la paz del Señor en la misma y en el claustro reza ante la lápida de los fallecidos por la explosión del barco “Cabo Machichaco”.
3. Reunión con los Delgados para el Clero de la Provincia Eclesiástica en el Seminario de Monte Corbán.
4. Recibe Visitas
5. Asisten en la Catedral de Palencia a la Eucaristía de Acción de Gracias por la Canonización de S. Manuel González.
6. Preside la Eucaristía en la Residencia Madre Soledad de las Siervas de María, saluda a todas las residentes y comparte con la Comunidad de Religiosas.
Recibe Visitas
Asiste en la parroquia de Santa Lucía al recital sobre la “Misericordia” del P. Rafael M^a de León O.C.D.
7. Reunión del Consejo Presbiteral en el Seminario de Monte Corbán.
Reunión en el Obispado.
8. Recibe al delegado de jóvenes de la Junta de Cofradías Penitenciales de Santander.
Graba para el programa “El Espejo de la COPE”
Recibe a la directora del Proyecto Hombre
Asiste a la Presentación del Libro sobre “San Vitores” en la Casa de la Iglesia.
9. Preside la reunión del Consejo de Asuntos Económicos

- Recibe visitas
Se entrevista con los Seminaristas del Seminario de Monte Corbán.
Recibe visitas.
10. Recibe al Dtor. De Popular Televisión.
Recibe Visitas
Preside la reunión del Patronato CESCÁN.
11. Recibe Visitas
Recibe al responsable de Equipos de Ntra. Señora.
Recibe Visitas.
Preside la Eucaristía y celebra el sacramento de la Confirmación en la Parroquia de Ntra. Sra. Del Carmen de Nueva Montaña.
Asiste a la Oración de Jóvenes en la S.I.B. Catedral de Santander.
12. Asiste al encuentro organizado por la Delegación de Catequesis en el Seminario de Monte Corbán.
Preside en la Puente del Valle el funeral por el sacerdote Rvdo. D. Juan Izquierdo García.
Preside la Eucaristía con motivo de la restauración y realización de las obras en la capilla de San Millán en Novales.
13. Visita enfermos.
Preside en la S.I.B. Catedral de Santander la Eucaristía de Clausura del año Jubilar de la Misericordia.
14. Reunión con los Arciprestes en el Seminario de Monte Corbán.
Reunión con el Consejo de Gobierno.
15. Rueda de prensa con motivo de la apertura de la Asamblea de la Vida Consagrada.
Recibe Visitas.
Recibe a D. Florencio Vega Coordinador de los COF
Visita a un sacerdote en su casa
Asiste al Foro de Evangelización en el Seminario de Monte Corbán.
16. Recibe al delegado diocesano para la Causa de los Santos.
Graba para el programa “El Espejo de la COPE”.
Recibe al Equipo Directivo de Cáritas Diocesana.
Viaja a Madrid
17. Asiste en Madrid a la Asamblea Nacional de CONFER.
Regresa a Santander.
18. Recibe Visitas
Viaja a Roma para asistir al Consistorio de Cardenales, y diversos actos, en el que será creado cardenal en Cántabro Monseñor Carlos Osoro Sierra.
19. Roma
20. Regresa de Roma.
21. Viaja a Madrid para asistir a la Asamblea Plenaria de la CEE

22. Asamblea Plenaria de la CEE
23. Asamblea Plenaria de la CEE
24. Asamblea Plenaria de la CEE
25. Asamblea Plenaria de la CEE
26. Asiste al inicio del retiro de CONFER en la Casa de Ejercicios de Pedreña.
27. Preside la Eucaristía en la Parroquia de S. Félix en Langre con motivo del 350 aniversario del traslado del Santísimo a esa Parroquia.
Preside la Eucaristía de Apertura de la Asamblea de la Vida Consagrada.
Viaja a Madrid.
28. Asiste en Madrid a la Reunión de Vicarios Episcopales y Delegados para la Vida Consagrada y asistentes religiosos de las federaciones monásticas.
29. Preside la Eucaristía en el Seminario Diocesano de Monte Corbán en el día de la fiesta de Santa Catalina de Alejandría, asiste a los actos convocados para ese día, terminando con una comida fraterna con el Rector, Seminaristas y clero diocesano.
Recibe visitas.
Entrevista con Tote Barrena responsable de las cenas Alfa.
Presentación de los Grupos/Cenas Alfa en el Seminario de Monte Corbán
30. Visita el Colegio María Reina Inmaculada dirigido por las MM. Josefinas de la Trinidad y se encuentra con la Comunidad Religiosa.
Entrevistas con los Seminaristas.
Presentación de la Carta Pastoral “La Vida Consagrada en la Diócesis”, con motivo de la Asamblea de la Vida Consagrada.

DICIEMBRE

1. Por la Mañana viaja a Madrid para mantener una Reunión Fundacional.
Por la tarde se traslada a Valladolid para asistir a la Reunión del CLA
2. Reunión del CLA en Valladolid.
Preside la Oración de Jóvenes en la S.I.B. Catedral de Santander.
3. Recibe Visitas
Preside la Apertura del Proceso Diocesano de Beatificación de D. Francisco González de Córdoba y Compañeros Mártires.
4. Preside la Eucaristía y celebra el sacramento de la Confirmación en la colegiata de Sta. Cruz en Castañeda. Comida fraterna con el párroco y colaboradores.
5. Reunión del Consejo de Gobierno.
Recibe Visitas.

- Preside la reunión del Patronato del COF
6. Recibe al superior de los PP. Redentoristas.
Asiste en el Parlamento de Cantabria a los actos con motivo del 38º Aniversario de la Constitución Española.
Recibe Visitas.
 7. Recibe a los directores de los colegios Torrevelo y Pañalabra.
Visita la Residencia Santa Ana de Terán de Cabuérniga, comparte con los residentes y religiosas, visitas las obras de nuevo edificio.
Visita a la comunidad Religiosa que atiende la Residencia Sagrada Familia de Carrejo.
Preside la Vigilia de la Inmaculada en la S.I.B. Catedral de Santander.
 8. Preside el rezo de Laudes con la Religiosas de María Reina Inmaculada.
Preside la Eucaristía Solemne en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María en la S.I.B. Catedral de Santander.
Visita a las Religiosas Hijas de la Virgen de los Dolores en Selaya.
 9. Recibe Visitas.
Recibe a la Junta Directiva de Manos Unidas.
Conferencia en la Parroquia de S. Andrés en Omoño: “La importancia de la Encarnación en la historia de la Salvación”.
 10. Preside la Eucaristía en el Hospital de Sta. Clotilde con motivo del 75º Aniversario de la Fundación de las Hijas de Sta. María de Leuca.
Recibe visitas.
Concelebra la Eucaristía presidida por el Cardenal Carlos Osoro Sierra en la S.I.B. Catedral de Santander en acción de gracias por la creación como Cardenal.
 11. Viaja a Lugo para dirigir una tanda de ejercicios espirituales a sacerdotes.
 12. Lugo
 13. Lugo
 14. Lugo
 15. Lugo
 16. Lugo
Regresa a Santander.
 17. Eucaristía en la Parroquia de Santa María de Fuentes de Nava con motivo de la Restauración del Templo.
 18. Preside la Eucaristía dominical en la parroquia de S. Juan Bautista de Santander.
Imparte una conferencia sobre El Reino de Dios en el monasterio de La Canal.
Asiste a un concierto en la S.I.B. Catedral de Santander.
 19. Reunión con los Arciprestes en el Seminario de Monte Corbán.
Recibe a la Madre Provincial de las HH. Carmelitas Misioneras.

- Recibe a la Junta Directiva de CONFER.
Asiste al Foro de Nueva Evangelización en el Seminario de Monte Corbán.
20. Recibe visitas
Preside la reunión del Colegio de Consultores.
Preside la reunión del Consejo de Asuntos Económicos.
Preside la Eucaristía a los miembros del Proyecto Anjana en la Parroquia de Ntra. Sra. De la Consolación de Santander.
21. Felicitación de Navidad del Cabildo Catedral al Sr. Obispo.
Felicitación de Navidad del Sr. Obispo a todos los Diocesanos.
Preside la Eucaristía y celebración de la Navidad con la comunidad del Seminario de Monte Corbán.
Recibe a la Directiva de la Casa de Palencia y Centro Castellano-Leonés.
Preside la Eucaristía por Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei
22. Asiste a la Bendición del nuevo edificio del Colegio Fernando Arce en Torrelavega.
23. Grabación en los estudios de la Cadena COPE. Mensaje de Navidad.
Visita Enfermos.
Encuentro con la Comunidad de las Hijas de M^a Madre de la Iglesia.
24. Visita Enfermos.
Cena con los sacerdotes y religiosas de la Residencia Sacerdotal Bien Aparecida.
25. Preside la Misa de Media Noche en la S.I.B. Catedral de Santander
Preside la Misa Estacional del día de Navidad en la S.I.B. Catedral de Santander e imparte la Bendición Apostólica.
Visita Residencia de Ancianos.
26. Recibe visitas
Visita una Comunidad Religiosa
Recibe Visitas
27. Visita una comunidad Religiosa.
Recibe a un sacerdote diocesano misionero.
Recibe a la Junta Directiva de la Asoc. Cabalgata de Reyes de Castanedo, Carriazo y Galizano.
28. Visita una Comunidad Religiosa
Asiste a la Gala Benéfica de la Asoc. Org. Cabalgata de Reyes de Santander en favor de Proyecto Hombre.
29. Visita Comunidades Religiosas.
30. Recibe al Padre Provincial de los PP. Misioneros Redentoristas.
Preside la Eucaristía de la Familia en la S.I.B. Catedral de Santander.
31. Visita Enfermos.

Proceso de Beatificación de mártires en la Diócesis de Santander

APERTURA DE LA FASE DIOCESANA DEL PROCESO DE BEATICACION Y CANONIZACIÓN DE UN GRUPO DE MARTIRES DEL SIGLO XX EN LA DIÓCESIS DE SANTANDER

Queridos hermanos:

Obtenido el *Nihil Obstat* de la Congregación para las Causas de los santos en Roma, abrimos solemnemente hoy la fase diocesana del proceso de beatificación y canonización de un grupo de mártires del siglo XX en nuestra diócesis de Santander. Lo forman los Siervos de Dios Francisco González de Córdova, que fue párroco de Santoña, y sus 79 compañeros sacerdotes, religiosos, seminaristas y seglares.

Ahora se trata de reunir todos los datos escritos y epopeyas martiriales de los protagonistas, además de los testimonios de quienes conocieron los hechos y de quienes con posterioridad pueden aportar datos verídicos. Se trata de probar que fueron martirizados por su condición de cristianos fervorosos y que murieron perdonando a sus enemigos. A todos ellos se les ofreció la libertad a cambio de apostatar de su fe y ellos resistieron los halagos de quienes podían evitarles la muerte para mantenerse fieles a Cristo y a su Iglesia.

Todos ellos son honra y prez de nuestra Iglesia que peregrina en Cantabria y el valle de Mena, hitos gloriosos de nuestra Iglesia diocesana. Ellos, junto con los demás santos y beatos de nuestra tierra, son modelos de lo que debe ser una vida cristiana santa, generosa, consecuyente y fiel. Y constituyen nuestro patrimonio más precioso que el económico o artístico, el auténtico patrimonio de santidad. Todos ellos son testigos del amor más grande pues fueron cristianos de profunda vida interior, devotos de la Eucaristía y de la Santísima Virgen. En las penosas circunstancias en que acabaron con su vida terrena, confesaron la fe y sufrieron con la fortaleza del Espíritu Santo muchas vejaciones y torturas, muriendo con una serenidad y alegría admirables, alabando a Dios y proclamando a Jesucristo como único Rey y Señor.

El testimonio de estos mártires, que “no amaron tanto su vida que temieran la muerte”, ilumina e inspira nuestro momento histórico. Frente al ‘todo vale’ y frente al ‘nada importa’, nuestros mártires nos recuerdan que hay ideales que son demasiado grandes como para regatearles el precio a pagar por ellos. Porque sabían muy bien que la gracia de Dios vale más que la vida terrena. El martirio nos indica dón-

de se encuentra la verdad del hombre, su grandeza y su dignidad, su libertad más genuina y el comportamiento más verdadero y propio del hombre que es inseparable del amor: por ello, el martirio es una exaltación de la perfecta «humanidad» y de la verdadera vida de la persona.

La etapa que hoy abrimos de su proceso de beatificación y canonización es algo exclusivamente religioso y eclesial. Sólo pretendemos honrar a nuestros mártires sin mezclar consideraciones políticas de ningún tipo y debe ser un tiempo de gracia y un estímulo para ser cada día más fieles al Señor. Dios quiera que pronto podamos tenerlos inscritos en el catálogo de los santos y, a través de su testimonio admirable, fecunden a la Iglesia con vitalidad siempre nueva, nos estimulen en el camino de la vida y nos ayuden con su intercesión. El testimonio de estos candidatos a la beatificación y canonización, a medida que vayamos conociendo más y más sus biografías, fortalecerán nuestra condición de discípulos misioneros tal como nos pide la Iglesia hoy. En los tiempos que vivimos de Nueva Evangelización es preciso dar a conocer sus vidas y su experiencia de Dios en publicaciones sencillas en la página web y por otros medios a nuestra disposición para mostrar estos tesoros en nuestra acción pastoral.

Que Nuestra Señora Bien Aparecida y los santos mártires Emeterio y Celedonio nos ayuden a culminar felizmente la etapa diocesana que hoy abrimos con gozo y esperanza.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander.**

SALUTACIÓN, PRESENTACIÓN Y EXPLICACIÓN DEL ACTO

*Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Santander
Familiares y descendientes de los mártires que integran este Proceso.
Señoras y Señores,*

Por el año de 2002 Mons. José Vilaplana Blasco inició los preparativos para que la Diócesis santanderina, como patrona, abriese un proceso de beatificación y canonización de los muchos sacerdotes que en la persecución religiosa fueron martirizados por ser sacerdotes y ejercer su ministerio sacerdotal. Para llevar a efecto este proyecto nombró Postulador a D. Jesús Cuesta Bedoya, sacerdote de esta Diócesis a quien recordamos; y buscó otras personas, a quien nombró su Delegado Episcopal, y otros colaboradores a otras.

En esta inicial labor, que podemos llamar de campo, se creyó conveniente añadir a seminaristas y seglares muy comprometidos con la Iglesia que sufrieron el mismo martirio.

Después de haber confeccionado una lista de sacerdotes, seminaristas y seglares y de haber cumplido con los requisitos legales para estos casos Mons. José Vilaplana Blasco hizo la prescrita consulta a la Congregación para las Causas de los Santos el 28 de octubre de 2004 ; la cual respondió que dado el gran número de mártires y que en las breves biografías había alguna demasiado breves, era conveniente seguir la investigación y al mismo tiempo abrir un “procesículo” para tomar las declaraciones a las personas mayores para que no se pierdan los testimonios,

Considerando que en gran parte se había cumplido lo requerido por Roma, Mons. Vicente Jiménez Zamora volvió a consultar a Congregación para las Causas de los Santos, para abrir la Causa. Y la respuesta, dada el 19 de septiembre de 2016 fue afirmativa, es decir, que no existen obstáculos para abrir el proceso, Nihil obsta.

Una vez concedido el Nihil obsta, Mons. Manuel Sánchez Monge, se ha dignado nombrarme Postulador de esta Causa y ordenar que se abra en el día de hoy.

La Causa que ahora se abre está encabeza por el que fue Párroco de Santoña y lleva por título: Francisco González de Córdoba y compañeros mártires. Y consta de 78 sacerdotes diocesanos; 3 religiosos Carmelitas; 3 seminaristas Diocesanos, y 6 seglares. En total 80.

He de notar que en esta Causa no van incluidos los sacerdotes de la zona de Liébana que entonces pertenecían a la Diócesis de León por haber pedido el Obispo de esa al de Santander incluirlos entre sus mártires, y le fue concedido, E igualmente ha ocurrido con mártires que murieron en la diócesis de Santander y pertenecían a otras diócesis.

Después de este resumen del desarrollo tocaría leer la Instancia, que presentó en su día el sacerdote ya difunto D. Jesús Cuesta Bedoya, pero el Sr. Obispo, por ser muy larga, leeremos sólo la biografía del mártir que encabeza la Causa y el listado de los nombres que la integra. Algo que sumamente le agradezco, por mí y por los presentes pues son nada menos que 105 folios a un espacio.

Francisco González de Córdoba, sacerdote

Don Francisco González de Córdoba nació en Viérnoles, provincia y diócesis de Santander, el día 5 de agosto de 1888 y fue bautizado el día 9 de dicho mes y año en la parroquia de San Román de dicho Viérnoles.

Estudió la carrera sacerdotal en el Seminario diocesano de Monte Corbán, donde ingresó en el año 1899. Fue ordenado sacerdote el 22 de septiembre de 1911 y cantó su primera misa solemne el 1 de octubre de dicho año. De las anteriores órdenes

sagradas no hay documentación, ni datos fehacientes por haberse quemado el archivo diocesano en el incendio de Santander en el año 1941.

Don Francisco inició su ministerio sacerdotal como ecónomo de La Busta y Golbardo; en el año de 1914 pasó como profesor al Seminario diocesano, y el 1 de agosto de 1922 como párroco de Santoña. En esta parroquia fundó la Hermandad de la Virgen del Puerto, las Juventudes Católicas y la Hoja Parroquial; organizó la catequesis con 40 catequistas y 1.200 niños.

Al estallar la Guerra civil empezó para don Francisco un auténtico calvario: las amenazas de los rojos contra su persona eran constantes; los registros de la iglesia y de la casa rectoral era frecuentes. Le prohibían celebrar misa, tocar las campanas, celebrar bautizos, asistir a los entierros con la cruz procesional... Incautaron la "Asociación de Nuestra Señora del Puerto" y los libros parroquiales; arrojaron dos botellas con líquido inflamable en la sacristía a la una de la mañana; empezaron el derribo de la capilla San Antonio "por estar fuera de línea".

A este sufrimiento se le unía las noticias persecutorias de lugares vecinos, en los que habían destruidos templos, asesinados a sacerdotes y a católicos practicantes.

No obstante, don Francisco siguió su vida en la parroquia practicando su ejercicio de párroco como podía hasta el día 2 de septiembre de 1936 en que fue cerrada por los marxistas la parroquia. Desde ese día siguió celebrando misa en una habitación de su casa que habilitó como capilla con el Santísimo, y quedó recluido en casa, de donde sólo le dejaban salir para ir a atender a los enfermos graves, y para ello tenía que pedir autorización al Alcalde para cada caso. La última visita que hizo fue el día 15 de septiembre, a las 2 de la mañana, esta vez sin autorización, debido a la prisa del enfermo y la hora inusitada.

Los del Frente Popular seguían con constantes registros a la iglesia y casa rectoral buscando algún pretexto para detenerlo, y como no lo encontraban, acordaron decir que había llegado una denuncia de Barcelona y que para aclarar ciertos términos tenía que acudir el párroco don Francisco.

Antes de que llegaran a detenerlo por dicho pretexto, acudió al domicilio de don Francisco, a las seis de la tarde del día 16 de septiembre de 1936, un feligrés que pertenecía a la Adoración Nocturna, a comunicarle lo que habían acordado contra él, y poco después se le presentaron unos marineros a decirle lo mismo y a que se pusiese de acuerdo con ellos para salir esa misma noche en un barco para Francia, y que se diese prisa sin pensarlo, pues proyectaban detenerlo esa misma noche. Don Francisco les dijo que ya sabía lo que ocurría, pero que no se iba del pueblo, pues eso era abandonar la parroquia, y si lo detenían no sería por culpa suya. No pudieron convencerle para embarcar con ellos rumbo a Francia.

A las doce de la noche de ese mismo día 16 de septiembre, estando todos ya en la cama, se presentaron a detenerlo el sargento de la Guardia Civil, un número y un miliciano. Le dijeron que la detención sería momentánea, para hacer unas declaraciones... un par de días todo lo más. La familia se oponía a que saliera a aquellas horas, alegando motivos de salud que fueron desatendidos. Don Francisco al darse cuenta de lo que pasaba, salió de su cuarto e hizo pasar a los guardias y el miliciano, y les dijo que si no se podía aplazar su salida hasta que fuese de día, que estaría listo en unos momentos para marchar con ellos.

Ante la negativa de los guardias, don Francisco advirtió a sus hermanos lo que tenían que hacer con el Santísimo Sacramento, que estaba reservado en la capilla de su casa, y cómo debían de dar la noticia a su anciana madre. Ya vestido de sotana pasó a la capilla, oró unos momentos ante el Santísimo y se despidió de sus familiares subiendo al auto que le estaba esperando en la puerta de la casa.

A partir de la detención, de su diario se sigue que en la cárcel del pueblo se encuentra bien; que dijo que no le manden somier, pues no quiere distinguirse; que el Alcalde le mandó un impuesto de guerra de 1.000 pesetas y que contestó en el mismo que no tiene más que deudas; que el día 18 de septiembre, a las nueve de la noche le comunicaron que estuviese dispuesto para el traslado a Santander a la mañana siguiente.

El día 19 de septiembre, a las seis de la mañana, la Guardia Civil le trasladó a Santander. Un grupo de buenos feligreses se acercaron a despedirle con el mayor cariño. Ya en la cárcel de Santander tuvo que sustituir con gran pena el traje talar por un mono. El día 30 le hicieron formar para trasladarse al barco-prisión "Alfonso Pérez", pero el Dr. Caneja protestó y dijo que su salud no estaba para eso. Le hicieron caso y le mandaron volver a su celda. El día siguiente celebraba sus bodas de plata sacerdotales y escribe en su diario: "Bodas de Plata. Confesión en el patio. Alegría interior".

El día 8 de octubre es trasladado al penal del Dueso. Hizo el viaje con sotana y a los dos días le mandaron quitársela.

Estando en el penal del Dueso se quejó de que no le entregaban las cartas de su familia, y le pasan unos días a la enfermería.

El día 28 del mismo mes sale de la enfermería y unos milicianos le piden el mono, que llevaba puesto, para dárselo a un muchacho que iba al frente. Don Francisco le dice que sí, pero que como no tiene más que la sotana, le autoricen ponérsela. Después de consultar al Director vuelven y le dicen que puede ponerse la sotana y que les dé el mono. A los pocos días le vuelven a ordenar se quite la sotana.

Estuvo en el penal del Dueso hasta el día 4 de noviembre en que le trasladan al barco-prisión "Alfonso Pérez". Desde esta fecha no se conoce escrito de diario, pero

por sus compañeros de prisión y escritos publicados se sabe que estaba bien adaptado, siguió su vida de apostolado con los presos y les administraba los sacramentos con mucha frecuencia.

El 27 de diciembre de 1936, dándose cuenta de la catástrofe que se le avecinaba, animó a los compañeros presos en la bodega del barco a esperar la muerte con calma y con confianza en la vida eterna, y les dio la absolución general a todos, aunque se habían confesado particularmente el día de Navidad. Cuando se le acercó un miliciano a decirle: “Tú eres cura”; le contestó con gran serenidad: “Sacerdote, sí, cura de Santoña”. “Pues entonces –le dijo el miliciano– arriba a decir misa”. “Con mucho placer –le contestó– pero quisiera que me dejarais para el último, para poder absolver a mis compañeros”. Y ese día en la cubierta del barco fue fusilado.

Sus restos mortales, como los de sus compañeros de martirio, fueron sepultados en una fosa común en el cementerio de Ciriego y posteriormente, ya liberada Santander por las tropas nacionales, fueron trasladados, en diciembre de 1979, a la Parroquia del Santísimo Cristo, cripta de la Catedral santanderina. A don Francisco en esta inhumación se le puso la sotana a petición de su madre.

Dos meses después de la muerte llegó a mano de su madre, a través de un preso, una carta que dejó sin concluir, y que dice:

“Queridísima madre: Lo único que me preocupa es el cielo; y quiero ganarle a toda costa. Si para ganarle hay que morir violentamente, acepto la muerte contentísimo, como un gran beneficio que Dios me hace.

Y pido al Señor fervientemente que el sufrimiento de usted se convierta en alegría, pensando que ha de servir asimismo para asegurar su salvación.

La alegría que ahora siento se la debo, en primer lugar, a Dios, que me ha favorecido con este privilegio tan singular; y, en segundo lugar, a mi queridísima madre, que desde niño me ha preparado para este dichoso trance,”

Lista de los mártires

Sacerdotes:

0. Francisco González de Córdova (+ 27-12-1936)
1. Juan Palencia Díaz (+ 02-08-1936)
2. Félix Sainz López (+ 05-08-1936)
3. Ángel Mijares Herrero (+ 08-08-1936)
4. Ernesto González de la Pedrosa (+ 08-08-1936)
5. Lucas Mena Angulo (+ 22-08-1936)
6. Arturo Soto Tapia (+ 25-08-1936)
7. Felipe Sobrado Fernández (+ 26-08-1936)

8. Gerardo González Martínez Laso (+ 02-09-1936)
9. Ángel Viqueira Villanueva (+ 05-09-1936)
10. José López Torre (+ 12-09-1936)
11. Agustín Domingo Incera Torre (+ 15-09-1936)
12. José Salcines Salas (+ 17-09-1936)
13. Félix Legido Herrero (+ 04-10-1936)
14. Antonio Fernández Olea (+ 05-10-1936)
15. José Gutiérrez Huerta (+ 06-10-1936)
16. Benedicto Sandoval Prieto (+ 12-10-1936)
17. Segundo Toyos Galarza (+ 12-10-1936)
18. Servando Saiz Peña (+ 12-10-1936)
19. Adolfo Mantecón Sánchez (+ 12-10-1936)
20. Santos Carrera Pereda (+ 12-10-1936)
21. Teodoro Sánchez Vacas (+ 13-10-1936)
22. Emilio Fernández Gandarillas (+ 16-10-1936)
23. Lino López Ruiz (+ 22-10-1936)
24. Eloy Sedano Hoyos (+ 24-10-1936)
25. Anselmo de la Torre Fuertes (+ 26-10-1936)
26. Lino Velasco Ruigómez (+ 28-10-1936)
27. José Martínez Colina (+ 2-11-1936)
28. Lorenzo González Macho (+ 04-11-1936)
29. Daniel Rivas Mendiondo (+ 09-11-1936)
30. Enrique Pacheco Gómez (+ 09-11-1936)
31. Aurelio Balbás Sánchez (+ 12-11-1936)
32. Santiago González Concha (+ 30-12-1936)
33. Bonifacio Angulo González (+ 02-12-1936)
34. Ángel García Mantilla (+ 17-12-1936)
35. Manuel Crespo Vega (+ 20-12-1936)
36. Victorino Ortega Oteo (+ 22-12-1936)
37. Manuel Mazón Naveda (+ 24-12-1936)
38. Aurelio Velasco Martínez (+ 27-12-1936)
39. Bernardino Hoyos Bustamante (+ 27-12-1936).
40. Eliseo Alonso Pumarejo (+ 27-12-1936)
41. Eloy Martínez Muñoz (+ 27-12-1936)
42. Hilario Arce Cañarte (+ 27-12-1936)
43. Lorenzo Díez Moral (+ 27-12-1936)
44. Serafín Villar Laso (+ 27-12-1936)
45. Vicente Poo Noriega (+ 27-12-1936)
46. Indalecio Balbás González (+ 28-12-1936)
47. Félix Carriazo García (+ 02-01-1937)
48. Lauro García Fernández (+ 02-01-1937)

49. Manuel Macho Iturbe (+ 02-01-1937)
50. Ramón Martín Martínez (+ 02-01-1937)
51. Ángel Diego Ortega (+ 08-01-1937).
52. José Echevarría Rivero (+ 09-01-1937)
53. Benedicto Fernández Calderón (+ 20-01-1937)
54. Gregorio Blanco Varona (+ 20-01-1937)
55. Lucio Herrero Maza (+ 23-01-1937)
56. Joaquín Fernández Martínez (+ 15-02-1937)
57. Jesús Torre Torre (+ 18-02-1937)
58. Pedro Díez Delgado (+ 18-02-1937)
59. Manuel González Martínez (+ 27-02-1937)
60. Graciano Pérez González (+ 28-02-1937)
61. Abdón Muñoz López (+ 15-05-1937)
62. Luis Moreno Escudero (+ 25-07-1937)
63. Guillermo Alonso Setién (+ 07-08-1937)
64. Manuel Cagigas Marroquín (+ 07-08-1937)
65. Isidoro Gutiérrez González (+ 17-08-1937)
66. Arsenio Patrocinio García Lavid (+ 20-08-1937)
67. Eduardo Díez Lorenzo (+ 22-08-1937)

Religiosos:

68. Ruperto de la Cruz, hermano, O.C.D. (+ 18-11-1936)
69. Maximino de la Virgen del Carmen, novicio, O.C.D. (+ 27-12-1936)
70. Atanasio del Sagrado Corazón de Jesús, sacerdote, O.C.D. (+ 30-12-1936)

Seminaristas:

71. José Angulo Zaballa (+ 26-09-1936)
72. Ramón Tresgallo Arenal (+ 27-12-1936)
73. José Susilla Bustamante (+ 02-03-1937)

Seglares:

74. Adalberto Susilla Bustamante (+ 2-03-1937)
75. Jaime de la Lama y Ruiz-Escajadillo (+ 17-09-1936)
76. Marcelino Pedro Lucio Gutiérrez-Cañas (+ 20-09-1936)
77. Manuel Ariscun Moreno (+ 13-11-1936)
78. Francisco Sánchez Trallero (+ 27-12-1936)
79. Luis Mosquera Caramelo (+ 27-12-1936)

Presento a Vuestra Excelencia el mandato que me acredita como Postulador de la Causa. **Alejandro Benavente Talaverón**, Postulador de la Causa de Beatificación

En la Paz del Señor

Rvdo. D. Pedro Cea Pérez



Nació el 15 de septiembre de 1935 en Escobedo de Villafufre. Estudios Eclesiásticos en el Seminario de Monte Corbán. Ordenado presbítero el 2 de abril de 1960. Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Cabanzón y Casamaría y Cades (1960). Director Espiritual del Instituto Enseñanza Media-Santander (1965). Coadjutor de La Bien Aparecida-Santander (1969). Estudios de pastoral en Madrid (1974). Director Colegio “Capitán Palacios” de Santander (1975). Ecónomo de Rubayo y Gajano (1978). Ecónomo de Rubayo y Setién (1978). Vicario Episcopal Curia y Secretario General de Pastoral (1978). Miembro de Consejo Presbiteral (1982). Vicario Episcopal de Curia (1985). Miembro de Consejo Presbiteral (1986). Miembro de Consejo Presbiteral (1989). Vicario parroquial de La Anunciación - Santander (1989). Arcipreste del arciprestazgo Este Santander (1990). Párroco de La Anunciación - Santander (1999). Canónigo durante munere de la S.I. Catedral de Santander (2004). Canónigo de la S.I. Catedral de Santander (2005). Titular Delegado del Obispado de Santander Colegio concentrado, infantil y Primaria, La Anunciación (2008). Adscrito a la parroquia de La Anunciación (2011). Falleció el 9 de octubre de 2016 en Santander. Funeral en la parroquia de La Anunciación. Inhumado en el cementerio de Soto-Iruz.

Rvdo. D. Juan Izquierdo García



Nació el 17 de noviembre de 1942 en La Puente del Valle. Estudios en Magisterio, Eclesiásticos, y Licenciatura en Filosofía e Historia. Ordenado presbítero el 30 de junio de 1996. Las actividades pastorales realizadas han sido: Párroco de Salces, Barrio de Reinos, Celada de los Calderones, Espinillas y Paracuelles, Fontibre, Naveda, Soto de Campoo y Villacantid (1996). Párroco de Carmino y La Mina, con las parroquias anteriores (1997). Deja Celada de los Calderones (1998). Párroco de Izara, Suanes, La Población de Campoo de Suso, continuando con Salces, Barrio de Reinos, Fontibre, Villacantid, Camino y La Miña (2002). Jubilado 2010.

Falleció el 10 de noviembre de 2016 en Reinosa. Funeral en la parroquia de La Puente del Valle el 12 de noviembre de 2016. Inhumado en el cementerio de La Puente del Valle

Iglesia en España

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

CVIII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Discurso inaugural del cardenal Blázquez

“CONVOCADOS A LA ESPERANZA”

1. Saludos

Saludo en primer lugar a los hermanos en el Episcopado y les doy la bienvenida a esta Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española que hoy iniciamos.

Nada más comenzar, haciéndome eco del sentir de todos los miembros de nuestra Asamblea, quiero expresar nuestra afectuosa felicitación al recién nombrado cardenal D. Carlos Osoro Sierra, arzobispo de Madrid y vicepresidente de nuestra Conferencia, quien anteayer recibió de manos del papa Francisco la birreta y el título cardenalicio. Su designación es un reconocimiento no solo de su persona y de la diócesis madrileña, sino también de la Iglesia en España, reforzando aún más nuestra adhesión al sucesor del apóstol Pedro en la sede de Roma. Excusamos la presencia hoy entre nosotros del nuevo cardenal, motivada por su participación en Roma en los trabajos de la Secretaría del Sínodo de los Obispos, de la que es miembro.

Como siempre, también en nombre de todos, deseo expresar nuestra gratitud a quienes con generosidad y competencia trabajan en los diversos servicios de esta Casa de la Iglesia. A cuantos comunicadores cubren habitualmente las tareas de la Conferencia Episcopal expreso mi respeto y gratitud por su trabajo.

Doy un saludo especial a los obispos que, representando a otras conferencias episcopales, han aceptado la invitación de compartir estas jornadas con nosotros.

Reciban también un fraterno saludo de bienvenida y de felicitación los nuevos obispos nombrados después de nuestra anterior Asamblea Plenaria: Mons. D. Manuel Herrero Fernández, OSA, obispo de Palencia, y Mons. Arturo Pablo Ros Murgadas, obispo auxiliar de Valencia.

Un saludo también a quienes recientemente han pasado a ejercer el ministerio en nuevas sedes episcopales: Mons. D. Carlos Manuel Escribano Subías en la de Calahorra y La Calzada-Logroño, y Mons. D. Javier Salinas Viñals como auxiliar de Valencia. Hago extensivo estos deseos a Mons. Sebastián Taltavull Anglada, obispo auxiliar de Barcelona y administrador apostólico de Mallorca.

Nuestro saludo y felicitación fraterna a los obispos nombrados las pasadas semanas y que, antes de su ordenación episcopal, nos acompañan al inicio de esta Asamblea: Mons. Francisco Simón Conesa Ferrer, nombrado obispo de Menorca el día 27 de octubre, y Mons. Antonio Gómez Cantero, nombrado el pasado día 17 de noviembre obispo de Teruel y Albarracín.

A todos ellos queremos mostrar nuestra fraternidad en el ministerio episcopal.

Saludo cordialmente a los Ilmos. administradores diocesanos que están actualmente al frente de sus respectivas diócesis: D. Gerardo Villalonga Hellín, de la diócesis de Menorca; D. Francisco Rico Bayo, de Plasencia; D. Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, de Osma-Soria; y D. Alfonso Belenguer Celma, de Teruel y Albarracín ¡Bienvenidos a esta Asamblea!

Saludo cordialmente a la representación de la Conferencia Española de Religiosos (CONFER), a quienes expresamos nuestra gratitud y afecto por su importantísimo servicio a la Iglesia en España, expresión de la misión y comunión, nacida de su riqueza de carismas.

Saludo, por último, a los hermanos y hermanas que nos acompañan en esta sesión inaugural y les pido que recen a nuestro Señor Jesucristo por los frutos de esta Asamblea de nuestra Conferencia Episcopal que iniciamos.

Deseo tener un recuerdo especial para dos obispos fallecidos en los pasados meses. Se trata de Mons. Luis Gutiérrez Martín, claretiano, obispo emérito de Segovia, sede que rigió durante 12 años, y antes auxiliar de Madrid, que falleció el 22 de junio de este año, tras una larga enfermedad. Este buen hijo del Inmaculado Corazón de María deja tras de sí, con su entrega al servicio a la Iglesia y su acreditado saber jurídico, el ejemplo de un pastor entregado a su grey.

El otro obispo que nos ha dejado es Mons. Miguel Asurmendi Aramendía, SDB, fallecido el día 9 de agosto de este año. Obispo emérito de Vitoria desde hacía solo

unos meses, este salesiano ejemplar inició su ministerio episcopal hace 26 años en la diócesis de Tarazona, pasando posteriormente a ocupar durante dos décadas la sede de Vitoria, en la que se afanó incansablemente desde la comunión eclesial en promover la paz y la reconciliación.

Oramos al Señor por el eterno descanso de estos dos pastores de la Iglesia y los confiamos a la poderosa intercesión de la santísima Virgen María, de san Antonio María Claret y de san Juan Bosco.

2. Tres acontecimientos

Ayer, solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, ha clausurado el papa Francisco el Año Jubilar de la Misericordia, cuya Puerta Santa había abierto el día 8 de diciembre del año 2015, en coincidencia con los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II. La Puerta Santa del Año Jubilar se cierra, pero la puerta de la misericordia sigue abierta. El Año de Gracia inaugurado por nuestro Señor Jesucristo es un “hoy” permanente (cf. *Lc* 4, 19; *2 Cor* 6, 2). Ha sido un año muy intenso pastoralmente; la gracia de Dios se ha derramado con abundancia. Nuestro mundo, todos nosotros, necesitamos el anuncio de la Misericordia de Dios, el toque de su mano compasiva y el ejercicio generoso de las obras de misericordia. El hombre contemporáneo, como escribió san Juan Pablo II y ha reafirmado el papa Francisco, necesita la medicina de la misericordia.

Por otro lado, durante este año 2016 venimos celebrando los cincuenta de la Conferencia Episcopal Española. En los meses pasados hemos culminado la publicación de los Documentos de la Conferencia Episcopal Española, en seis gruesos volúmenes, desde el año 1966 hasta 2015. Sorprende la cantidad de intervenciones y el número de temas afrontados; estoy convencido de que el servicio prestado a la Iglesia en España y también a la sociedad española ha sido considerable.

Los días 2, 3 y 4 de junio tuvo lugar en la Universidad Pontificia de Salamanca un Congreso-Simposio sobre «Conferencias episcopales: Orígenes, presente y perspectivas. A los cincuenta años de la creación de la Conferencia Episcopal Española». Pronto aparecerán las Actas. Ha sido una oportunidad excelente para tratar y dialogar con los participantes, que representaban a las Facultades de Teología y Derecho Canónico y otros Centros Eclesiásticos Superiores de España.

En este año hemos iniciado también una revisión del funcionamiento de la Conferencia Episcopal con la intención de hacerla un ámbito cada vez más apto para que los obispos puedan dialogar y “conferir” libre y confiadamente sobre los desafíos planteados a la misión de la Iglesia y sobre las respuestas que reclama su ministerio pastoral en las diócesis encomendadas. Por diversas vías se ha informado a la opinión pública de la importancia de la Conferencia Episcopal y de su itinerario eficaz y fecundo.

Durante este año cincuentenario y en el marco del Simposio-Homenaje al beato Pablo VI, organizado por la Conferencia Episcopal y la Fundación Pablo VI, nos ha visitado el secretario de Estado, Card. Pietro Parolin, que tuvo una conferencia el día 14 de octubre en esta aula plenaria, sobre Pablo VI y la paz, suscitando un gran interés. Agradecemos su visita y nos alegramos de la oportunidad para expresar, a través de él, nuestra comunión, que es al mismo tiempo respeto, afecto, gratitud, obediencia y colaboración, con el papa Francisco.

Pablo VI aprobó los Estatutos de la Conferencia Episcopal Española. Ha sido una coincidencia gozosa y buscada la celebración del Simposio-Homenaje con el cincuentenario de vida y actividad de la Conferencia Episcopal. Permítanme que me detenga sobre la persona y el ministerio de Pablo VI por los motivos que iré indicando.

El pontificado de Pablo VI está inseparablemente unido a la celebración del Concilio Vaticano II y al cumplimiento de los mandatos conciliares, unos sobre reformas concretas y otros de orientación más amplia, por ejemplo sobre renovación litúrgica y ecumenismo. Es justo reconocer y agradecer al papa Pablo VI tanto la fidelidad a las actitudes que había marcado Juan XXIII, como el pulso firme con que presidió el Concilio, y el estilo realmente conciliar, es decir, de tratamiento de las cuestiones planteadas con amplia participación de los obispos buscando la concordia en la aceptación de los documentos. Cuando había un número alto de votos negativos era remitido el esquema a la comisión correspondiente para su revisión y búsqueda de acuerdo. De esta manera el Concilio es modelo de trabajo compartido y de aprobación de los documentos con unanimidad moral, ya que un Concilio no busca la mayoría democrática, sino la coincidencia mayor posible. El Espíritu Santo actúa también en la mutua escucha y en la generosidad para coincidir en lo que se ha ido decantando y pueda contribuir mejor a la misión de la Iglesia. La obediencia al Señor y al Evangelio fue una actitud fundamental en todos los participantes.

En el primer discurso como papa, en el año 1963, pronunció las siguientes palabras que señalan el camino: «Está fuera de toda duda que es deseo, necesidad y deber de la Iglesia que se dé finalmente una más meditada definición de sí misma». No se trata de discutir algunos puntos importantes de la doctrina de la Iglesia, sino de buscar conciliarmente cómo en la coyuntura actual de la humanidad anunciar el Evangelio. Por eso, la nueva evangelización tiene su puesta en marcha en el Concilio Vaticano II. La introspección en el misterio de la Iglesia implica también la perspectiva misionera.

¡Con qué vigor y belleza reivindicó el papa Pablo VI que Jesucristo, luz del mundo, fuera el norte del Concilio! La asamblea profesa la fe en su Señor y desea anunciarlo al mundo. «¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo nuestra vida y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término... Que no se cierna sobre esta reunión

otra luz si no es Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestros ánimos fuera de las palabras del Señor, único Maestro; que ninguna otra aspiración nos anime si no es el deseo de serle absolutamente fieles; que ninguna otra esperanza nos sostenga sino aquella que conforta, mediante su palabra, nuestra angustiada debilidad: Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos (*Mt 28, 20*)».

Los primeros años del postconcilio fueron de gran esperanza, de realización de las reformas encomendadas por el Concilio, de intensa efervescencia y también de “contestación”. Vista esta a distancia nos parece un hecho debido a prisas en el cumplimiento de las tareas para la renovación de la Iglesia, a una pretendida actualización teológica que en ocasiones ponía en peligro la misma fe, a las posibilidades que ofrecían los medios de comunicación, al desbordamiento de iniciativas particulares que desatendían las orientaciones de la autoridad en la Iglesia y el ritmo razonable de asimilación de las enseñanzas conciliares. En muchos momentos causó frustración, desgaste en la vitalidad de la Iglesia, disensiones internas. Se puede comprender que para el papa Pablo VI, tan sensible él, fuera la contestación, unas veces con mayor calado y otras con menor incidencia, una fuente de sufrimientos.

El pontificado del papa Pablo VI coincidió en España con los últimos años del régimen político anterior. Hubo muchas incomprendiciones, susceptibilidades, tergiversaciones, resistencias, y también aceptación leal y obediente de las decisiones de la superior autoridad eclesiástica con las que había escasa sintonía interior. Fueron años difíciles para el papa y el nuncio, para la Conferencia Episcopal y la Iglesia, para el gobierno y la sociedad en general. En las relaciones entre la Iglesia y el Estado se pasó en pocos años de una convivencia quizá demasiado estrecha a una desavenencia clamorosa. Católicos de toda la vida en poco tiempo se sintieron incomprendidos y desplazados.

A Pablo VI le resultó penoso que se mezclaran negativamente su desafección personal y cultural a un régimen no-democrático con su amor al pueblo español, la estima de su historia católica y su obligación pastoral después de un concilio ecuménico. Pablo VI mantuvo siempre serias reservas sobre el régimen político, pero manifestó públicamente su admiración y amor al pueblo español, y para este tuvo siempre numerosos gestos de afecto y simpatía. Teniendo en cuenta aquella situación, nos ha parecido conveniente celebrar el Simposio-Homenaje al beato Pablo VI a los cincuenta años de vida de la Conferencia Episcopal Española.

También, dentro del marco del cincuentenario que estamos celebrando, tendremos el honor de recibir en esta Casa de la Iglesia la visita de Sus Majestades los Reyes de España a nuestra Asamblea Plenaria. Esta singular visita es para nosotros un motivo de gran alegría y signo elocuente de la normalidad de la inserción de la religión católica en la sociedad española y en su marco constitucional. Al mismo tiempo es

un motivo para manifestar de manera solemne nuestro compromiso de proseguir el servicio a nuestro pueblo, de innegable tradición cristiana, mediante la misión eclesial que tenemos encomendada.

3. Un horizonte de esperanza

La puesta en marcha del nuevo Gobierno de España, después de tantos meses de estar bloqueada su formación y disminuida la actividad pública, ha significado para la sociedad en conjunto un alivio, con las reservas comprensibles. Pedimos a Dios que acierten en el cumplimiento de la responsabilidad que han asumido para la gestión del bien común.

Se abre un horizonte de esperanza, a la cual deseamos convocar. La esperanza es decisión y ánimo de cara al futuro, que siempre está poblado de posibilidades y de inquietudes. Permítanme que aluda a algunas condiciones para caminar esperanzadamente hacia nuestro porvenir. La esperanza y el pasado no se pueden separar. La desmemoria conduce fácilmente a la desesperanza. En nuestra historia hay motivos para la humillación y la gloria. Muchas cosas debemos recordar para corregirnos y es razonable que de muchos hechos nos sintamos legítimamente orgullosos para avanzar con la cabeza alta. España ha dejado una huella profunda en la historia de la humanidad.

En la situación actual debemos llevar a cabo una catarsis, una purificación profunda de actitudes y un cambio de conducta moral. La corrupción con tantas personas implicadas y diversos focos de contaminación ha degradado el servicio público. Han trascendido a la opinión pública hechos de corrupción, al tiempo que miles de personas perdían su puesto de trabajo. La falta de honradez causa irritación. Sin una revisión y regeneración ética no podemos afrontar esperanzadamente el futuro.

La esperanza que no se traduce en obras no pasa de un deseo. Para fortalecer el trabajo de la esperanza necesitamos abandonar la incomunicación y caminar unidos. Que cedan los partidismos en favor del bien común, de lo que a todos nos afecta y nos puede beneficiar. Es una convicción compartida el que nos aguardan reformas importantes y proyectos fundamentales en que todos deberíamos converger. El interés general y el futuro de la sociedad están en juego.

Hace pocos días decía el papa Francisco que si no hay diálogo habrá gritos. Los gritos llevan siempre algo de desgarró, el diálogo en cambio supone hablar con libertad y escuchar con respeto buscando entre todos el acuerdo. El diálogo es la vía digna del hombre para buscar la respuesta más adecuada a los desafíos pendientes. El diálogo en nuestra sociedad supone compartir una historia, tener planteados unos problemas comunes y buscar entre todos su respuesta sobre la base de formar parte de la misma sociedad que se ha dado unas leyes fundamentales para convivir

y para renovar incesantemente el proyecto de vida en común. La pluralidad, para ser colaboradora y no disgregadora, para enriquecer la unidad y no romperla, para garantizar la vida en común con respeto a las legítimas diversidades, necesita una amplia y fundamental base compartida. No podemos olvidar la llamada *Transición* como referente orientador, aunque deba ser constantemente enriquecida. El paso de un régimen autocrático a otro realmente democrático fue un éxito en conjunto, alabado en general. Entonces los españoles alcanzamos un acuerdo histórico para caminar unidos a un futuro de paz.

El trabajo que impulsa la esperanza es en ocasiones arduo, y requiere esfuerzo sostenido por parte de todos ya que los hechos lo ponen frecuentemente a prueba. La esperanza debe ser perseverante en el trabajo continuado. La paciencia es parte de la esperanza. La esperanza compartida con otros no significa descargo de nuestras responsabilidades. No cedamos a la evasión ni al derrotismo. Es una tentación pensar que no tenemos remedio. A hechos inéditos, respuestas renovadas.

Como obispos de la Conferencia Episcopal Española queremos ofrecer a la sociedad, con el debido respeto a nuestros conciudadanos y con la debida actitud democrática, nuestra persuasión más honda. La regeneración moral, la concordia entre las personas, el trabajo conjunto de los grupos sociales, la renovación diaria de la esperanza tienen en Dios el cimiento más eficaz. No bastan los resortes de una sociedad moderna para vivir éticamente, si no obedecemos a la conciencia moral bien formada. Dios y el hombre no son competitivos. «La gloria de Dios es el hombre vivo»^[1]. No es acertado decir que debe ser excluido Dios para que el hombre actúe con responsabilidad de adulto, ni pensar que la obediencia a la Ley de Dios lleva consigo la humillación del hombre (cf. *Gén 3, 5*). El olvido de Dios repercute negativamente en la vida personal y social de los hombres. El papa emérito Benedicto XVI dijo y ha repetido: «El verdadero problema en este momento de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres. Con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad padece una desorientación, cuyos efectos destructivos se manifiestan siempre más»^[2]. La Iglesia reconoce, y anuncia a todos, que la fe en Dios está en la fuente de su servicio a los hombres. En el rostro de toda persona herida por la vida ve el rostro de nuestro Señor Jesucristo (cf. *Mt 25, 31ss*). La luz del Evangelio potencia con la fe la mirada para ver en cada hombre y mujer una persona con derechos inalienables y con deberes insoslayables, y una imagen inviolable de Dios. Nos viene bien creer en Dios; y excluir a Dios nos daña.

De cara al futuro necesitamos subrayar siempre la dignidad de la persona que es centro y sentido de las instituciones; el respeto a la vida de las personas en todo el recorrido de su existencia y en todas las circunstancias de la vida; la educación en la verdad y libertad, como maduración personal y capacitación profesional. La familia es el ámbito humanizador primordial. Sin trabajo y sin familia es difícil mirar

al futuro con serenidad. La familia vence la soledad; es el recurso básico en las situaciones de enfermedad y desprotección social. Recordemos cómo en los años más agudos de la crisis ha sido la familia un recurso básico. La salud de la sociedad en gran medida depende de la salud de la familia.

Permitidme que recuerde unas palabras del Señor y unas recomendaciones del apóstol San Pablo. «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25, 35-36). «Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres, enseñándonos a que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa» (Tit 2, 11-12). «Todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, tenedlo en cuenta. Y el Dios de la paz estará con vosotros» (cf. Fil 4, 8-9).

A la esperanza en el Nuevo Testamento se califica frecuentemente como “alegre”. ¿No muestran nuestras tristezas y malestar a flor de piel un debilitamiento de la esperanza? La persona, por ser histórica, está distendida entre el pasado, el presente y el futuro; por ello, necesita contar con el pasado, vivir sin evasiones el presente y abrirse al futuro con esperanza.

4. Itinerario de nuestros trabajos

Como señalábamos los obispos en la Instrucción pastoral *Iglesia, servidora de los pobres*, «ante la ardua tarea que debemos afrontar, necesitamos levantar la mirada y acudir a Dios para que Él nos inspire. Estamos convencidos de que la apertura a la trascendencia puede formar una nueva mentalidad política y económica que ayude a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social (*Evangelii gaudium*, n. 205). En la Palabra de Dios encontramos luz suficiente para ordenar las cuestiones sociales. El Evangelio ilumina el cambio e infunde esperanza» (n. 33).

A esta esperanza para la entera sociedad española quiere contribuir la Iglesia mediante su específica misión pastoral al servicio del bien común de todo nuestro pueblo. La parte fundamental de esta misión la constituye nuestra tarea evangelizadora, siguiendo el espíritu marcado por el papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium*, en la que se inspira nuestro vigente Plan Pastoral, que poniendo la mirada especialmente en «la comunión y corresponsabilidad al servicio de la evangelización» nos señala para este curso el objetivo de «poner en estado de misión permanente a la Iglesia en España; para ello, animar a las comunidades cristianas y a los evangelizadores de toda clase y condición, a que con sus vidas irradian en el mundo la alegría de Cristo que ellos han recibido».

En consecuencia, sin olvidar las tareas permanentes de la misión de la Iglesia, promovidas de forma permanente desde las distintas comisiones y servicios de la Conferencia de la que informarán los obispos responsables, nuestras reflexiones van a centrarse de manera especial en los agentes eclesiales.

En este sentido, ocupará una parte de nuestro trabajo en esta Asamblea la continuación de la reflexión sobre la situación del clero en España, con la problemática del aumento de su edad media, así como la disminución de vocaciones al ministerio presbiteral, lo que nos ha de llevar a intensificar la atención y cercanía a nuestros sacerdotes en todas las dimensiones de su vida y ministerio, la búsqueda de nuevas formas de atención pastoral a las comunidades cristianas, así como el fortalecimiento de la promoción vocacional y adecuada formación integral de los candidatos al sacerdocio.

A ello se une también en esta Asamblea, siguiendo la estela de la celebración el pasado curso del Año de la Vida Consagrada, del estudio de la situación de la vida contemplativa en España en lo que se refiere tanto a cooperar en su promoción vocacional, como también en asegurarle mediante el Fondo Intermonacal la necesaria ayuda material cuando las circunstancias especiales de alguna comunidad contemplativa la precise.

La consideración del laicado tendrá en esta Asamblea un acento especialmente dirigido a la familia, mediante el estudio y reflexión la recepción de la exhortación postsinodal “Amoris Laetitia” y sus implicaciones en la renovación de la pastoral familiar en España.

En definitiva, queremos seguir haciéndonos eco de las expresas indicaciones que el papa Francisco nos dirigió en su discurso escrito a los obispos españoles en nuestra última visita *ad limina*, el 3 de marzo de 2014, cuando nos decía que «el momento actual, en el que las mediaciones de la fe son cada vez más escasas y no faltan dificultades para su transmisión, exige poner a vuestras Iglesias en un verdadero estado de misión permanente (...). Despertar y avivar una fe sincera favorece la preparación al matrimonio y el acompañamiento de las familias, cuya vocación es ser lugar nativo de convivencia en el amor, célula originaria de la sociedad, transmisora de vida e Iglesia doméstica donde se fragua y se vive la fe. Una familia evangelizada es un valioso agente de evangelización, especialmente irradiando las maravillas que Dios ha obrado en ella. Además, al ser por su naturaleza ámbito de generosidad, promoverá el nacimiento de vocaciones al seguimiento del Señor en el sacerdocio o la vida consagrada».

«Seguid adelante con esperanza –proseguía diciéndonos el santo padre a los obispos españoles en su discurso, y con ello quiero terminar mis palabras–. Poneos al frente de la renovación espiritual y misionera de vuestras Iglesias particulares, co-

mo hermanos y pastores de vuestros fieles, y también de los que no lo son, o lo han olvidado. Para ello, os será de gran ayuda la colaboración franca y fraterna en el seno de la Conferencia Episcopal, así como el apoyo recíproco y solícito en la búsqueda de las formas más adecuadas de actuar».

Esto mismo es lo que deseamos hacer en esta Asamblea Plenaria y para lo que pedimos vuestra oración a Dios, así como la intercesión de santa María, Madre de la Iglesia.

[1] San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, IV, 20, 4,7.

[2] *Carta a los obispos de la Iglesia* (10.III.2009); cf. *Gaudium et spes*, n. 41).

Palabras de saludo del Nuncio Apostólico

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente,
Eminentísimos Señores Cardenales,
Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,
Señoras y Señores:

Al inaugurar los trabajos de la CVIII Asamblea Plenaria, agradezco muy vivamente la invitación que este episcopado me ha hecho llegar, expresando, con este gesto afectuoso y cordial, la comunión con el Santo Padre.

Al considerar los temas a tratar, he comprobado con gusto la oportunidad y acierto de incluir en el programa tres puntos de vital importancia. Se trata de la reflexión sobre la situación del clero en España, la urgencia de una pastoral vocacional y también, de la pastoral de la familia observando las pautas de la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*.

1.- *La situación del clero en España*

En este tiempo de cambio profundo y continuado en la sociedad española, urge fomentar las vocaciones al presbiterado y cuidar a los sacerdotes de forma especial. Todo sacerdote es un don de Dios para su Iglesia a la que ama y edifica con la entrega de sus ministros. Asimismo, en los sacerdotes conviene despertar, no solo el amor a la diócesis, sino la disponibilidad generosa para la vida de la Iglesia, particularmente allí donde exista más necesidad, mirando el bien de las almas.

La necesidad del cultivo de una disponibilidad efectiva está en dependencia del hecho de que la Eucaristía es la que hace la Iglesia y vivifica el corazón de los fieles manteniéndolos en su unión con el Señor y llevándolos también a un compromiso de vida que contribuye en la tarea permanente de transformar el mundo. Por tanto el término “*situación*” del clero, no es ante todo estadístico o geográfico. Nuclear-

mente la “*situación*” del sacerdote es ante todo sacramental y teológica, es decir su relación con el “*Misterio de la Fe*”, con el Misterio Eucarístico: “*imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor*”.

2.- Urgencia de una pastoral vocacional

Otro punto del programa en conexión, en cierto modo, con el anterior, es la reflexión en torno a la importancia de la dirección espiritual en la formación integral de los candidatos al sacerdocio. Se trata de un ministerio eclesial trascendental y de un apoyo para el propio candidato, cuya inclinación vocacional exige un discernimiento. El director espiritual es un testigo directo de la obra de la gracia en el alma, de la semilla de la vocación que el Señor ha puesto con su mirada. Pero al director espiritual no solo le compete ayudar a resolver conflictos personales y a discernir. Además le corresponde cultivar gradualmente actitudes de vida que, desde el seminario, sirven de pauta a lo largo de la vida en el sagrado ministerio. Se trata en concreto del sentido del servicio y de la gratuidad. Ambas actitudes, propias de un ánimo en “*salida*”, son imprescindibles para poder conocer a la gente. Solo cuando las personas son bien comprendidas, pueden ser ayudadas más eficazmente.

Qué provechosas son las reflexiones que el Santo Padre ha hecho recientemente con ocasión del encuentro internacional de pastoral vocacional, promovido por la *Congregación para el Clero* el pasado octubre. Él se ha referido a la pastoral vocacional con los términos de “*tarea esencial de la Iglesia*” y también “*misión urgente*”. No es una humana estrategia, sino propiciar y descubrir el encuentro con Cristo observando los tres pasos implícitos que el Papa señala en el evangelio: “*Salir, ver y llamar*”... *la pastoral vocacional es aprender el estilo de Jesús, que pasa por los lugares de la vida cotidiana, se detiene sin prisa y, mirando a los hermanos con misericordia, les lleva a encontrarse con Dios Padre*”.

3.- La pastoral familiar a la luz de la Exhortación post sinodal “Amoris Laetitia”

Por lo general, las vocaciones salen de las buenas familias. La importancia de la familia en el desarrollo humano y cristiano de la persona es incuestionable. La pastoral familiar tiene por fin, señala la Exhortación *Amoris Laetitia*, “*lograr que las familias sean a la vez iglesias domésticas y fermento evangelizador en la sociedad*” (n. 290).

No ignoramos, como dice el Santo Padre, el “*creciente intento, por parte de algunos, de redefinir la institución misma del matrimonio...y la falta de apertura a la vida*” (Viaje Apostólico a Filipinas 16/1/2015). Tenemos delante la cultura de “*lo provisorio*” así le llama el Papa Francisco. No se trata, para nada, de someterse a su dictado, de adoptar la forma de pensar de dicha cultura de lo efímero. Se trata de

acompañar sin olvidar como pastores “*que, a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña*” (*Amoris Laetitia*, n. 291). Esto es, “acompañar” lo que significa “*perder el tiempo*” con “*paciencia para hacer madurar las conciencias, para curar heridas, para enseñar*” (*Encuentro con el Movimiento de Schoenstatt*, 25/10/14).

La “*cultura de lo provisorio*” del hombre posmoderno, ha hecho emerger una nueva pobreza, la soledad que padece en su corazón. La ayuda que podemos dar a los jóvenes de cara a formar una nueva familia incluye el empeño de prepararlos, “*desde muy lejos*”, en el noviazgo, para que comprendan lo que significa el matrimonio y asuman realmente lo que prometen “*tomando conciencia de que es para siempre*”.

Y por encima de todo, la pastoral familiar debe seguir proponiendo a Jesucristo, “*en realidad* – nos dice también el Papa Francisco– *la gran misión de la familia es **dejar sitio a Jesús** que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo allí, para que crezca espiritualmente en esa familia* (Audiencia General, 17/12/2014).

Al comenzar sus tareas les animo a mantener, con toda fortaleza, el espíritu de concordia y de unidad, propiedad del Colegio Episcopal. En este día de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, en el que recordamos la entrega total que de sí misma hizo al Señor, les aseguro un recuerdo en mi oración por su maternal intercesión suplicándole que sus trabajos redunden para el bien de la Iglesia.

Muchas gracias.

Palabras de Su Majestad el Rey

A la Reina y a mí nos alegra poder visitar la sede de la Conferencia Episcopal Española y celebrar hoy con todos vosotros el 50º aniversario de esta institución canónica de carácter permanente. Se constituyó así en 1966 pero, ya desde tiempo antes, empezó a ser alumbrada por los obispos españoles bajo el impulso del Cardenal Plá y Deniel. Ha transcurrido, por tanto, más de medio siglo desde que, como consecuencia del Concilio Vaticano II, se estableció la necesidad de creación de esta institución y de que nuestra Conferencia Episcopal comenzase su andadura.

El transcurso de todo este tiempo nos ha mostrado que la Conferencia Episcopal, además de organizar y dirigir la vida interna de la Iglesia española, ha acompañado la vida de nuestro país. Un tiempo en el que España pasó de ser un Estado confesionalmente católico a declarar constitucionalmente su aconfesionalidad.

En todo este proceso la Conferencia Episcopal demostró su pleno reconocimiento de la independencia de la Iglesia de la comunidad política, así como de la necesaria

cooperación entre ambas para lograr la mayor eficacia en la consecución de sus fines comunes al servicio de la vocación social y personal del ser humano.

Las relaciones de cooperación entre el Estado y la Iglesia católica durante este tiempo, recogidos en los Acuerdos con la Santa Sede, permitieron dibujar un modelo de relaciones entre el Estado y las confesiones religiosas en las que el principio de cooperación se convirtió en piedra angular sobre la que descansa el ejercicio al derecho fundamental de libertad religiosa; un modelo sancionado constitucionalmente en el artículo 16.

El trabajo realizado por la Conferencia Episcopal durante todos estos años no se circunscribe al ámbito de las relaciones institucionales con el Estado.

Aunque su función primordial ha estado dedicada a responder a las necesidades internas de la propia Iglesia en nuestro país, su actividad ha trascendido la pastoral, educativa o cultural y hoy hemos de reconocer el gran impacto que en nuestra sociedad tiene su actividad caritativa y asistencial.

Desde sus inicios, la vocación de servicio y ayuda a la sociedad española ha sido una constante a lo largo del tiempo, pero es en los momentos de crisis cuando dicha presencia se ha hecho más visible. Estos últimos años, nuestro país, dentro de un contexto de crisis económica mundial, ha sufrido grandes dificultades y la Iglesia católica, mediante el trabajo de coordinación y dirección de la Conferencia Episcopal y sus Comisiones Episcopales, ha aumentado en más de un 70% los centros sociales o asistenciales donde se hace presente una actividad asistencial que también ha aumentado en más de un 15%. De esta forma, la Iglesia sigue estando al lado de los enfermos, los excluidos, los inmigrantes y todos aquellos otros colectivos más vulnerables.

La labor de instituciones como Cáritas o Manos Unidas, los centros sanitarios; o los dedicados a la formación y cultura; los centros para promover el trabajo o para mitigar la pobreza; los de atención a inmigrantes o de rehabilitación de drogodependientes; los de tutela de la infancia o los de promoción de la mujer y las víctimas de la violencia... En definitiva, todas las organizaciones eclesiales de acción social y caritativa han conseguido que más de cuatro millones de personas que residen en nuestro país y fuera de nuestras fronteras hayan podido beneficiarse de su labor y de los proyectos que desarrollan.

Y ha sido posible gracias a la labor de sus trabajadores y de los miles de voluntarios que desinteresadamente han querido ser solidarios y acompañar a los más desfavorecidos en la lucha por superar esa difícil situación en la que se encuentran.

Los españoles debemos reconocer y agradecer a la Iglesia la intensa labor asistencial que desarrolla, el ejercicio de solidaridad que realiza y proyecta y que contri-

buye también la cohesión de una sociedad que, más allá de las creencias de individuos o grupos, ha de tender a vivir en paz procurando eliminar aquellas desigualdades que generan exclusión.

La Conferencia Episcopal, instrumento del espíritu colegial de los obispos españoles, ha defendido su independencia del poder civil y el derecho a la libertad religiosa de todos los individuos.

Y desde el diálogo con los poderes públicos ha cumplido con el principio de cooperación reconocido constitucionalmente y que se ha convertido en herramienta imprescindible para hacer real y efectivo el derecho fundamental de libertad religiosa. Un derecho que entronca directamente con el concepto de dignidad humana, piedra angular sobre la que descansan los derechos fundamentales.

Todo ello nos invita a mirar al futuro con esperanza pues nos muestra una institución que nunca ha renunciado al diálogo con una sociedad y unos poderes públicos que reconocen la riqueza del pluralismo y el papel que la Iglesia católica ha tenido en la consolidación y el reconocimiento del mismo.

Muchas gracias.

Madrid, 22 de noviembre de 2016

SUBCOMISION EPISCOPAL PARA LA FAMILIA Y LA DEFENSA DE LA VIDA

VIVIR LA ALEGRÍA DEL AMOR EN LA FAMILIA

Jornada de la Sagrada Familia
30 de diciembre de 2016

Este año el papa Francisco ha regalado a su Iglesia la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, fruto de los dos Sínodos, donde nos invita a todos los cristianos a cuidar el matrimonio y la familia. En ella, el papa nos impulsa a proponer de un modo renovado e ilusionante la vocación al matrimonio y a mostrar la belleza, verdad y bien de la realidad matrimonial y familiar como un don de Dios, como una respuesta a una vocación excelente.

La cultura de lo provisional

Nuestra cultura actual está marcada por lo provisorio: «Me refiero -dice el papa-, por ejemplo, a la velocidad con la que las personas pasan de una relación afectiva a otra. Creen que el amor, como en las redes sociales, se puede conectar o desconectar a gusto del consumidor e incluso bloquear rápidamente. Se traslada a las rela-

ciones afectivas lo que sucede con un modo de proceder con los objetos y el medio ambiente, lamentablemente demasiado extendido: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva. Después, ¡adiós!» (AL, n. 39).

También está marcada por dificultades sociales, como puede ser la falta de una vivienda digna o adecuada; por la falta de derechos de los niños¹; por la necesidad de mejorar la conciliación laboral y familiar²; por la dificultad de apreciar el don inmenso que supone toda vida humana³; por la búsqueda obsesiva de placer⁴; por la necesidad de hacer del tiempo de los esposos un tiempo de calidad para escucharse uno al otro con paciencia y atención y dialogar, hasta que el otro haya expresado todo lo que necesitaba.

La familia como horizonte de esperanza

Ahora bien, estos desafíos, lejos de constituir obstáculos insalvables, se convierten para la familia cristiana y para la Iglesia en una oportunidad nueva, de tal forma que la propia familia encuentra en ellos un estímulo para fortalecerse y crecer como comunidad de vida y amor que engendra vida y esperanza en la sociedad. El amor sponsal que crece y se desarrolla en la familia es tan fecundo que está llamado a superar sus propios confines: «El pequeño núcleo familiar no debería aislarse de la familia ampliada, donde están los padres, los tíos, los primos, e incluso los vecinos» (AL, n. 187). El amor siempre tiende a expandirse, a cuidar de aquellos que se encuentran alrededor; nos impulsa a salir de nosotros mismos para generar una cultura del encuentro, superando «el individualismo de estos tiempos que a veces lleva a encerrarse en un pequeño nido de seguridad y a sentir a los otros como un peligro molesto» (AL, n. 187). Este mismo amor sponsal sobrepasa los límites de la propia carne para acoger en el seno de la familia a quienes corren el riesgo de ser descartados o caer en las orillas de la marginación y la exclusión: «Esta familia grande debería integrar con mucho amor a las madres adolescentes, a los niños sin padres, a las mujeres solas que deben llevar adelante la educación de sus hijos, a las personas con alguna discapacidad que requieren mucho afecto y cercanía, a los jóvenes que luchan contra una adicción, a los solteros, separados o viudos que sufren la soledad, a los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos, y en su seno tienen cabida “incluso los más desastrosos en las conductas de su vida”» (AL, n. 187)

Esto nos habla de la grandeza, belleza y bondad del matrimonio y de la familia y, por tanto, de la necesidad de una adecuada formación y preparación de aquellos llamados a cuidarla, tanto de los seminaristas y sacerdotes, como de los agentes de pastoral familiar, y, ¡cómo no!, de los protagonistas de la apasionante aventura de responder generosamente a la vocación matrimonial: los novios, que deben ser acompañados durante el noviazgo, y los esposos, que deben ser acompañados, par-

ticularmente en los primeros años del matrimonio. Por desgracia, «la preparación próxima al matrimonio tiende a concentrarse en las invitaciones, la vestimenta, la fiesta y los innumerables detalles que consumen tanto el presupuesto como las energías y la alegría. Los novios llegan agobiados y agotados al casamiento, en lugar de dedicar las mejores fuerzas a prepararse como pareja para el gran paso que van a dar juntos. Esta mentalidad se refleja también en algunas uniones de hecho que nunca llegan al casamiento porque piensan en festejos demasiado costosos, en lugar de dar prioridad al amor mutuo y a su formalización ante los demás» (AL, n. 212). Ello revela la urgencia de una presentación renovada de la profundidad, centralidad e importancia decisiva del consentimiento matrimonial que da comienzo a la vida conyugal, con todos los cambios esenciales que esta nueva realidad implica.

Amor a prueba de crisis

El papa Francisco nos recuerda que la vida matrimonial y el amor conyugal necesitan tiempo disponible y gratuito, que coloque otras cosas en un segundo lugar. Hace falta tiempo para dialogar, para abrazarse sin prisa, para compartir proyectos, para escucharse, para mirarse, para valorarse, para fortalecer la relación. A veces, el problema es el ritmo frenético de la sociedad, o los tiempos que imponen los compromisos laborales. Otras veces el problema es que el tiempo que se pasa juntos no tiene calidad. Solo compartimos un espacio físico, pero sin prestarnos atención el uno al otro» (AL, n. 224).

De este modo, el amor es don y tarea y viene atravesado por momentos de crisis y dificultades, propias de todo camino humano. A este respecto, el papa afirma: «En todos los matrimonios hay crisis y es normal que aparezcan las crisis». Él habla de cuatro tipos de crisis. Habla en primer lugar de unas crisis comunes (cf. AL, n. 235), por ejemplo cuando en el matrimonio se debe aprender a compatibilizar las diferencias, salir de la casa paterna y aprender las claves de una nueva convivencia; o cuando llega el primer hijo, con sus nuevos desafíos emocionales; cuando llega la adolescencia; la crisis del nido vacío, cuando los hijos se hacen mayores y van a formar ellos una nueva familia. Son crisis comunes que hay que acompañar. En segundo lugar, se encuentran las crisis personales (cf. AL, n. 236), por ejemplo, cuando hay dificultades económicas, crisis afectivas, sociales, laborales, espirituales, crisis personales que hay que iluminar y acompañar. En tercer lugar, se describen las crisis de fragilidad y de incumplimiento de expectativas (cf. AL, n. 237), y dice el papa: «Se ha vuelto frecuente que cuando uno siente que no recibe lo que desea, o que no se cumple lo que soñaba, eso parece ser suficiente para dar fin a un matrimonio». En cuarto lugar, habla de lo que acertadamente denomina crisis de viejas heridas (cf. AL, n. 239): «Cuando alguno de los miembros de la familia no ha madurado su manera de relacionarse, porque no ha sanado heridas de alguna etapa de su vida»; «A veces las personas necesitan realizar a los cuarenta años una madurez

atrasada que debería haberse logrado al final de la adolescencia». En muchas ocasiones se trata de un amor distorsionado por el egocentrismo. Para la superación de estas crisis el acompañamiento personalizado y paciente de los esposos por parte de la Iglesia se revela como una herramienta clave que deben estar dispuestos a ofrecer con humildad, respeto y competencia quienes están llamados a desarrollar esta importante labor.

Por un verdadero ambiente familiar. Generar una cultura de la familia

El camino de la familia necesita una morada, un ambiente apropiado, un tejido de relaciones donde pueda crecer y germinar el deseo humano. No hay persona sin personas, matrimonio sin matrimonios, familia sin familias; por ello es urgente generar una cultura verdaderamente familiar. Como afirmaba san Agustín: «Quien quiera vivir, tiene en donde vivir, tiene de donde vivir. Que se acerque, que crea, forme parte de este cuerpo para ser vivificado. No recele la unión de los miembros, no sea un miembro canceroso que merezca ser cortado, ni miembro dislocado de quien se avergüencen; sea hermoso, esté adaptado, esté sano, esté unido al cuerpo, viva de Dios para Dios; trabaje ahora en la tierra para que después reine en el cielo»⁵. Por este motivo el desafío y la misión de la Iglesia hoy es ser arca de Noé, sacramento de salvación, hospital de campaña, en palabras del papa Francisco, generando espacios y tiempos nuevos, un ambiente y una cultura favorables en los que la familia pueda crecer y vivir en plenitud su vocación al amor.

La alegría del Evangelio se refleja en la alegría del amor que se vive y se aprende de modo eminente en la familia. En la exhortación *Evangelii gaudium* el papa Francisco nos exhortaba a «pedir al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! A cada uno de nosotros se dirige la exhortación paulina: “No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien” (*Rom* 12, 21). Y también: “¡No nos cansemos de hacer el bien!” (*Gál* 6, 9)» (EG, n. 101). Esta fuerza para amar nace, crece y se fortalece en la familia y es fuente de perenne alegría para el ser humano y para la realidad social en la que la familia vive como fuente que da frescura y hogar frente al desamor y a la intemperie.

Pedimos al cielo que seamos capaces de cultivar y testimoniar esta alegría que llena el mundo de esperanza y lo hace un lugar habitable según el designio amoroso (de Dios) para la humanidad entera. A santa María, causa de nuestra alegría, encomendamos a todas las familias, de modo particular a las que pasan (mayores dificultades). Con gran afecto.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA

Obispo de Bilbao. Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida

- ✠ FRANCISCO GIL HELLÍN • *Arzobispo Emérito de Burgos*
- ✠ JUAN ANTONIO REIG PLÁ • *Obispo de Alcalá de Henares*
- ✠ GERARDO MELGAR VICIOSA • *Obispo de Ciudad Real*
- ✠ JOSÉ MAZUELOS PÉREZ • *Obispo de Jerez de la Frontera*
- ✠ CARLOS MANUEL ESCRIBANO SUBÍAS • *Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño*
- ✠ JUAN ANTONIO AZNÁREZ COBO • *Obispo Auxiliar de Pamplona y Tudela*

1 «Es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida» (AL, n. 83)

2 «Muchos se han referido a la función educativa, que se ve dificultada, entre otras causas, porque los padres llegan a su casa cansados y sin ganas de conversar, en muchas familias ya ni siquiera existe el hábito de comer juntos, y crece una gran variedad de ofertas de distracción además de la adicción a la televisión» (AL, n. 50).

3 «No puedo dejar de decir que, si la familia es el santuario de la vida, el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierta en el lugar donde la vida es negada y destrozada. Es tan grande el valor de una vida humana, y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida, que es un fin en sí misma y que nunca puede ser un objeto de dominio de otro ser humano» (AL, n. 83).

4 «En el matrimonio conviene cuidar la alegría del amor. Cuando la búsqueda del placer es obsesiva, nos encierra en una sola cosa y nos incapacita para encontrar otro tipo de satisfacciones. Las alegrías más intensas de la vida brotan cuando se puede provocar la felicidad de los demás, en un anticipo del cielo» (AL, n. 126).

FRANCISCO

Cartas Apostólicas

FRANCISCO a cuantos leerán esta Carta Apostólica misericordia y paz

Misericordia et misera son las dos palabras que san Agustín usa para comentar el encuentro entre Jesús y la adúltera (cf. *Jn* 8,1-11). No podía encontrar una expresión más bella y coherente que esta para hacer comprender el misterio del amor de Dios cuando viene al encuentro del pecador: «Quedaron sólo ellos dos: la miserable y la misericordia»[1]. Cuánta piedad y justicia divina hay en este episodio. Su enseñanza viene a iluminar la conclusión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia e indica, además, el camino que estamos llamados a seguir en el futuro.

1. Esta página del Evangelio puede ser asumida, con todo derecho, como imagen de lo que hemos celebrado en el Año Santo, un tiempo rico de misericordia, que pide ser siempre *celebrada* y *vivida* en nuestras comunidades. En efecto, la misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia, que manifiesta y hace tangible la verdad profunda del Evangelio. Todo se revela en la misericordia; todo se resuelve en el amor misericordioso del Padre.

Una mujer y Jesús se encuentran. Ella, adúltera y, según la Ley, juzgada merecedora de la lapidación; él, que con su predicación y el don total de sí mismo, que lo llevará hasta la cruz, ha devuelto la ley mosaica a su genuino propósito originario. En el centro no aparece la ley y la justicia legal, sino el amor de Dios que sabe leer el corazón de cada persona, para comprender su deseo más recóndito, y que debe tener el primado sobre todo. En este relato evangélico, sin embargo, no se encuentran el pecado y el juicio en abstracto, sino una pecadora y el Salvador. Jesús ha mirado a los ojos a aquella mujer y ha leído su corazón: allí ha reconocido el deseo de ser comprendida, perdonada y liberada. La miseria del pecado ha sido revestida por la misericordia del amor. Por parte de Jesús, ningún juicio que no esté marcado por

la piedad y la compasión hacia la condición de la pecadora. A quien quería juzgarla y condenarla a muerte, Jesús responde con un silencio prolongado, que ayuda a que la voz de Dios resuene en las conciencias, tanto de la mujer como de sus acusadores. Estos dejan caer las piedras de sus manos y se van uno a uno (cf. *Jn* 8,9). Y después de ese silencio, Jesús dice: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? [...] Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (vv. 10-11). De este modo la ayuda a mirar el futuro con esperanza y a estar lista para encaminar nuevamente su vida; de ahora en adelante, si lo querrá, podrá «caminar en la caridad» (cf. *Ef* 5,2). Una vez que hemos sido revestidos de misericordia, aunque permanezca la condición de debilidad por el pecado, esta debilidad es superada por el amor que permite mirar más allá y vivir de otra manera.

2. Jesús lo había enseñado con claridad en otro momento cuando, invitado a comer por un fariseo, se le había acercado una mujer conocida por todos como pecadora (cf. *Lc* 7,36-50). Ella había ungido con perfume los pies de Jesús, los había bañado con sus lágrimas y secado con sus cabellos (cf. vv. 37-38). A la reacción escandalizada del fariseo, Jesús responde: «Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco» (v. 47).

El *perdón* es el signo más visible del amor del Padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida. No existe página del Evangelio que pueda ser sustraída a este imperativo del amor que llega hasta el perdón. Incluso en el último momento de su vida terrena, mientras estaba siendo crucificado, Jesús tiene palabras de perdón: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (*Lc* 23,34).

Nada de cuanto un pecador arrepentido coloca delante de la misericordia de Dios queda sin el abrazo de su perdón. Por este motivo, ninguno de nosotros puede poner condiciones a la misericordia; ella será siempre un acto de gratuidad del Padre celeste, un amor incondicionado e inmerecido. No podemos correr el riesgo de oponernos a la plena libertad del amor con el cual Dios entra en la vida de cada persona.

La misericordia es esta acción concreta del amor que, perdonando, transforma y cambia la vida. Así se manifiesta su misterio divino. Dios es misericordioso (cf. *Ex* 34,6), su misericordia dura por siempre (cf. *Sal* 136), de generación en generación abraza a cada persona que se confía a él y la transforma, dándole su misma vida.

3. Cuánta alegría ha brotado en el corazón de estas dos mujeres, la adúltera y la pecadora. El perdón ha hecho que se sintieran al fin más libres y felices que nunca. Las lágrimas de vergüenza y de dolor se han transformado en la sonrisa de quien se sabe amado. La misericordia suscita *alegría* porque el corazón se abre a la esperanza de una vida nueva. La alegría del perdón es difícil de expresar, pero se trasparenta en nosotros cada vez que la experimentamos. En su origen está el amor con el

cual Dios viene a nuestro encuentro, rompiendo el círculo del egoísmo que nos envuelve, para hacernos también a nosotros instrumentos de misericordia.

Qué significativas son, también para nosotros, las antiguas palabras que guiaban a los primeros cristianos: «Revístete de alegría, que encuentra siempre gracia delante de Dios y siempre le es agradable, y complácete en ella. Porque todo hombre alegre obra el bien, piensa el bien y desprecia la tristeza [...] Vivirán en Dios cuantos alejen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría»[2]. Experimentar la misericordia produce alegría. No permitamos que las aflicciones y preocupaciones nos la quiten; que permanezca bien arraigada en nuestro corazón y nos ayude a mirar siempre con serenidad la vida cotidiana.

En una cultura frecuentemente dominada por la técnica, se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes. En efecto, el futuro parece estar en manos de la incertidumbre que impide tener estabilidad. De ahí surgen a menudo sentimientos de melancolía, tristeza y aburrimiento que lentamente pueden conducir a la desesperación. Se necesitan testigos de la esperanza y de la verdadera alegría para deshacer las quimeras que prometen una felicidad fácil con paraísos artificiales. El vacío profundo de muchos puede ser colmado por la esperanza que llevamos en el corazón y por la alegría que brota de ella. Hay mucha necesidad de reconocer la alegría que se revela en el corazón que ha sido tocado por la misericordia. Hagamos nuestras, por tanto, las palabras del Apóstol: «Estad siempre alegres en el Señor» (*Flp* 4,4; cf. *1 Ts* 5,16).

4. Hemos celebrado un Año intenso, en el que la gracia de la misericordia se nos ha dado en abundancia. Como un viento impetuoso y saludable, la bondad y la misericordia se han esparcido por el mundo entero. Y delante de esta mirada amorosa de Dios, que de manera tan prolongada se ha posado sobre cada uno de nosotros, no podemos permanecer indiferentes, porque ella cambia la vida.

Sentimos la necesidad, ante todo, de dar gracias al Señor y decirle: «Has sido bueno, Señor, con tu tierra [...]. Has perdonado la culpa de tu pueblo» (*Sal* 85,2-3). Así es: Dios ha destruido nuestras culpas y ha arrojado nuestros pecados a lo fondo del mar (cf. *Mi* 7,19); no los recuerda más, se los ha echado a la espalda (cf. *Is* 38,17); como dista el oriente del ocaso, así aparta de nosotros nuestros pecados (cf. *Sal* 103,12).

En este Año Santo la Iglesia ha sabido ponerse a la escucha y ha experimentado con gran intensidad la presencia y cercanía del Padre, que mediante la obra del Espíritu Santo le ha hecho más evidente el don y el mandato de Jesús sobre el perdón. Ha sido realmente una nueva visita del Señor en medio de nosotros. Hemos percibido cómo su soplo vital se difundía por la Iglesia y, una vez más, sus palabras han indicado la misión: «Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pe-

cados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23).

5. Ahora, concluido este Jubileo, es tiempo de mirar hacia adelante y de comprender cómo seguir viviendo con fidelidad, alegría y entusiasmo, la riqueza de la misericordia divina. Nuestras comunidades continuarán con vitalidad y dinamismo la obra de la nueva evangelización en la medida en que la «conversión pastoral», que estamos llamados a vivir[3], se plasme cada día, gracias a la fuerza renovadora de la misericordia. No limitemos su acción; no hagamos entristecer al Espíritu, que siempre indica nuevos senderos para recorrer y llevar a todos el Evangelio que salva.

En primer lugar estamos llamados a *celebrar* la misericordia. Cuánta riqueza contiene la oración de la Iglesia cuando invoca a Dios como Padre misericordioso. En la liturgia, la misericordia no sólo se evoca con frecuencia, sino que se recibe y se vive. Desde el inicio hasta el final de la *celebración eucarística*, la misericordia aparece varias veces en el diálogo entre la asamblea orante y el corazón del Padre, que se alegra cada vez que puede derramar su amor misericordioso. Después de la súplica de perdón inicial, con la invocación «Señor, ten piedad», somos inmediatamente confortados: «Dios omnipotente tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna». Con esta confianza la comunidad se reúne en la presencia del Señor, especialmente en el día santo de la resurrección. Muchas oraciones «colectas» se refieren al gran don de la misericordia. En el periodo de Cuaresma, por ejemplo, oramos diciendo: «Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, qué aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados; mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas»[4]. Después nos sumergimos en la gran plegaria eucarística con el prefacio que proclama: «Porque tu amor al mundo fue tan misericordioso que no sólo nos enviaste como redentor a tu propio Hijo, sino que en todo lo quisiste semejante al hombre, menos en el pecado»[5]. Además, la plegaria eucarística cuarta es un himno a la misericordia de Dios: «Compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca». «Ten misericordia de todos nosotros»[6], es la súplica apremiante que realiza el sacerdote, para implorar la participación en la vida eterna. Después del Padrenuestro, el sacerdote prolonga la plegaria invocando la paz y la liberación del pecado gracias a la «ayuda de su misericordia». Y antes del signo de la paz, que se da como expresión de fraternidad y de amor recíproco a la luz del perdón recibido, él ora de nuevo diciendo: «No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia»[7]. Mediante estas palabras, pedimos con humilde confianza el don de la unidad y de la paz para la santa Madre Iglesia. La celebración de la misericordia divina culmina en el Sacrificio eucarístico, memorial del misterio pascual de Cristo, del que brota la salvación para cada ser humano, para la historia y para el mundo

entero. En resumen, cada momento de la celebración eucarística está referido a la misericordia de Dios.

En toda la vida sacramental la misericordia se nos da en abundancia. Es muy relevante el hecho de que la Iglesia haya querido mencionar explícitamente la misericordia en la fórmula de los dos sacramentos llamados «de sanación», es decir, la *Reconciliación* y la *Unción de los enfermos*. La fórmula de la absolución dice: «Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz»[8]; y la de la Unción reza así: «Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo»[9]. Así, en la oración de la Iglesia la referencia a la misericordia, lejos de ser solamente parenética, es altamente *performativa*, es decir que, mientras la invocamos con fe, nos viene concedida; mientras la confesamos viva y real, nos transforma verdaderamente. Este es un aspecto fundamental de nuestra fe, que debemos conservar en toda su originalidad: antes que el pecado, tenemos la revelación del amor con el que Dios ha creado el mundo y los seres humanos. El amor es el primer acto con el que Dios se da a conocer y viene a nuestro encuentro. Por tanto, abramos el corazón a la confianza de ser amados por Dios. Su amor nos precede siempre, nos acompaña y permanece junto a nosotros a pesar de nuestro pecado.

6. En este contexto, la *escucha de la Palabra de Dios* asume también un significado particular. Cada domingo, la Palabra de Dios es proclamada en la comunidad cristiana para que el día del Señor se ilumine con la luz que proviene del misterio pascual[10]. En la celebración eucarística asistimos a un verdadero diálogo entre Dios y su pueblo. En la proclamación de las lecturas bíblicas, se recorre la historia de nuestra salvación como una incesante obra de misericordia que se nos anuncia. Dios sigue hablando hoy con nosotros como sus amigos, se «entretiene» con nosotros[11], para ofrecernos su compañía y mostrarnos el sendero de la vida. Su Palabra se hace intérprete de nuestras peticiones y preocupaciones, y es también respuesta fecunda para que podamos experimentar concretamente su cercanía. Qué importante es la *homilía*, en la que «la verdad va de la mano de la belleza y del bien»[12], para que el corazón de los creyentes vibre ante la grandeza de la misericordia. Recomendando mucho la preparación de la homilía y el cuidado de la predicación. Ella será tanto más fructuosa, cuanto más haya experimentado el sacerdote en sí mismo la bondad misericordiosa del Señor. Comunicar la certeza de que Dios nos ama no es un ejercicio retórico, sino condición de credibilidad del propio sacerdocio. Vivir la misericordia es el camino seguro para que ella llegue a ser verdadero anuncio de consolación y de conversión en la vida pastoral. La homilía, como también la catequesis, ha de estar siempre sostenida por este corazón palpitante de la vida cristiana.

7. La *Biblia* es la gran historia que narra las maravillas de la misericordia de Dios. Cada una de sus páginas está impregnada del amor del Padre que desde la creación ha querido imprimir en el universo los signos de su amor. El Espíritu Santo, a través de las palabras de los profetas y de los escritos sapienciales, ha modelado la historia de Israel con el reconocimiento de la ternura y de la cercanía de Dios, a pesar de la infidelidad del pueblo. La vida de Jesús y su predicación marcan de manera decisiva la historia de la comunidad cristiana, que entiende la propia misión como respuesta al mandato de Cristo de ser instrumento permanente de su misericordia y de su perdón (cf. *Jn* 20,23). Por medio de la Sagrada Escritura, que se mantiene viva gracias a la fe de la Iglesia, el Señor continúa hablando a su Esposa y le indica los caminos a seguir, para que el Evangelio de la salvación llegue a todos. Deseo vivamente que la Palabra de Dios se celebre, se conozca y se difunda cada vez más, para que nos ayude a comprender mejor el misterio del amor que brota de esta fuente de misericordia. Lo recuerda claramente el Apóstol: «Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia» (2 *Tm* 3,16).

Sería oportuno que cada comunidad, en un domingo del Año litúrgico, renovase su compromiso en favor de la difusión, conocimiento y profundización de la Sagrada Escritura: un domingo dedicado enteramente a la Palabra de Dios para comprender la inagotable riqueza que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo. Habría que enriquecer ese momento con iniciativas creativas, que animen a los creyentes a ser instrumentos vivos de la transmisión de la Palabra. Ciertamente, entre esas iniciativas tendrá que estar la difusión más amplia de la *lectio divina*, para que, a través de la lectura orante del texto sagrado, la vida espiritual se fortalezca y crezca. La *lectio divina* sobre los temas de la misericordia permitirá comprobar cuánta riqueza hay en el texto sagrado, que leído a la luz de la entera tradición espiritual de la Iglesia, desembocará necesariamente en gestos y obras concretas de caridad[13].

8. La celebración de la misericordia tiene lugar de modo especial en el *Sacramento de la Reconciliación*. Es el momento en el que sentimos el abrazo del Padre que sale a nuestro encuentro para restituirnos de nuevo la gracia de ser sus hijos. Somos pecadores y cargamos con el peso de la contradicción entre lo que queremos hacer y lo que, en cambio, hacemos (cf. *Rm* 7,14-21); la gracia, sin embargo, nos precede siempre y adopta el rostro de la misericordia que se realiza eficazmente con la reconciliación y el perdón. Dios hace que comprendamos su inmenso amor justamente ante nuestra condición de pecadores. La gracia es más fuerte y supera cualquier posible resistencia, porque el amor todo lo puede (cf. *1 Co* 13,7).

En el Sacramento del Perdón, Dios muestra la vía de la conversión hacia él, y nos invita a experimentar de nuevo su cercanía. Es un perdón que se obtiene, ante to-

do, empezando por *vivir la caridad*. Lo recuerda también el apóstol Pedro cuando escribe que «el amor cubre la multitud de los pecados» (1 Pe 4,8). Sólo Dios perdona los pecados, pero quiere que también nosotros estemos dispuestos a perdonar a los demás, como él perdona nuestras faltas: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Mt 6,12). Qué tristeza cada vez que nos quedamos encerrados en nosotros mismos, incapaces de perdonar. Triunfa el rencor, la rabia, la venganza; la vida se vuelve infeliz y se anula el alegre compromiso por la misericordia.

9. Una experiencia de gracia que la Iglesia ha vivido con mucho fruto a lo largo del Año jubilar ha sido ciertamente el servicio de los *Misioneros de la Misericordia*. Su acción pastoral ha querido evidenciar que Dios no pone ningún límite a cuantos lo buscan con corazón contrito, porque sale al encuentro de todos, como un Padre. He recibido muchos testimonios de alegría por el renovado encuentro con el Señor en el Sacramento de la Confesión. No perdamos la oportunidad de vivir también la fe como una experiencia de reconciliación. «Reconciliaos con Dios» (2 Co 5,20), esta es la invitación que el Apóstol dirige también hoy a cada creyente, para que descubra la potencia del amor que transforma en una «criatura nueva» (2 Co 5,17).

Doy las gracias a cada Misionero de la Misericordia por este inestimable servicio de hacer fructificar la gracia del perdón. Este ministerio extraordinario, sin embargo, no cesará con la clausura de la Puerta Santa. Deseo que se prolongue todavía, hasta nueva disposición, como signo concreto de que la gracia del Jubileo siga siendo viva y eficaz, a lo largo y ancho del mundo. Será tarea del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización acompañar durante este periodo a los Misioneros de la Misericordia, como expresión directa de mi solicitud y cercanía, y encontrar las formas más coherentes para el ejercicio de este precioso ministerio.

10. A los sacerdotes renuevo la invitación a prepararse con mucho esmero para el ministerio de la Confesión, que es una verdadera misión sacerdotal. Os agradezco de corazón vuestro servicio y os pido que seáis *acogedores* con todos; *testigos* de la ternura paterna, a pesar de la gravedad del pecado; *solícitos* en ayudar a reflexionar sobre el mal cometido; *claros* a la hora de presentar los principios morales; *disponibles* para acompañar a los fieles en el camino penitencial, siguiendo el paso de cada uno con paciencia; *prudentes* en el discernimiento de cada caso concreto; *generosos* en el momento de dispensar el perdón de Dios. Así como Jesús ante la mujer adúltera optó por permanecer en silencio para salvarla de su condena a muerte, del mismo modo el sacerdote en el confesionario tenga también un corazón magnánimo, recordando que cada penitente lo remite a su propia condición personal: pecador, pero ministro de la misericordia.

11. Me gustaría que todos meditáramos las palabras del Apóstol, escritas hacia el final de su vida, en las que confiesa a Timoteo de haber sido el primero de los peca-

dores, «por esto precisamente se compadeció de mí» (1 Tm 1,16). Sus palabras tienen una fuerza arrebatadora para hacer que también nosotros reflexionemos sobre nuestra existencia y para que veamos cómo la misericordia de Dios actúa para cambiar, convertir y transformar nuestro corazón: «Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí» (1 Tm 1,12-13).

Por tanto, recordemos siempre con renovada pasión pastoral las palabras del Apóstol: «Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación» (2 Co 5,18). Con vistas a este ministerio, nosotros hemos sido los primeros en ser perdonados; hemos sido testigos en primera persona de la universalidad del perdón. No existe ley ni precepto que pueda impedir a Dios volver a abrazar al hijo que regresa a él reconociendo que se ha equivocado, pero decidido a recomenzar desde el principio. Quedarse solamente en la ley equivale a banalizar la fe y la misericordia divina. Hay un valor propedéutico en la ley (cf. Ga 3,24), cuyo fin es la caridad (cf. 1 Tm 1,5). El cristiano está llamado a vivir la novedad del Evangelio, «la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús» (Rm 8,2). Incluso en los casos más complejos, en los que se siente la tentación de hacer prevalecer una justicia que deriva sólo de las normas, se debe creer en la fuerza que brota de la gracia divina.

Nosotros, confesores, somos testigos de tantas conversiones que suceden delante de nuestros ojos. Sentimos la responsabilidad de gestos y palabras que toquen lo más profundo del corazón del penitente, para que descubra la cercanía y ternura del Padre que perdona. No arruinemos esas ocasiones con comportamientos que contradigan la experiencia de la misericordia que se busca. Ayudemos, más bien, a iluminar el ámbito de la conciencia personal con el amor infinito de Dios (cf. 1 Jn 3,20).

El Sacramento de la Reconciliación necesita volver a encontrar su puesto central en la vida cristiana; por esto se requieren sacerdotes que pongan su vida al servicio del «ministerio de la reconciliación» (2 Co 5,18), para que a nadie que se haya arrepentido sinceramente se le impida acceder al amor del Padre, que espera su retorno, y a todos se les ofrezca la posibilidad de experimentar la fuerza liberadora del perdón.

Una ocasión propicia puede ser la celebración de la iniciativa *24 horas para el Señor* en la proximidad del IV Domingo de Cuaresma, que ha encontrado un buen consenso en las diócesis y sigue siendo como una fuerte llamada pastoral para vivir intensamente el Sacramento de la Confesión.

12. En virtud de esta exigencia, para que ningún obstáculo se interponga entre la petición de reconciliación y el perdón de Dios, de ahora en adelante concedo a todos los sacerdotes, en razón de su ministerio, la facultad de absolver a quienes hayan procurado el pecado de aborto. Cuanto había concedido de modo limitado para el período jubilar[14], lo extiendo ahora en el tiempo, no obstante cualquier cosa en contrario. Quiero enfatizar con todas mis fuerzas que el aborto es un pecado grave, porque pone fin a una vida humana inocente. Con la misma fuerza, sin embargo, puedo y debo afirmar que no existe ningún pecado que la misericordia de Dios no pueda alcanzar y destruir, allí donde encuentra un corazón arrepentido que pide reconciliarse con el Padre. Por tanto, que cada sacerdote sea guía, apoyo y alivio a la hora de acompañar a los penitentes en este camino de reconciliación especial.

En el Año del Jubileo había concedido a los fieles, que por diversos motivos frecuentan las iglesias donde celebran los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X, la posibilidad de recibir válida y lícitamente la absolución sacramental de sus pecados[15]. Por el bien pastoral de estos fieles, y confiando en la buena voluntad de sus sacerdotes, para que se pueda recuperar con la ayuda de Dios, la plena comunión con la Iglesia Católica, establezco por decisión personal que esta facultad se extienda más allá del período jubilar, hasta nueva disposición, de modo que a nadie le falte el signo sacramental de la reconciliación a través del perdón de la Iglesia.

13. La misericordia tiene también el rostro de la *consolación*. «Consolad, consolad a mi pueblo» (*Is 40,1*), son las sentidas palabras que el profeta pronuncia también hoy, para que llegue una palabra de esperanza a cuantos sufren y padecen. No nos dejemos robar nunca la esperanza que proviene de la fe en el Señor resucitado. Es cierto, a menudo pasamos por duras pruebas, pero jamás debe decaer la certeza de que el Señor nos ama. Su misericordia se expresa también en la cercanía, en el afecto y en el apoyo que muchos hermanos y hermanas nos ofrecen cuando sobrevienen los días de tristeza y aflicción. Enjugar las lágrimas es una acción concreta que rompe el círculo de la soledad en el que con frecuencia terminamos encerrados.

Todos tenemos necesidad de consuelo, porque ninguno es inmune al sufrimiento, al dolor y a la incomprensión. Cuánto dolor puede causar una palabra rencorosa, fruto de la envidia, de los celos y de la rabia. Cuánto sufrimiento provoca la experiencia de la traición, de la violencia y del abandono; cuánta amargura ante la muerte de los seres queridos. Sin embargo, Dios nunca permanece distante cuando se viven estos dramas. Una palabra que da ánimo, un abrazo que te hace sentir comprendido, una caricia que hace percibir el amor, una oración que permite ser más fuerte..., son todas expresiones de la cercanía de Dios a través del consuelo ofrecido por los hermanos.

A veces también el *silencio* es de gran ayuda; porque en algunos momentos no existen palabras para responder a los interrogantes del que sufre. La falta de palabras, sin embargo, se puede suplir por la compasión del que está presente y cercano, del que ama y tiende la mano. No es cierto que el silencio sea un acto de rendición, al contrario, es un momento de fuerza y de amor. El silencio también pertenece al lenguaje de la consolación, porque se transforma en una obra concreta de solidaridad y unión con el sufrimiento del hermano.

14. En un momento particular como el nuestro, caracterizado por la crisis de la familia, entre otras, es importante que llegue una palabra de gran consuelo a nuestras familias. El don del matrimonio es una gran vocación a la que, con la gracia de Cristo, hay que corresponder con el amor generoso, fiel y paciente. La belleza de la familia permanece inmutable, a pesar de numerosas sombras y propuestas alternativas: «El gozo del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia»[16]. El sendero de la vida lleva a que un hombre y una mujer se encuentren, se amen y se prometan fidelidad por siempre delante de Dios, a menudo se interrumpe por el sufrimiento, la traición y la soledad. La alegría de los padres por el don de los hijos no es inmune a las preocupaciones con respecto a su crecimiento y formación, y para que tengan un futuro digno de ser vivido con intensidad.

La gracia del Sacramento del Matrimonio no sólo fortalece a la familia para que sea un lugar privilegiado en el que se viva la misericordia, sino que compromete a la comunidad cristiana, y con ella a toda la acción pastoral, para que se resalte el gran valor propositivo de la familia. De todas formas, este Año jubilar nos ha de ayudar a reconocer la complejidad de la realidad familiar actual. La experiencia de la misericordia nos hace capaces de mirar todas las dificultades humanas con la actitud del amor de Dios, que no se cansa de acoger y acompañar[17].

No podemos olvidar que cada uno lleva consigo el peso de la propia historia que lo distingue de cualquier otra persona. Nuestra vida, con sus alegrías y dolores, es algo único e irrepetible, que se desenvuelve bajo la mirada misericordiosa de Dios. Esto exige, sobre todo de parte del sacerdote, un discernimiento espiritual atento, profundo y prudente para que cada uno, sin excluir a nadie, sin importar la situación que viva, pueda sentirse acogido concretamente por Dios, participar activamente en la vida de la comunidad y ser admitido en ese Pueblo de Dios que, sin descanso, camina hacia la plenitud del reino de Dios, reino de justicia, de amor, de perdón y de misericordia.

15. *El momento de la muerte* reviste una importancia particular. La Iglesia siempre ha vivido este dramático tránsito a la luz de la resurrección de Jesucristo, que ha abierto el camino de la certeza en la vida futura. Tenemos un gran reto que afrontar, sobre todo en la cultura contemporánea que, a menudo, tiende a banalizar la muerte hasta el punto de esconderla o considerarla una simple ficción. La muerte

en cambio se ha de afrontar y preparar como un paso doloroso e ineludible, pero lleno de sentido: como el acto de amor extremo hacia las personas que dejamos y hacia Dios, a cuyo encuentro nos dirigimos. En todas las religiones el momento de la muerte, así como el del nacimiento, está acompañado de una presencia religiosa. Nosotros vivimos la experiencia de las *exequias* como una plegaria llena de esperanza por el alma del difunto y como una ocasión para ofrecer consuelo a cuantos sufren por la ausencia de la persona amada.

Estoy convencido de la necesidad de que, en la acción pastoral animada por la fe viva, los signos litúrgicos y nuestras oraciones sean expresión de la misericordia del Señor. Es él mismo quien nos da palabras de esperanza, porque nada ni nadie podrán jamás separarnos de su amor (cf. *Rm* 8,35). La participación del sacerdote en este momento significa un acompañamiento importante, porque ayuda a sentir la cercanía de la comunidad cristiana en los momentos de debilidad, soledad, incertidumbre y llanto.

16. Termina el Jubileo y se cierra la Puerta Santa. Pero la puerta de la misericordia de nuestro corazón permanece siempre abierta, de par en par. Hemos aprendido que Dios se inclina hacia nosotros (cf. *Os* 11,4) para que también nosotros podamos imitarlo inclinándonos hacia los hermanos. La nostalgia que muchos sienten de volver a la casa del Padre, que está esperando su regreso, está provocada también por el testimonio sincero y generoso que algunos dan de la ternura divina. La Puerta Santa que hemos atravesado en este Año jubilar nos ha situado en la *vía de la caridad*, que estamos llamados a recorrer cada día con fidelidad y alegría. El camino de la misericordia es el que nos hace encontrar a tantos hermanos y hermanas que tienden la mano esperando que alguien la aferre y poder así caminar juntos.

Querer acercarse a Jesús implica hacerse prójimo de los hermanos, porque nada es más agradable al Padre que un signo concreto de misericordia. Por su misma naturaleza, la misericordia se hace visible y tangible en una acción concreta y dinámica. Una vez que se la ha experimentado en su verdad, no se puede volver atrás: crece continuamente y transforma la vida. Es verdaderamente una nueva creación que obra un corazón nuevo, capaz de amar en plenitud, y purifica los ojos para que sepan ver las necesidades más ocultas. Qué verdaderas son las palabras con las que la Iglesia ora en la Vigilia Pascual, después de la lectura que narra la creación: «Oh Dios, que con acción maravillosa creaste al hombre y con mayor maravilla lo redimiste».[18]

La misericordia *renueva* y *redime*, porque es el encuentro de dos corazones: el de Dios, que sale al encuentro, y el del hombre. Mientras este se va encendiendo, aquel lo va sanando: el corazón de piedra es transformado en corazón de carne (cf. *Ez* 36,26), capaz de amar a pesar de su pecado. Es aquí donde se descubre que es realmente una «nueva creatura» (cf. *Ga* 6,15): soy amado, luego existo; he sido per-

donado, entonces renazco a una vida nueva; he sido «misericordiado», entonces me convierto en instrumento de misericordia.

17. Durante el Año Santo, especialmente en los «*viernes de la misericordia*», he podido darme cuenta de cuánto bien hay en el mundo. Con frecuencia no es conocido porque se realiza cotidianamente de manera discreta y silenciosa. Aunque no llega a ser noticia, existen sin embargo tantos signos concretos de bondad y ternura dirigidos a los más pequeños e indefensos, a los que están más solos y abandonados. Existen personas que encarnan realmente la caridad y que llevan continuamente la solidaridad a los más pobres e infelices. Agradecemos al Señor el don valioso de estas personas que, ante la debilidad de la humanidad herida, son como una invitación para descubrir la alegría de hacerse prójimo. Con gratitud pienso en los numerosos voluntarios que con su entrega de cada día dedican su tiempo a mostrar la presencia y cercanía de Dios. Su servicio es una genuina obra de misericordia y hace que muchas personas se acerquen a la Iglesia.

18. Es el momento de dejar paso a la fantasía de la misericordia para dar vida a tantas iniciativas nuevas, fruto de la gracia. La Iglesia necesita anunciar hoy esos «muchos otros signos» que Jesús realizó y que «no están escritos» (Jn 20,30), de modo que sean expresión elocuente de la fecundidad del amor de Cristo y de la comunidad que vive de él. Han pasado más de dos mil años y, sin embargo, las obras de misericordia siguen haciendo visible la bondad de Dios.

Todavía hay poblaciones enteras que sufren hoy el hambre y la sed, y despiertan una gran preocupación las imágenes de niños que no tienen nada para comer. Grandes masas de personas siguen emigrando de un país a otro en busca de alimento, trabajo, casa y paz. La enfermedad, en sus múltiples formas, es una causa permanente de sufrimiento que reclama socorro, ayuda y consuelo. Las cárceles son lugares en los que, con frecuencia, las condiciones de vida inhumana causan sufrimientos, en ocasiones graves, que se añaden a las penas restrictivas. El analfabetismo está todavía muy extendido, impidiendo que niños y niñas se formen, exponiéndolos a nuevas formas de esclavitud. La cultura del individualismo exasperado, sobre todo en Occidente, hace que se pierda el sentido de la solidaridad y la responsabilidad hacia los demás. Dios mismo sigue siendo hoy un desconocido para muchos; esto representa la más grande de las pobrezas y el mayor obstáculo para el reconocimiento de la dignidad inviolable de la vida humana.

Con todo, las obras de misericordia corporales y espirituales constituyen hasta nuestros días una prueba de la incidencia importante y positiva de la misericordia como *valor social*. Ella nos impulsa a ponernos manos a la obra para restituir la dignidad a millones de personas que son nuestros hermanos y hermanas, llamados a construir con nosotros una «ciudad fiable».[19]

19. En este Año Santo se han realizado muchos signos concretos de misericordia. Comunidades, familias y personas creyentes han vuelto a descubrir la alegría de compartir y la belleza de la solidaridad. Y aun así, no basta. El mundo sigue generando nuevas formas de pobreza espiritual y material que atentan contra la dignidad de las personas. Por este motivo, la Iglesia debe estar siempre atenta y dispuesta a descubrir nuevas obras de misericordia y realizarlas con generosidad y entusiasmo.

Esforcémonos entonces en concretar la caridad y, al mismo tiempo, en iluminar con inteligencia la práctica de las obras de misericordia. Esta posee un dinamismo inclusivo mediante el cual se extiende en todas las direcciones, sin límites. En este sentido, estamos llamados a darle un rostro nuevo a las obras de misericordia que conocemos de siempre. En efecto, la misericordia se excede; siempre va más allá, es fecunda. Es como la levadura que hace fermentar la masa (cf. *Mt 13,33*) y como un granito de mostaza que se convierte en un árbol (cf. *Lc 13,19*).

Pensemos solamente, a modo de ejemplo, en la obra de misericordia corporal de *vestir al desnudo* (cf. *Mt 25,36.38.43.44*). Ella nos transporta a los orígenes, al jardín del Edén, cuando Adán y Eva se dieron cuenta de que estaban desnudos y, sintiendo que el Señor se acercaba, les dio vergüenza y se escondieron (cf. *Gn 3,7-8*). Sabemos que el Señor los castigó; sin embargo, él «hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió» (*Gn 3,21*). La vergüenza quedó superada y la dignidad fue restablecida.

Miremos fijamente también a Jesús en el Gólgota. El Hijo de Dios está desnudo en la cruz; su túnica ha sido echada a suerte por los soldados y está en sus manos (cf. *Jn 19,23-24*); él ya no tiene nada. En la cruz se revela de manera extrema la solidaridad de Jesús con todos los que han perdido la dignidad porque no cuentan con lo necesario. Si la Iglesia está llamada a ser la «túnica de Cristo»[20] para revestir a su Señor, del mismo modo ha de empeñarse en ser solidaria con aquellos que han sido despojados, para que recobren la dignidad que les han sido despojada. «Estuve desnudo y me vestisteis» (*Mt 25,36*) implica, por tanto, no mirar para otro lado ante las nuevas formas de pobreza y marginación que impiden a las personas vivir dignamente.

No tener trabajo y no recibir un salario justo; no tener una casa o una tierra donde habitar; ser discriminados por la fe, la raza, la condición social...: estas, y muchas otras, son situaciones que atentan contra la dignidad de la persona, frente a las cuales la acción misericordiosa de los cristianos responde ante todo con la vigilancia y la solidaridad. Cuántas son las situaciones en las que podemos restituir la dignidad a las personas para que tengan una vida más humana. Pensemos solamente en los niños y niñas que sufren violencias de todo tipo, violencias que les roban la alegría de la vida. Sus rostros tristes y desorientados están impresos en mi

mente; piden que les ayudemos a liberarse de las esclavitudes del mundo contemporáneo. Estos niños son los jóvenes del mañana; ¿cómo los estamos preparando para vivir con dignidad y responsabilidad? ¿Con qué esperanza pueden afrontar su presente y su futuro?

El *carácter social* de la misericordia obliga a no quedarse inmóviles y a desterrar la indiferencia y la hipocresía, de modo que los planes y proyectos no queden sólo en letra muerta. Que el Espíritu Santo nos ayude a estar siempre dispuestos a contribuir de manera concreta y desinteresada, para que la justicia y una vida digna no sean sólo palabras bonitas, sino que constituyan el compromiso concreto de todo el que quiere testimoniar la presencia del reino de Dios.

20. Estamos llamados a hacer que crezca una *cultura de la misericordia*, basada en el redescubrimiento del encuentro con los demás: una cultura en la que ninguno mire al otro con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el sufrimiento de los hermanos. *Las obras de misericordia son «artesanales»*: ninguna de ellas es igual a otra; nuestras manos las pueden modelar de mil modos, y aunque sea único el Dios que las inspira y única la «materia» de la que están hechas, es decir la misericordia misma, cada una adquiere una forma diversa.

Las obras de misericordia tocan todos los aspectos de la vida de una persona. Podemos llevar a cabo una verdadera revolución cultural a partir de la simplicidad de esos gestos que saben tocar el cuerpo y el espíritu, es decir la vida de las personas. Es una tarea que la comunidad cristiana puede hacer suya, consciente de que la Palabra del Señor la llama siempre a salir de la indiferencia y del individualismo, en el que se corre el riesgo de caer para llevar una existencia cómoda y sin problemas. «A los pobres los tenéis siempre con vosotros» (Jn 12,8), dice Jesús a sus discípulos. No hay excusas que puedan justificar una falta de compromiso cuando sabemos que él se ha identificado con cada uno de ellos.

La cultura de la misericordia se va plasmando con la oración asidua, con la dócil apertura a la acción del Espíritu Santo, la familiaridad con la vida de los santos y la cercanía concreta a los pobres. Es una invitación apremiante a tener claro dónde tenemos que comprometernos necesariamente. La tentación de quedarse en la «teoría sobre la misericordia» se supera en la medida que esta se convierte en vida cotidiana de participación y colaboración. Por otra parte, no deberíamos olvidar las palabras con las que el apóstol Pablo, narrando su encuentro con Pedro, Santiago y Juan, después de su conversión, se refiere a un aspecto esencial de su misión y de toda la vida cristiana: «Nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, lo cual he procurado cumplir» (Ga 2,10). No podemos olvidarnos de los pobres: es una invitación hoy más que nunca actual, que se impone en razón de su evidencia evangélica.

21. Que la experiencia del Jubileo grabe en nosotros las palabras del apóstol Pedro: «Los que antes erais no compadecidos, ahora sois objeto de compasión» (1 P 2,10). No guardemos sólo para nosotros cuanto hemos recibido; sepamos compartirlo con los hermanos que sufren, para que sean sostenidos por la fuerza de la misericordia del Padre. Que nuestras comunidades se abran hasta llegar a todos los que viven en su territorio, para que llegue a todos, a través del testimonio de los creyentes, la caricia de Dios.

Este es el tiempo de la misericordia. Cada día de nuestra vida está marcado por la presencia de Dios, que guía nuestros pasos con el poder de la gracia que el Espíritu infunde en el corazón para plasmarlo y hacerlo capaz de amar. *Es el tiempo de la misericordia* para todos y cada uno, para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura. *Es el tiempo de la misericordia*, para que los débiles e indefensos, los que están lejos y solos sientan la presencia de hermanos y hermanas que los sostienen en sus necesidades. *Es el tiempo de la misericordia*, para que los pobres sientan la mirada de respeto y atención de aquellos que, venciendo la indiferencia, han descubierto lo que es fundamental en la vida. *Es el tiempo de la misericordia*, para que cada pecador no deje de pedir perdón y de sentir la mano del Padre que acoge y abraza siempre.

A la luz del «Jubileo de las personas socialmente excluidas», mientras en todas las catedrales y santuarios del mundo se cerraban las Puertas de la Misericordia, intuí que, como otro signo concreto de este Año Santo extraordinario, se debe celebrar en toda la Iglesia, en el XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, la *Jornada mundial de los pobres*. Será la preparación más adecuada para vivir la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el cual se ha identificado con los pequeños y los pobres, y nos juzgará a partir de las obras de misericordia (cf. Mt 25,31-46). Será una Jornada que ayudará a las comunidades y a cada bautizado a reflexionar cómo la pobreza está en el corazón del Evangelio y sobre el hecho que, mientras Lázaro esté echado a la puerta de nuestra casa (cf. Lc 16,19-21), no podrá haber justicia ni paz social. Esta Jornada constituirá también una genuina forma de nueva evangelización (cf. Mt 11,5), con la que se renueve el rostro de la Iglesia en su acción perenne de conversión pastoral, para ser testimonio de la misericordia.

22. Que los ojos misericordiosos de la Santa Madre de Dios estén siempre vueltos hacia nosotros. Ella es la primera en abrir camino y nos acompaña cuando damos testimonio del amor. La Madre de Misericordia acoge a todos bajo la protección de su manto, tal y como el arte la ha representado a menudo. Confíemos en su ayuda materna y sigamos su constante indicación de volver los ojos a Jesús, rostro radiante de la misericordia de Dios.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 20 de noviembre, Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, del Año del Señor 2016, cuarto de pontificado.

-
- [1] In Io. Ev. tract. 33,5.
- [2] Pastor de Hermas, 42, 1-4.
- [3] Cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 24 noviembre 2013, 27: AAS 105 (2013), 1031.
- [4] Misal Romano, III Domingo de Cuaresma.
- [5] *Ibíd.*, Prefacio VII dominical del Tiempo Ordinario.
- [6] *Ibíd.*, Plegaria eucarística II.
- [7] *Ibíd.*, Rito de la comunión.
- [8] Ritual de la Penitencia, n. 102.
- [9] Ritual de la Unción y de la pastoral de enfermos, n. 143.
- [10] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. Sacrosanctum Concilium, 106.
- [11] Cf. Id. Const. dogm. Dei Verbum, 2.
- [12] Exhort. ap. Evangelii gaudium, 24 noviembre 2013, 142: AAS 105 (2013), 1079.
- [13] Cf. Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. Verbum Domini, 30 septiembre 2010, 86-87: AAS 102 (2010), 757-760.
- [14] Cf. Carta con la que se concede la indulgencia con ocasión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, 1 septiembre 2015: L'Osservatore Romano ed. Española, 4 de septiembre de 2015, 3-4
- [15] Cf. *ibíd.*
- [16] Exhort. ap. postsin. Amoris laetitia, 19 marzo 2016, 1.
- [17] Cf. *ibíd.*, 291-300.
- [18] Misal Romano, Vigilia Pascual, Oración después de la Primera Lectura.
- [19] Carta. enc. Lumen fidei, 29 junio 2013, 50: AAS 105 (2013), 589.
- [20] Cf. Cipriano, La unidad de la Iglesia católica, 7.

Mensajes

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 54 JORNADA MUNDIAL
DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES**

Empujados por el Espíritu para la Misión

Queridos hermanos y hermanas

En los años anteriores, hemos tenido la oportunidad de reflexionar sobre dos aspectos de la vocación cristiana: la invitación a «salir de sí mismo», para escuchar la voz del Señor, y la importancia de la comunidad eclesial como lugar privilegiado en el que la llamada de Dios nace, se alimenta y se manifiesta

Ahora, con ocasión de la 54 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, quisiera centrarme en la *dimensión misionera de la llamada cristiana*. Quien se deja atraer por la voz de Dios y se pone en camino para seguir a Jesús, descubre enseguida, dentro de él, un deseo incontenible de llevar la Buena Noticia a los hermanos, a través de la evangelización y el servicio movido por la caridad. Todos los cristianos han sido constituidos misioneros del Evangelio. El discípulo, en efecto, no recibe el don del amor de Dios como un consuelo privado, y no está llamado a anunciarse a sí mismo, ni a velar los intereses de un negocio; simplemente ha sido tocado y transformado por la alegría de sentirse amado por Dios y no puede guardar esta experiencia solo para sí: «La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera» (Exht. Ap. [*Evangelium gaudium*](#), 21).

Por eso, el compromiso misionero no es algo que se añade a la vida cristiana, como si fuese un adorno, sino que, por el contrario, está en el corazón mismo de la fe: la relación con el Señor implica ser enviado al mundo como profeta de su palabra y testigo de su amor.

Aunque experimentemos en nosotros muchas fragilidades y tal vez podamos sentirnos desanimados, debemos alzar la cabeza a Dios, sin dejarnos aplastar por la sensación de incapacidad o ceder al pesimismo, que nos convierte en espectadores pasivos de una vida cansada y rutinaria. No hay lugar para el temor: es Dios mismo el que viene a purificar nuestros «labios impuros», haciéndonos idóneos para la misión: «Ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado. Entonces escuché la voz del Señor, que decía: “¿A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?”. Contesté: “Aquí estoy, mándame”» (*Is 6,7-8*).

Todo discípulo misionero siente en su corazón esta voz divina que lo invita a «pasar» en medio de la gente, como Jesús, «curando y haciendo el bien» a todos (cf. *Hch* 10,38). En efecto, como ya he recordado en otras ocasiones, todo cristiano, en virtud de su Bautismo, es un «cristóforo», es decir, «portador de Cristo» para los hermanos (cf. [Catequesis](#), 30 enero 2016). Esto vale especialmente para los que han sido llamados a una vida de especial consagración y también para los sacerdotes, que con generosidad han respondido «aquí estoy, mándame». Con renovado entusiasmo misionero, están llamados a salir de los recintos sacros del templo, para dejar que la ternura de Dios se desborde en favor de los hombres (cf. [Homilía durante la Santa Misa Crismal](#), 24 marzo 2016). La Iglesia tiene necesidad de sacerdotes así: confiados y serenos por haber descubierto el verdadero tesoro, ansiosos de ir a darlo a conocer con alegría a todos (cf. *Mt* 13,44).

Ciertamente, son muchas las preguntas que se plantean cuando hablamos de la misión cristiana: *¿Qué significa ser misionero del Evangelio? ¿Quién nos da la fuerza y el valor para anunciar? ¿Cuál es la lógica evangélica que inspira la misión?* A estos interrogantes podemos responder contemplando *tres escenas evangélicas*: el comienzo de la misión de Jesús en la sinagoga de Nazaret (cf. *Lc* 4,16-30), el camino que él hace, ya resucitado, junto a los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24,13-35), y por último la parábola de la semilla (cf. *Mc* 4,26-27).

Jesús es ungido por el Espíritu y enviado. Ser discípulo misionero significa participar activamente en la misión de Cristo, que Jesús mismo ha descrito en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (*Lc* 4,18). Esta es también nuestra misión: ser *ungidos* por el Espíritu e *ir hacia los hermanos* para anunciar la Palabra, siendo para ellos un instrumento de salvación.

Jesús camina con nosotros. Ante los interrogantes que brotan del corazón del hombre y ante los retos que plantea la realidad, podemos sentir una sensación de extravío y percibir que nos faltan energías y esperanza. Existe el peligro de que veamos la misión cristiana como una mera utopía irrealizable o, en cualquier caso, como una realidad que supera nuestras fuerzas. Pero si contemplamos a Jesús Resucitado, que camina junto a los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24,13-15), nuestra confianza puede reavivarse; en esta escena evangélica tenemos una auténtica y propia «liturgia del camino», que precede a la de la Palabra y a la del Pan partido y nos comunica que, en cada uno de nuestros pasos, Jesús está a nuestro lado. Los dos discípulos, golpeados por el escándalo de la Cruz, están volviendo a su casa recorriendo la vía de la derrota: llevan en el corazón una esperanza rota y un sueño que no se ha realizado. En ellos la alegría del Evangelio ha dejado espacio a la tristeza.

¿Qué hace Jesús? No los juzga, camina con ellos y, en vez de levantar un muro, abre una nueva brecha. Lentamente comienza a transformar su desánimo, hace que arda su corazón y les abre sus ojos, anunciándoles la Palabra y partiendo el Pan. Del mismo modo, el cristiano no lleva adelante él solo la tarea de la misión, sino que experimenta, también en las fatigas y en las incomprendiones, «que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera» (Exhort. ap. [*Evangelii gaudium*](#), 266).

Jesús hace germinar la semilla. Por último, es importante aprender del Evangelio el estilo del anuncio. Muchas veces sucede que, también con la mejor intención, se acabe cediendo a un cierto afán de poder, al proselitismo o al fanatismo intolerante. Sin embargo, el Evangelio nos invita a rechazar la idolatría del éxito y del poder, la preocupación excesiva por las estructuras, y una cierta ansia que responde más a un espíritu de conquista que de servicio. La semilla del Reino, aunque pequeña, invisible y tal vez insignificante, crece silenciosamente gracias a la obra incesante de Dios: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo» (*Mc 4,26-27*). Esta es nuestra principal confianza: Dios supera nuestras expectativas y nos sorprende con su generosidad, haciendo germinar los frutos de nuestro trabajo más allá de lo que se puede esperar de la eficiencia humana.

Con esta confianza evangélica, nos abrimos a la acción silenciosa del Espíritu, que es el fundamento de la misión. Nunca podrá haber pastoral vocacional, ni misión cristiana, sin la oración asidua y contemplativa. En este sentido, es necesario alimentar la vida cristiana con la escucha de la Palabra de Dios y, sobre todo, cuidar la relación personal con el Señor en la adoración eucarística, «lugar» privilegiado del encuentro con Dios.

Animo con fuerza a vivir esta profunda amistad con el Señor, sobre todo para implorar de Dios nuevas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. El Pueblo de Dios necesita ser guiado por pastores que gasten su vida al servicio del Evangelio. Por eso, pido a las comunidades parroquiales, a las asociaciones y a los numerosos grupos de oración presentes en la Iglesia que, frente a la tentación del desánimo, sigan pidiendo al Señor que mande obreros a su mies y nos dé sacerdotes enamorados del Evangelio, que sepan hacerse prójimos de los hermanos y ser, así, signo vivo del amor misericordioso de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, también hoy podemos volver a encontrar el ardor del anuncio y proponer, sobre todo a los jóvenes, el seguimiento de Cristo. Ante la sensación generalizada de una fe cansada o reducida a meros «deberes que cumplir», nuestros jóvenes tienen el deseo de descubrir el atractivo, siempre actual, de la figura de Jesús, de dejarse interrogar y provocar por sus palabras y por sus gestos

y, finalmente, de soñar, gracias a él, con una vida plenamente humana, dichosa de gastarse amando.

María Santísima, Madre de nuestro Salvador, tuvo la audacia de abrazar este sueño de Dios, poniendo su juventud y su entusiasmo en sus manos. Que su intercesión nos obtenga su misma apertura de corazón, la disponibilidad para decir nuestro «aquí estoy» a la llamada del Señor y la alegría de ponernos en camino, como ella (cf. *Lc 1,39*), para anunciarlo al mundo entero.

Vaticano, 27 de noviembre de 2016

Primer Domingo de Adviento

Francisco

***MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO
NAVIDAD 2016***

*Balcón central de la Basílica Vaticana
Domingo 25 de diciembre de 2016*

Queridos hermanos y hermanas, feliz Navidad.

Hoy la Iglesia revive el asombro de la Virgen María, de san José y de los pastores de Belén, contemplando al Niño que ha nacido y que está acostado en el pesebre: Jesús, el Salvador.

En este día lleno de luz, resuena el anuncio del Profeta:

«Un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado:
lleva a hombros el principado, y es su nombre:
Maravilla del Consejero,
Dios guerrero,
Padre perpetuo,
Príncipe de la paz» (*Is 9, 5*).

El poder de un Niño, Hijo de Dios y de María, no es el poder de este mundo, basado en la fuerza y en la riqueza, es el poder del amor. Es el poder que creó el cielo y la tierra, que da vida a cada criatura: a los minerales, a las plantas, a los animales; es la fuerza que atrae al hombre y a la mujer, y hace de ellos una sola car-

ne, una sola existencia; es el poder que regenera la vida, que perdona las culpas, reconcilia a los enemigos, transforma el mal en bien. Es el poder de Dios. Este poder del amor ha llevado a Jesucristo a despojarse de su gloria y a hacerse hombre; y lo conducirá a dar la vida en la cruz y a resucitar de entre los muertos. Es el poder del servicio, que instauro en el mundo el reino de Dios, reino de justicia y de paz.

Por esto el nacimiento de Jesús está acompañado por el canto de los ángeles que anuncian:

«Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que Dios ama» (*Lc 2,14*).

Hoy este anuncio recorre toda la tierra y quiere llegar a todos los pueblos, especialmente los golpeados por la guerra y por conflictos violentos, y que sienten fuertemente el deseo de la paz.

Paz a los hombres y a las mujeres de la martirizada Siria, donde demasiada sangre ha sido derramada. Sobre todo en la ciudad de Alepo, escenario, en las últimas semanas, de una de las batallas más atroces, es muy urgente que, respetando el derecho humanitario, se garanticen asistencia y consolación a la extenuada población civil, que se encuentra todavía en una situación desesperada y de gran sufrimiento y miseria. Es hora de que las armas callen definitivamente y la comunidad internacional se comprometa activamente para que se logre una solución negociable y se restablezca la convivencia civil en el País.

Paz para las mujeres y para los hombres de la amada Tierra Santa, elegida y predilecta por Dios. Que los Israelís y los Palestinos tengan la valentía y la determinación de escribir una nueva página de la historia, en la que el odio y la venganza cedan el lugar a la voluntad de construir conjuntamente un futuro de recíproca comprensión y armonía. Que puedan recobrar unidad y concordia Irak, Libia, Yemen, donde las poblaciones sufren la guerra y brutales acciones terroristas.

Paz a los hombres y mujeres en las diferentes regiones de África, particularmente en Nigeria, donde el terrorismo fundamentalista explota también a los niños para perpetrar el horror y la muerte. Paz en Sudán del Sur y en la República Democrática del Congo, para que se curen las divisiones y para que todas las personas de buena voluntad se esfuercen para iniciar nuevos caminos de desarrollo y de compartir, prefiriendo la cultura del diálogo a la lógica del enfrentamiento.

Paz a las mujeres y hombres que todavía padecen las consecuencias del conflicto en Ucrania oriental, donde es urgente una voluntad común para llevar alivio a la población y poner en práctica los compromisos asumidos.

Pedimos concordia para el querido pueblo colombiano, que desea cumplir un nuevo y valiente camino de diálogo y de reconciliación. Dicha valentía anime también la amada Venezuela para dar los pasos necesarios con vistas a poner fin a las tensiones actuales y a edificar conjuntamente un futuro de esperanza para la población entera.

Paz a todos los que, en varias zonas, están afrontando sufrimiento a causa de peligros constantes e injusticias persistentes. Que Myanmar pueda consolidar los esfuerzos para favorecer la convivencia pacífica y, con la ayuda de la comunidad internacional, pueda dar la necesaria protección y asistencia humanitaria a los que tienen necesidad extrema y urgente. Que pueda la península coreana ver superadas las tensiones que la atraviesan en un renovado espíritu de colaboración.

Paz a quien ha sido herido o ha perdido a un ser querido debido a viles actos de terrorismo que han sembrado miedo y muerte en el corazón de tantos países y ciudades. Paz —no de palabra, sino eficaz y concreta— a nuestros hermanos y hermanas que están abandonados y excluidos, a los que sufren hambre y los que son víctimas de violencia. Paz a los prófugos, a los emigrantes y refugiados, a los que hoy son objeto de la trata de personas. Paz a los pueblos que sufren por las ambiciones económicas de unos pocos y la avaricia voraz del dios dinero que lleva a la esclavitud. Paz a los que están marcados por el malestar social y económico, y a los que sufren las consecuencias de los terremotos u otras catástrofes naturales.

Y paz a los niños, en este día especial en el que Dios se hace niño, sobre todo a los privados de la alegría de la infancia a causa del hambre, de las guerras y del egoísmo de los adultos.

Paz sobre la tierra a todos los hombres de buena voluntad, que cada día trabajan, con discreción y paciencia, en la familia y en la sociedad para construir un mundo más humano y más justo, sostenidos por la convicción de que sólo con la paz es posible un futuro más próspero para todos.

Queridos hermanos y hermanas:

«Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado»: es el «Príncipe de la paz». Acojámoslo.

MENSAJE DEL SANTO PADRE
FRANCISCO
PARA LA CELEBRACIÓN DE LA
50 JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ
1 DE ENERO DE 2017

«*La no violencia: un estilo de política para la paz*»

1. Al comienzo de este nuevo año formulo mis más sinceros deseos de paz para los pueblos y para las naciones del mundo, para los Jefes de Estado y de Gobierno, así como para los responsables de las comunidades religiosas y de los diversos sectores de la sociedad civil. Deseo la paz a cada hombre, mujer, niño y niña, a la vez que rezo para que la imagen y semejanza de Dios en cada persona nos permita reconocernos unos a otros como dones sagrados dotados de una inmensa dignidad. Especialmente en las situaciones de conflicto, respetemos su «dignidad más profunda»[1] y hagamos de la no violencia activa nuestro estilo de vida.

Este es el Mensaje para la 50 Jornada Mundial de la Paz. En el primero, el beato Papa Pablo VI se dirigió, no sólo a los católicos sino a todos los pueblos, con palabras inequívocas: «Ha aparecido finalmente con mucha claridad que la paz es la línea única y verdadera del progreso humano (no las tensiones de nacionalismos ambiciosos, ni las conquistas violentas, ni las represiones portadoras de un falso orden civil)». Advirtió del «peligro de creer que las controversias internacionales no se pueden resolver por los caminos de la razón, es decir de las negociaciones fundadas en el derecho, la justicia, la equidad, sino sólo por los de las fuerzas espantosas y mortíferas». Por el contrario, citando *Pacem in terris* de su predecesor san Juan XXIII, exaltaba «el sentido y el amor de la paz fundada sobre la verdad, sobre la justicia, sobre la libertad, sobre el amor»[2]. Impresiona la actualidad de estas palabras, que hoy son igualmente importantes y urgentes como hace cincuenta años.

En esta ocasión deseo reflexionar sobre la *no violencia* como un estilo de política para la paz, y pido a Dios que se conformen a la no violencia nuestros sentimientos y valores personales más profundos. Que la caridad y la no violencia guíen el modo de tratarnos en las relaciones interpersonales, sociales e internacionales. Cuando las víctimas de la violencia vencen la tentación de la venganza, se convierten en los protagonistas más creíbles en los procesos no violentos de construcción de la paz. Que la no violencia se transforme, desde el nivel local y cotidiano hasta el orden mundial, en el estilo característico de nuestras decisiones, de nuestras relaciones, de nuestras acciones y de la política en todas sus formas.

Un mundo fragmentado

2. El siglo pasado fue devastado por dos horribles guerras mundiales, conoció la amenaza de la guerra nuclear y un gran número de nuevos conflictos, pero hoy lamentablemente estamos ante una terrible guerra mundial por partes. No es fácil saber si el mundo actualmente es más o menos violento de lo que fue en el pasado, ni si los modernos medios de comunicación y la movilidad que caracteriza nuestra época nos hace más conscientes de la violencia o más habituados a ella.

En cualquier caso, esta violencia que se comete «por partes», en modos y niveles diversos, provoca un enorme sufrimiento que conocemos bien: guerras en diferentes países y continentes; terrorismo, criminalidad y ataques armados impredecibles; abusos contra los emigrantes y las víctimas de la trata; devastación del medio ambiente. ¿Con qué fin? La violencia, ¿permite alcanzar objetivos de valor duradero? Todo lo que obtiene, ¿no se reduce a desencadenar represalias y espirales de conflicto letales que benefician sólo a algunos «señores de la guerra»?

La violencia no es la solución para nuestro mundo fragmentado. Responder con violencia a la violencia lleva, en el mejor de los casos, a la emigración forzada y a un enorme sufrimiento, ya que las grandes cantidades de recursos que se destinan a fines militares son sustraídas de las necesidades cotidianas de los jóvenes, de las familias en dificultad, de los ancianos, de los enfermos, de la gran mayoría de los habitantes del mundo. En el peor de los casos, lleva a la muerte física y espiritual de muchos, si no es de todos.

La Buena Noticia

3. También Jesús vivió en tiempos de violencia. Él enseñó que el verdadero campo de batalla, en el que se enfrentan la violencia y la paz, es el corazón humano: «Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos» (Mc 7,21). Pero el mensaje de Cristo, ante esta realidad, ofrece una respuesta radicalmente positiva: él predicó incansablemente el amor incondicional de Dios que acoge y perdona, y enseñó a sus discípulos a amar a los enemigos (cf. Mt 5,44) y a poner la otra mejilla (cf. Mt 5,39). Cuando impidió que la adúltera fuera lapidada por sus acusadores (cf. Jn 8,1-11) y cuando, la noche antes de morir, dijo a Pedro que envainara la espada (cf. Mt 26,52), Jesús trazó el camino de la no violencia, que siguió hasta el final, hasta la cruz, mediante la cual construyó la paz y destruyó la enemistad (cf. Ef 2,14-16). Por esto, quien acoge la Buena Noticia de Jesús reconoce su propia violencia y se deja curar por la misericordia de Dios, convirtiéndose a su vez en instrumento de reconciliación, según la exhortación de san Francisco de Asís: «Que la paz que anunciáis de palabra la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones»[3].

Ser hoy verdaderos discípulos de Jesús significa también aceptar su propuesta de la no violencia. Esta —como ha afirmado mi predecesor Benedicto XVI— «es realista, porque tiene en cuenta que en el mundo hay *demasiada* violencia, *demasiada* injusticia y, por tanto, sólo se puede superar esta situación contraponiendo un *plus* de amor, un *plus* de bondad. Este “*plus*” viene de Dios»[4]. Y añadía con fuerza: «para los cristianos la no violencia no es un mero comportamiento táctico, sino más bien un modo de ser de la persona, la actitud de quien *está tan convencido del amor de Dios y de su poder*, que no tiene miedo de afrontar el mal únicamente con las armas del amor y de la verdad. El amor a los enemigos constituye el núcleo de la “revolución cristiana”»[5]. Precisamente, el evangelio del *amad a vuestros enemigos* (cf. *Lc 6,27*) es considerado como «la *charta magna* de la no violencia cristiana», que no se debe entender como un «rendirse ante el mal [...], sino en responder al mal con el bien (cf. *Rm 12,17-21*), rompiendo de este modo la cadena de la injusticia»[6].

Más fuerte que la violencia

4. Muchas veces la no violencia se entiende como rendición, desinterés y pasividad, pero en realidad no es así. Cuando la Madre Teresa recibió el premio Nobel de la Paz, en 1979, declaró claramente su mensaje de la no violencia activa: «En nuestras familias no tenemos necesidad de bombas y armas, de destruir para traer la paz, sino de vivir unidos, amándonos unos a otros [...]. Y entonces seremos capaces de superar todo el mal que hay en el mundo»[7]. Porque la fuerza de las armas es engañosa. «Mientras los traficantes de armas hacen su trabajo, hay pobres constructores de paz que dan la vida sólo por ayudar a una persona, a otra, a otra»; para estos constructores de la paz, Madre Teresa es «un símbolo, un icono de nuestros tiempos»[8]. En el pasado mes de septiembre tuve la gran alegría de proclamarla santa. He elogiado su disponibilidad hacia todos por medio de «la acogida y la defensa de la vida humana, tanto de la no nacida como de la abandonada y descartada [...]. Se ha inclinado sobre las personas desfallecidas, que mueren abandonadas al borde de las calles, reconociendo la dignidad que Dios les había dado; ha hecho sentir su voz a los poderosos de la tierra, para que reconocieran sus culpas ante los crímenes —¡ante los crímenes!— de la pobreza creada por ellos mismos»[9]. Como respuesta —y en esto representa a miles, más aún, a millones de personas—, su misión es salir al encuentro de las víctimas con generosidad y dedicación, tocando y vendando los cuerpos heridos, curando las vidas rotas.

La no violencia practicada con decisión y coherencia ha producido resultados impresionantes. No se olvidarán nunca los éxitos obtenidos por Mahatma Gandhi y Khan Abdul Ghaffar Khan en la liberación de la India, y de Martin Luther King Jr. contra la discriminación racial. En especial, las mujeres son frecuentemente líderes de la no violencia, como, por ejemplo, Leymah Gbowee y miles de mujeres liberia-

nas, que han organizado encuentros de oración y protesta no violenta (*pray-ins*), obteniendo negociaciones de alto nivel para la conclusión de la segunda guerra civil en Liberia.

No podemos olvidar el decenio crucial que se concluyó con la caída de los regímenes comunistas en Europa. Las comunidades cristianas han contribuido con su oración insistente y su acción valiente. Ha tenido una influencia especial el ministerio y el magisterio de san Juan Pablo II. En la encíclica *Centesimus annus* (1991), mi predecesor, reflexionando sobre los sucesos de 1989, puso en evidencia que un cambio crucial en la vida de los pueblos, de las naciones y de los estados se realiza «a través de una lucha pacífica, que emplea solamente las armas de la verdad y de la justicia»[10]. Este itinerario de transición política hacia la paz ha sido posible, en parte, «por el compromiso no violento de hombres que, resistiéndose siempre a ceder al poder de la fuerza, han sabido encontrar, una y otra vez, formas eficaces para dar testimonio de la verdad». Y concluía: «Ojalá los hombres aprendan a luchar por la justicia sin violencia, renunciando a la lucha de clases en las controversias internas, así como a la guerra en las internacionales»[11].

La Iglesia se ha comprometido en el desarrollo de estrategias no violentas para la promoción de la paz en muchos países, implicando incluso a los actores más violentos en un mayor esfuerzo para construir una paz justa y duradera.

Este compromiso en favor de las víctimas de la injusticia y de la violencia no es un patrimonio exclusivo de la Iglesia Católica, sino que es propio de muchas tradiciones religiosas, para las que «la compasión y la no violencia son esenciales e indican el camino de la vida»[12]. Lo reafirmo con fuerza: «Ninguna religión es terrorista»[13]. La violencia es una profanación del nombre de Dios[14]. No nos cansemos nunca de repetirlo: «Nunca se puede usar el nombre de Dios para justificar la violencia. Sólo la paz es santa. Sólo la paz es santa, no la guerra»[15].

La raíz doméstica de una política no violenta

5. Si el origen del que brota la violencia está en el corazón de los hombres, entonces es fundamental recorrer el sendero de la no violencia en primer lugar en el seno de la familia. Es parte de aquella alegría que presenté, en marzo pasado, en la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, como conclusión de los dos años de reflexión de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia. La familia es el espacio indispensable en el que los cónyuges, padres e hijos, hermanos y hermanas aprenden a comunicarse y a cuidarse unos a otros de modo desinteresado, y donde los desacuerdos o incluso los conflictos deben ser superados no con la fuerza, sino con el diálogo, el respeto, la búsqueda del bien del otro, la misericordia y el perdón[16]. Desde el seno de la familia, la alegría se propaga al mundo y se irradia a toda la sociedad[17]. Por otra parte, una ética de fraternidad y de coexistencia pacífica entre las

personas y entre los pueblos no puede basarse sobre la lógica del miedo, de la violencia y de la cerrazón, sino sobre la responsabilidad, el respeto y el diálogo sincero. En este sentido, hago un llamamiento a favor del desarme, como también de la prohibición y abolición de las armas nucleares: la disuasión nuclear y la amenaza cierta de la destrucción recíproca, no pueden servir de base a este tipo de ética[18]. Con la misma urgencia suplico que se detenga la violencia doméstica y los abusos a mujeres y niños.

El Jubileo de la Misericordia, concluido el pasado mes de noviembre, nos ha invitado a mirar dentro de nuestro corazón y a dejar que entre en él la misericordia de Dios. El año jubilar nos ha hecho tomar conciencia del gran número y variedad de personas y de grupos sociales que son tratados con indiferencia, que son víctimas de injusticia y sufren violencia. Ellos forman parte de nuestra «familia», son nuestros hermanos y hermanas. Por esto, las políticas de no violencia deben comenzar dentro de los muros de casa para después extenderse a toda la familia humana. «El ejemplo de santa Teresa de Lisieux nos invita a la práctica del pequeño camino del amor, a no perder la oportunidad de una palabra amable, de una sonrisa, de cualquier pequeño gesto que siembre paz y amistad. Una ecología integral también está hecha de simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo»[19].

Mi llamamiento

6. La construcción de la paz mediante la no violencia activa es un elemento necesario y coherente del continuo esfuerzo de la Iglesia para limitar el uso de la fuerza por medio de las normas morales, a través de su participación en las instituciones internacionales y gracias también a la aportación competente de tantos cristianos en la elaboración de normativas a todos los niveles. Jesús mismo nos ofrece un «manual» de esta estrategia de construcción de la paz en el así llamado Discurso de la montaña. Las ocho bienaventuranzas (cf. *Mt* 5,3-10) trazan el perfil de la persona que podemos definir bienaventurada, buena y auténtica. Bienaventurados los mansos —dice Jesús—, los misericordiosos, los que trabajan por la paz, y los puros de corazón, los que tienen hambre y sed de la justicia.

Esto es también un programa y un desafío para los líderes políticos y religiosos, para los responsables de las instituciones internacionales y los dirigentes de las empresas y de los medios de comunicación de todo el mundo: aplicar las bienaventuranzas en el desempeño de sus propias responsabilidades. Es el desafío de construir la sociedad, la comunidad o la empresa, de la que son responsables, con el estilo de los trabajadores por la paz; de dar muestras de misericordia, rechazando descartar a las personas, dañar el ambiente y querer vencer a cualquier precio. Esto exige estar dispuestos a «aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso»[20]. Trabajar de este modo significa elegir la solidaridad

como estilo para realizar la historia y construir la amistad social. La no violencia activa es una manera de mostrar verdaderamente cómo, de verdad, la unidad es más importante y fecunda que el conflicto. Todo en el mundo está íntimamente interconectado[21]. Puede suceder que las diferencias generen choques: afrontémoslos de forma constructiva y no violenta, de manera que «las tensiones y los opuestos [puedan] alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida», conservando «las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna»[22].

La Iglesia Católica acompañará todo tentativo de construcción de la paz también con la no violencia activa y creativa. El 1 de enero de 2017 comenzará su andadura el nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, que ayudará a la Iglesia a promover, con creciente eficacia, «los inconmensurables bienes de la justicia, la paz y la protección de la creación» y de la solicitud hacia los emigrantes, «los necesitados, los enfermos y los excluidos, los marginados y las víctimas de los conflictos armados y de las catástrofes naturales, los encarcelados, los desempleados y las víctimas de cualquier forma de esclavitud y de tortura»[23].

En conclusión

7. Como es tradición, firmo este Mensaje el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. María es Reina de la Paz. En el Nacimiento de su Hijo, los ángeles glorificaban a Dios deseando paz en la tierra a los hombres y mujeres de buena voluntad (cf. *Lc* 2,14). Pidamos a la Virgen que sea ella quien nos guíe.

«Todos deseamos la paz; muchas personas la construyen cada día con pequeños gestos; muchos sufren y soportan pacientemente la fatiga de intentar edificarla»[24]. En el 2017, comprometámonos con nuestra oración y acción a ser personas que aparten de su corazón, de sus palabras y de sus gestos la violencia, y a construir comunidades no violentas, que cuiden de la casa común. «Nada es imposible si nos dirigimos a Dios con nuestra oración. Todos podemos ser artesanos de la paz»[25].

Vaticano, 8 de diciembre de 2016

Francisco

[1] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 228.

[2] *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* 1968.

[3] «Leyenda de los tres compañeros»: *Fonti Francescane*, n. 1469.

[4] *Angelus* (18 febrero 2007).

[5] *Ibíd.*

[6] *Ibíd.*

[7] *Discurso al recibir el Premio Nobel de la Paz* (11 diciembre 1979).

[8] *Homilía en Santa Marta*, «El camino de la paz» (19 noviembre 2015).

[9] *Homilía en la canonización de la beata Madre Teresa de Calcuta* (4 septiembre 2016).

[10] N. 23.

[11] *Ibíd.*

[12] *Discurso*, Audiencia interreligiosa (3 noviembre 2016).

[13] *Discurso* a los participantes al tercer Encuentro Mundial de los Movimientos Populares (5 noviembre 2016).

[14] Cf. *Discurso* en el Encuentro interreligioso con el Jeque de los musulmanes del Cáucaso y con representantes de las demás comunidades religiosas del país, Bakú (2 octubre 2016).

[15] *Discurso*, Asís (20 septiembre 2016).

[16] Cf. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 90-130.

[17] *Ibíd.*, 133.194.234.

[18] Cf. *Mensaje con ocasión de la Conferencia sobre el impacto humanitario de las armas atómicas* (7 diciembre 2014).

[19] Carta Enc. *Laudato si'*, 230.

[20] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 227.

[21] Cf. Carta Enc. *Laudato si'*, 16.117.138.

[22] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 228.

[23] *Carta apostólica en forma de «Motu Proprio» con la que se instituye el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral* (17 agosto 2016).

[24] *Regina Coeli*, Belén (25 mayo 2014).

[25] *Llamamiento*, Asís (20 septiembre 2016).

Cartas

CARTA DEL PAPA FRANCISCO A LOS OBISPOS DE TODO EL MUNDO SOBRE LOS NIÑOS CON OCASIÓN DE LA FESTIVIDAD DE LOS SANTOS NIÑOS INOCENTES

Querido hermano:

Hoy, día de los Santos Inocentes, mientras continúan resonando en nuestros corazones las palabras del ángel a los pastores: «Os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador» (Lc 2,10-11), siento la necesidad de escribirte. Nos hace bien escuchar una y otra vez

este anuncio; volver a escuchar que Dios está en medio de nuestro pueblo. Esta certeza que renovamos año a año es fuente de nuestra alegría y esperanza.

Durante estos días podemos experimentar cómo la liturgia nos toma de la mano y nos conduce al corazón de la Navidad, nos introduce en el Misterio y nos lleva paulatinamente a la fuente de la alegría cristiana.

Como pastores hemos sido llamados para ayudar a hacer crecer esta alegría en medio de nuestro pueblo. Se nos pide cuidar esta alegría. Quiero renovar contigo la invitación a no dejarnos robar esta alegría, ya que muchas veces desilusionados –y no sin razones– con la realidad, con la Iglesia, o inclusive desilusionados de nosotros mismos, sentimos la tentación de apegarnos a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera de los corazones (cf. Exhorta. Ap. *Evangelii gaudium*, 83).

La Navidad, mal que nos pese, viene acompañada también del llanto. Los evangelistas no se permitieron disfrazar la realidad para hacerla más creíble o apetecible. No se permitieron realizar un discurso «bonito» pero irreal. Para ellos la Navidad no era refugio fantasioso en el que esconderse frente a los desafíos e injusticias de su tiempo. Al contrario, nos anuncian el nacimiento del Hijo de Dios también envuelto en una tragedia de dolor. Citando al profeta Jeremías, el evangelista Mateo lo presenta con gran crudeza: «En Ramá se oyó una voz, hubo lágrimas y gemidos: es Raquel, que llora a sus hijos» (2,18). Es el gemido de dolor de las madres que lloran las muertes de sus hijos inocentes frente a la tiranía y ansia de poder desenfrenada de Herodes.

Un gemido que hoy también podemos seguir escuchando, que nos llega al alma y que no podemos ni queremos ignorar ni callar. Hoy en nuestros pueblos, lamentablemente –y lo escribo con profundo dolor–, se sigue escuchando el gemido y el llanto de tantas madres, de tantas familias, por la muerte de sus hijos, de sus hijos inocentes.

Contemplar el pesebre es también contemplar este llanto, es también aprender a escuchar lo que acontece a su alrededor y tener un corazón sensible y abierto al dolor del prójimo, más especialmente cuando se trata de niños, y también es tener la capacidad de asumir que hoy se sigue escribiendo ese triste capítulo de la historia. Contemplar el pesebre aislándolo de la vida que lo circunda sería hacer de la Navidad una linda fabula que nos generaría buenos sentimientos pero nos privaría de la fuerza creadora de la Buena Noticia que el Verbo Encarnado nos quiere regalar. Y la tentación existe.

¿Será que la alegría cristiana se puede vivir de espaldas a estas realidades? ¿Será que la alegría cristiana puede realizarse ignorando el gemido del hermano, de los niños?

San José fue el primer invitado a custodiar la alegría de la Salvación. Frente a los crímenes atroces que estaban sucediendo, san José –testimonio del hombre obediente y fiel– fue capaz de escuchar la voz de Dios y la misión que el Padre le encomendaba. Y porque supo escuchar la voz de Dios y se dejó guiar por su voluntad, se volvió más sensible a lo que le rodeaba y supo leer los acontecimientos con realismo.

Hoy también a nosotros, Pastores, se nos pide lo mismo, que seamos hombres capaces de escuchar y no ser sordos a la voz del Padre, y así poder ser más sensibles a la realidad que nos rodea. Hoy, teniendo como modelo a san José, estamos invitados a no dejar que nos roben la alegría. Estamos invitados a custodiarla de los Herodes de nuestros días. Y al igual que san José, necesitamos coraje para asumir esta realidad, para levantarnos y tomarla entre las manos (cf. *Mt 2,20*). El coraje de protegerla de los nuevos Herodes de nuestros días, que fagocitan la inocencia de nuestros niños. Una inocencia desgarrada bajo el peso del trabajo clandestino y esclavo, bajo el peso de la prostitución y la explotación. Inocencia destruida por las guerras y la emigración forzada, con la pérdida de todo lo que esto conlleva. Miles de nuestros niños han caído en manos de pandilleros, de mafias, de mercaderes de la muerte que lo único que hacen es fagocitar y explotar su necesidad.

A modo de ejemplo, hoy en día 75 millones de niños –debido a las emergencias y crisis prolongadas– han tenido que interrumpir su educación. En 2015, el 68 por ciento de todas las personas objeto de trata sexual en el mundo eran niños. Por otro lado, un tercio de los niños que han tenido que vivir fuera de sus países ha sido por desplazamientos forzosos. Vivimos en un mundo donde casi la mitad de los niños menores de 5 años que mueren ha sido a causa de malnutrición. En el año 2016, se calcula que 150 millones de niños han realizado trabajo infantil viviendo muchos de ellos en condición de esclavitud. De acuerdo al último informe elaborado por UNICEF, si la situación mundial no se revierte, en 2030 serán 167 millones los niños que vivirán en la extrema pobreza, 69 millones de niños menores de 5 años morirán entre 2016 y 2030, y 60 millones de niños no asistirán a la escuela básica primaria.

Escuchemos el llanto y el gemir de estos niños; escuchemos el llanto y el gemir también de nuestra madre Iglesia, que llora no sólo frente al dolor causado en sus hijos más pequeños, sino también porque conoce el pecado de algunos de sus miembros: el sufrimiento, la historia y el dolor de los menores que fueron abusados sexualmente por sacerdotes. Pecado que nos avergüenza. Personas que tenían a su cargo el cuidado de esos pequeños han destrozado su dignidad. Esto lo lamentamos profundamente y pedimos perdón. Nos unimos al dolor de las víctimas y a su vez lloramos el pecado. El pecado por lo sucedido, el pecado de omisión de asistencia, el pecado de ocultar y negar, el pecado del abuso de poder. La Iglesia tam-

bién llora con amargura este pecado de sus hijos y pide perdón. Hoy, recordando el día de los Santos Inocentes, quiero que renovemos todo nuestro empeño para que estas atrocidades no vuelvan a suceder entre nosotros. Tomemos el coraje necesario para implementar todas las medidas necesarias y proteger en todo la vida de nuestros niños, para que tales crímenes no se repitan más. Asumamos clara y lealmente la consigna «tolerancia cero» en este asunto.

La alegría cristiana no es una alegría que se construye al margen de la realidad, ignorándola o haciendo como si no existiese. La alegría cristiana nace de una llamada –la misma que tuvo san José– a tomar y cuidar la vida, especialmente la de los santos inocentes de hoy. La Navidad es un tiempo que nos interpela a custodiar la vida y ayudarla a nacer y crecer; a renovarnos como pastores de coraje. Ese coraje que genera dinámicas capaces de tomar conciencia de la realidad que muchos de nuestros niños hoy están viviendo y trabajar para garantizarles los mínimos necesarios para que su dignidad como hijos de Dios sea no sólo respetada sino, sobre todo, defendida.

No dejemos que les roben la alegría. No nos dejemos robar la alegría, cuidémosla y ayudémosla a crecer.

Hagámoslo esto con la misma fidelidad paternal de san José y de la mano de María, la Madre de la ternura, para que no se nos endurezca el corazón.

Con fraternal afecto,

FRANCISCO

Vaticano, 28 de diciembre de 2016

Fiesta de los Santos Inocentes, Mártires

INDICE DEL AÑO 2016

IGLESIA EN SANTANDER

OBISPO

Decretos

Decreto de nombramiento de Arciprestes.....	1
Decreto de Constitución del Consejo Episcopal.....	2
Decreto de Constitución del Consejo Presbiteral	3
Decreto de Constitución de la Junta de Gobierno del Instituto Teológico Monte Corbán.....	5
Decreto de Constitución del Colegio de Consultores.....	6
Decreto de Constitución del Consejo Pastoral Diocesano	7
Decreto sobre la Solemnidad de San José.....	93
Decreto sobre la Solemnidad de Santiago Apóstol	267
Decreto sobre RR.MM. Clarisas Monasterio San Ildefonso	268
Decreto de nombramiento del Postulador para la causa de Beatificación de D. Francisco González de Córdoba y compañeros mártires	361
Decreto de nombramiento del Consejo Supremo de Dirección del Instituto Teológico Monte Corbán	362
Decreto de nombramiento de la Comisión Delegada para la causa de Beatificación de D. Francisco González de Córdoba y compañeros mártires	363

Cartas pastorales

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia	11
La campaña contra el hambre en el año de la misericordia	13
El Sacramento de la Misericordia	14
El sacerdote, servidor de la Misericordia	16
Semana Santa en el Año de la Misericordia	94
Una deuda de gratitud con los cristianos en Tierra Santa	95
Desde la Pascua, la vida tiene un nuevo sentido	96
El don pascual de la misericordia	97
Colecta en favor del sufrido pueblo de Ucrania	98
Resumen de la Exhortación del Papa Francisco	99
Santa María en Mayo	187
Contemplad el rostro de la Misericordia	189
Discípulos de Jesús compasivo y misericordioso	191
Jornadas de Ayuda a la Diócesis de Alepo en Siria.....	192

Ante la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia	269
Jornada Pro-Templos 2016	270
Santa Teresa de Calcuta	272
Semana Bíblica de la Misericordia	364
Sal de tu tierra. Domundo 2016	365
Somos una gran familia contigo	366
¿Por qué respetar las cenizas de los que han sido incinerados?	367
Carta Pastoral: La Vida Consagrada en la Diócesis o Iglesia particular ...	369

Homilias

Buscar y adorar al Dios vivo y verdadero	18
El Bautismo de Jesús: un gesto de humildad	20
Clausura del año de la Vida Consagrada	22
Homilía del miércoles de Ceniza	24
Homilía Misa Crismal. Hermanos en Cristo Sacerdote y testigos de la misericordia de Dios	102
San Juan de Ávila, maestro de evangelizadores para el siglo XXI	193
Misa de despedida del P. Manuel Herrero Fernández OSA en la Catedral	195
Homilía en la Fiesta de San Ignacio de Loyola	276
Homilía Santos Mártires	278
Homilía en la Fiesta de la Exaltación de la Cruz. La Cruz de Cristo, revelación del amor misericordioso del Padre y del Hijo	281
Homilía en la Fiesta de la Virgen Bien Aparecida. Reina y Madre de misericordia	283
Homilía de apertura del curso 2016-2017 en el Seminario de Monte Corbán. Formar seminaristas para la nueva etapa evangelizadora	286
Nuestro Ángeles Custodios	410
Homilía en la fiesta de la Virgen del Pilar	412
Homilía en la Clausura del Año Jubilar de la Misericordia	414
El deseo de Dios no puede quedar defraudado. Misa funeral por Mons. Javier Echevarría	417

Programación Pastoral

Presentación	290
Una Iglesia diocesana en conversión y en salida. Programación Pastoral 2016-2017	293

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

Nombramientos.....	27, 105, 200, 300, 420
--------------------	------------------------

Vida Diocesana

Institución de Ministerios.....	35
Día de la Vida Consagrada	36
Encuentro de la Vida Contemplativa en Cóbreces.	36
Encuentro de Catequistas	37
Constitución del Consejo Episcopal	39
Ejercicios Espirituales del Clero	39
Constitución del Consejo Presbiteral	40
Constitución del Consejo Pastoral Diocesano	43
Jornada de Jóvenes	50
Reunión de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Oviedo	51
El P. Manuel Herrero OSA ha sido nombrado obispo de Palencia	107
XXXVI Jornadas interdiocesanas de Pastoral de la Salud	109
Peregrinación a Lourdes	112
Bodas de diamante, oro y plata sacerdotales	209
4º Encuentro de Formación del Profesorado.....	210
Despedida al P. Manuel Herrero Fernández OSA, nuevo obispo de Palencia	211
Palabras de Despedida del P. Manuel Herrero Fernández OSA.....	212
Celebración del Jubileo de la Misericordia de los enfermos en nuestra Diócesis de Santander	215
XIV Jornadas Diocesanas de Formación Pastoral. “Transformar el mundo con la misericordia	311
Instituto Teológico Monte Corba. Memoria Académica curso 2015-2016	315
XXI Curso de Animadores de Lectura Creyente de la Palabra	323
Proceso de Beatificación de mártires en la Diócesis de Santander .	
Apertura de la fase diocesana del proceso de beatificación y canonización de un grupo de mártires del siglo XX en la Diócesis de Santander	431
Salutación, presentación y explicación del acto	432
Vicaría de Pastoral: Una iniciativa del Proyecto Éleos. Gesto Diocesano en el año de la Misericordia	217
Actividad Pastoral de nuestro Obispo	32, 113, 203, 304, 324, 423
En la paz del Señor	52, 118, 324, 439

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Nota final de la 237ª reunión de la Comisión Permanente de la Conferen-

cia Episcopal Española	53
Discurso inaugural de la CVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	121
Nota de prensa de la 107 Asamblea Plenaria de la CEE	135
Mensaje con motivo del 50 aniversario de la CEE.....	138
Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española	219
Calendario de Jornadas y Colectas en España 2017	325
Intenciones de la CEE, año 2017	328
Nota de prensa final de la 239 reunión de la Comisión Permanente	329
Mensaje de la Comisión Permanente con motivo de la canonización del Obispo Manuel González	331
CVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	
Discurso inaugural del cardenal Blázquez	440
Palabras de saludo del Nuncio Apostólico	449
Palabras de su Majestad el Rey	451

Comisión Vida Consagrada

Vida contemplativa de la Iglesia en España, hoy	143
---	-----

Apostolado del Mar

Día de las gentes del mar 2016	220
--------------------------------------	-----

Pastoral de la Carretera

Jornada de responsabilidad en el tráfico	222
--	-----

Comisión de Comunicación

Conclusión del Encuentro Ibérico 2016.....	225
--	-----

Comisión Episcopal de Migraciones

Nota de la Comisión Episcopal de Migraciones ante la cumbre de las Naciones Unidas sobre refugiados y migrantes	336
---	-----

Subcomisión Episcopal para la Familia y la defensa de la vida

Vivir la alegría del amor en familia	453
--	-----

IGLESIA UNIVERSAL

FRANCISCO

Mensajes

Mensaje para la Cuaresma	56
Mensaje para la 50 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales	60
Mensaje Urbi et Orbi	150

Mensaje para la Jornada de oración por el cuidado de la Creación	339
Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones	474
Mensaje Urbi et Orbi, Navidad 2016	477
Mensaje 50 Jornada Mundial de la Paz	480

Cartas Apostólicas

Carta Apostólica en forma del “Motu Proprio” con la que se instituye el Dicasterio para los laicos, la Familia y la Vida.....	337
Carta Apostólica en forma de “Motu proprio” con la que se instituye el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral	338
Carta Apostólica Misericordia y paz	458

Declaración

Declaración Conjunta del Santo Padre Francisco con su Santidad Kiril, Patriarca de Moscu y de todas las Rusias	64
--	----

Homilías

Santa Misa y apertura de la Puerta Santa – Basílica de Santa María La Mayor	71
Homilía Solemnidad de la Epifanía del Señor	73
Homilía Fiesta del Bautismo del Señor.....	75
Homilía Fiesta de la Presentación del Señor	76
Homilía Envío de los misioneros de la Misericordia. Miércoles de Ceniza	78
Homilía Jubileo de la Curia Romana	80
Homilía en la Basílica de Guadalupe	82
Homilía en la Santa Misa con las Comunidades Indígenas de Chiapas	85
Homilía en la Santa Misa con sacerdotes, religiosas, religiosos, consagrados y seminaristas en Morelia	87
Homilía en la Santa Misa en Ciudad Juárez	90
Homilía Domingo de Ramos	153
Homilía Misa Crismal	155
Homilía Jueves Santo.....	159
Homilía Vigilia Pascual	160
Homilía Jubileo de la Misericordia	162
Santa Misa en la Solemnidad de Pentecostes	228
Homilía Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo	230
Homilía Jubileo de los Diáconos.....	231
Homilía Jubileo de los Sacerdotes	234
Homilía Jubileos de los enfermos y personas discapacitadas	237
Viaje Apostólico a Polonia con ocasión de la XXXI Jornada Mundial de la Juventud	

Santa Misa con ocasión del 1050 aniversario del Bautismo de la Po-

lonia	345
Santa Misa con sacerdotes, religiosas, religiosos, consagrados y seminaristas polacos	348
Santa Misa para la Jornada Mundial de la Juventud	351
Santa Misa y Canonización de la Beata Madre Teresa de Calcuta	355
Santa Misa Jubileo de Catequistas	357

Cartas

Carta del papa Francisco a los obispos de todo el mundo sobre los niños con ocasión de la festividad de los santos niños inocentes	491
--	-----

Audiencias

Audiencia General 2 de marzo 2016	164
Audiencia Jubilar 12 de marzo 2016	167
Audiencia General 16 de marzo 2016.....	168
Audiencia General 23 de marzo 2016.....	170
Audiencia General 30 de marzo 2016.....	172
Audiencia General 6 de abril 2016.....	174
Audiencia Jubilar 8 de abril 2016.....	176
Audiencia General 13 de abril 2016.....	178
Audiencia General 20 de abril 2016.....	180
Audiencia General 27 de abril 2016.....	182
Audiencia Jubilar 30 de abril 2016.....	184

CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Carta Iuvenescit Ecclesia	239
---------------------------------	-----